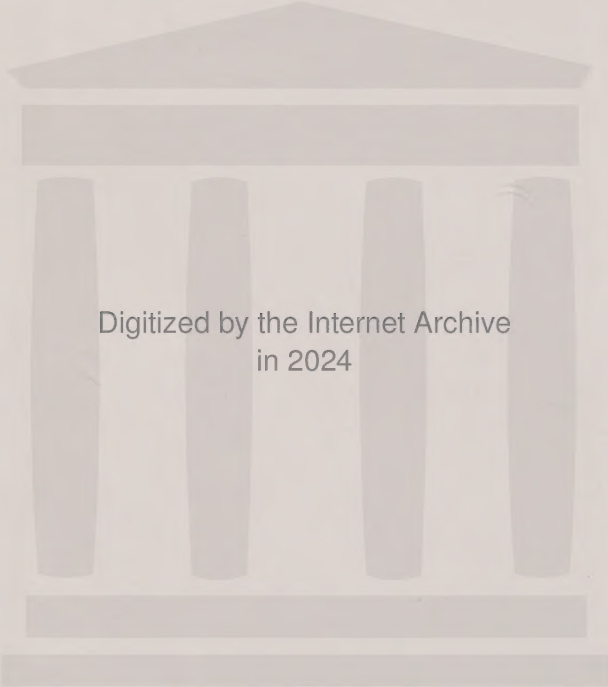


UNIVERSITY OF ARIZONA



39001008163423



Digitized by the Internet Archive  
in 2024

UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY





BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

# OBRAS COMPLETAS DE RAMÓN PÉREZ DE AYALA

- I. *LA PAZ DEL SENDERO*. Poemas.
- II. *BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA*. Novelas
- III. *TINIEBLA EN LAS CUMBRES*. Novela.
- IV. *A. M. D. G. La vida en un colegio de jesuitas*  
Novela.
- V. *LA PATA DE LA RAPOSA*. Novela.
- VI. *TROTERAS Y DANZADERAS*. Novela.
- VII. *EL SENDERO INNUMERABLE*. Poemas.
- VIII. *PROMETEO. LUZ DE DOMINGO. LA*  
*CAÍDA DE LOS LIMONES*. Tres no-  
velas poemáticas.
- IX. *HERMANN, ENCADENADO*. *El libro*  
*del Espíritu y del Arte Italianos*.
- X. *LAS MÁSCARAS*. Tomo I. *Ensayos de crí-*  
*tica teatral sobre Galdós, Benavente, Lina-*  
*res Rivas, Los Quintero, Arniches, etc., etc.*
- XI. *LAS MÁSCARAS*. Tomo II. *Ensayos de*  
*crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakes-*  
*peare, Ibsen, Óscar Wilde, etc., etc.*
- XII. *POLÍTICA Y TOROS*. Ensayos. *Maura,*  
*Romanones, Vicente Pastor, El Gallo, Bel-*  
*monte, Joselito, etc., etc.*
- XIII. *BELARMINO Y APOLONIO*. Novela.
- XIV. *EL SENDERO ANDANTE*. Poemas.
- XV. *LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL*. Novela.
- XVI. *LOS TRABAJOS DE URBANO Y SI-*  
*MONA*. Novela. Continuación de *LUNA*  
*DE MIEL, LUNA DE HIEL*.
- XVII. *EL OMBLIGO DEL MUNDO*. Novelas.
- XVIII. *TIGRE JUAN*. Novela.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

863.59  
P438b

# BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

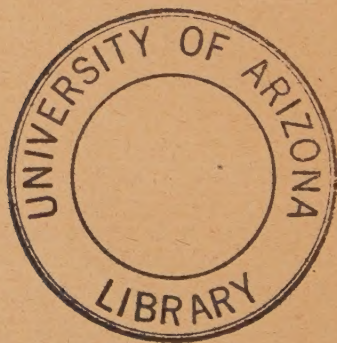
NOVELAS

MCMXXIV  
RENACIMIENTO  
SAN MARCOS, 42  
MADRID



PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1924 BY  
RAMÓN PÉREZ DE AYALA



863.59  
P4382

En este volumen reúno algunas novelitas de mocedad. Las dos primeras las escribí siendo casi un niño. Adviértese, por eso, en ellas cierto carácter de ejercicio o gimnástica o "scherzo" literarios, como es uso en las clases de Retórica y Poética; carácter tal vez obligado, asimismo, en las doncelliles campañas de un escritor bisoño. Al propio tiempo, esas líneas juveniles, trazadas con mano impaciente ante la vida incógnita, aun no vivida, quizás traslucen algunas adolescentes intuiciones y actitudes humanas, que en el correr de los años venturos hubieron de robustecerse y afirmarse. Digo, quizás.

Cuando escribí "Cruzado de amor"—cuyo asunto extraje de la "Historia de los trovadores", por D. Víctor Balaguer, libro de lectura la más sugestiva para un muchacho—ignoraba yo que el mismo tema había sido ya tratado por poetas de universal nombradía; entre ellos, Heine y Rostand. De haberlo sabido a tiempo, hubiera repetido, para mí, el "nadie las mueva". Me enteré a deshora; no me quedaba, pues, otro recurso que "sostenello y no enmendallo". Además de la historia ya citada, es seguro que para mi novelita sometí a contribución otros libros y autores, de los



cuales en este momento me es imposible hacer memoria. No necesito declarar que Godofredo de Rudel está inocente de los versículos que por ficción le atribuyo; estos versos, remedo verbal de la arcaica poesía trovadoresca, no son otra cosa que jugueteos de mi nimen primerizo. Tanto en "Cruzada de amor" como en "El otro Padre Francisco", echo de ver ahora tales y cuales incongruencias y anacronismos. No me importa. Hasta me hacen gracia. ¡Ojalá al lector le ocurra otro tanto!

El resto de las novelillas, apresadas en este volumen, aunque no tan tempranas como las dos primeras, son también obras menores, de mocedad. Las he colocado todas ellas bajo el signo de Artemisa, hermana de Apolo, gozosa en el afán de la caza y de la aventura, deidad tutelar de la juventud, que preside en el desarrollo pulcro y saludable de la humana forma, y, como su hermano, arroja a veces el dardo funesto que ocasiona la destrucción repentina de lo débil, lo deforme y lo feo.

BAJO  
EL SIGNO  
DE  
ARTEMISA

La Noche con el Día  
luchaban cuerpo a cuerpo  
—batalla indecisa—  
abrazado lo blanco y lo negro, *madre*  
en la Aurora, gris y perlina.)  
Sobre la violácea frente de la Noche,  
una sola estrella lucía,  
más pura y más clara que todas.  
Pensaba la Noche: "Mientras tú me asistas,  
estrellita cristalina,  
no triunfará el Día."  
Respondió la estrella: "Que la luz se haga,  
para el Hombre y en la Tierra aterida.  
Has de luchar de nuevo, eternamente, Madre;  
y otra hija tuya, hermana mía melliza,  
la dulce Venus, que en las sombras se goza,  
te asistirá a la tarde para triunfar del Día."  
Cayó la estrella del cielo al suelo.  
Su cristal se rompió en millones de chispas  
—luceritos de diamante, gotitas de rocío—.  
Y en Oriente el sol se encendía.  
*En* Lucifer es tu nombre;  
¡oh, hermosa y generosa estrella matutina!

Lucifer, pobre ángel, caído, alicortado...  
En el pecho y la mente del Hombre,  
por el fuego de las pasiones,  
por la fría razón impasible,  
por el crisol de los instintos,  
por el cincel de la conciencia,  
*En* el querubín caído se purifica y reforma.  
Le brotan otras alas, más luengas y seguras.  
Y, Trinidad terrena—Demonio, y Hombre, y Angel—, *mucho*  
vuela de nuevo al seno de Dios. *mucho*

"¡Ay, si yo fuera Dios, yo salvaría a Judas!"  
exclamó el ardiente Hugo.  
En el día del Juicio Final  
y de la Última Nada,  
todo será a salvo.  
Todo fué necesario. *— todo fué necesario —*  
Todo fué parte de la misma Idea,  
del mismo Pensamiento genesíaco.

Hombre: tú mismo eres el árbol de la ciencia *¿?*  
del bien y el mal; árbol del Paraíso. *—*  
Tus raíces ciegas,  
nútrense con sangre negra

de las entrañas de la tierra,  
y minan aún más hondo, hasta abrevarse  
en el fuego infernal,  
el cual  
circula por tus venas.  
Raíz, niñez del árbol.  
Niño, padre del hombre.  
¡Ay del árbol y el hombre sin raíces;  
aunque caduco el tronco, siempre niños,  
asidos a la entraña de la tierra  
con sus raíces, y a la almendra ígnea  
que es corazón del orbe!  
Cuanto más honda la raíz, la flor más leve y alta,  
más rico y sazonado el fruto:  
flor y fruto celestes, cuya esencia,  
infernal, humana, divina,  
Dios deleitado aspira.  
¡Este es el signo de Artemisa!

Al lubricán, el joven Día,  
con su lanza apolínea,  
vence a la Noche, ya de sí vencida.  
En la sangrienta hora vespertina,  
la Noche, moza y aguerrida,  
con su hueste de estrellas, falanje de hoplitas,  
remata al valetudinario Día.  
Y siempre vuelve a ser la cosa misma.  
¡Este es el signo de Artemisa!



## L JARDIN DEL MO-

EL OTRO  
PADRE  
FRANCISCO

nasterio sonríe, recatado en la penumbra tibia de la tarde otoñal. No es un jardín austero y místico, a la manera del que Walhagried Strabus (el bizco) describe en su

Cuento dro-  
lático.

*Hortulus*. En él no cre-

cen las plantas claustrales, de piadoso simbolismo, entre las cuales hay hierbas humildes de jugo tónico o anodino y santa virtud curativa: salvia, ruda, abrótno, hinojo, menta, apio silvestre, agrimonia y betónica; ni las rosas exangües insinúan su blanca y virginal pudicia. Es más bien un parque pagano, afrodisiaco, poblado de rosas carnales, pinos eréctiles y olorosos laureles, cuya regalada sombra es propicia a la égloga. Los árboles indolentes rozan entre sí las ramas con suave temblor de voluptuosidad bucólica. La hierba, crecida, se rinde blandamente al halago de un viento indolente, cargado con aromas prolíficos, enervantes.

Junto al tronco rugoso de un pino, que brinda ondulante palio con la expansión de su copa, en el suelo mullido un fraile dormita. Sostiene con la diestra mano, caída sobre el césped, un infolio pergaminoso y mugriento, y apoya la siniestra en el vientre rotundo, que

## RAMON PEREZ DE AYALA

sube y baja a compás. El monje parece pequeño de alzada; es rechoncho, rostro cocido al sol, chata nariz carminosa, henchidos labios sensuales. Muestra, bajo el desorden del hábito talar, la recia musculatura de una pantorrilla, y el pie, no muy aseado, con tosca sandalia de vacarí. Entre los pliegues de la cogulla cenicienta brilla el cráneo, lustrado por la tonsura monacal.

Oyese un susurro discreto de la parte de un portón ojival abierto en el muro del lado de Oriente. Luego, los pesados batientes de nogal oscuro con hierros de forja, giran en los gonces con estridencia. El monje se incorpora, perezoso y lánguido.

—Buenas tardes nos dé Dios, Padre Francisco.

—Siéntate aquí, a mi vera, dulce Juanita.

La aldeana va a sentarse en el prado, cerca del fraile. Es una moza fresca y copiosa, como manjar de prior. Del lino rudo de su jubón blanco surge firme la garganta, en limpio florecer de carne sana. La sonrisa brota entre sus dientes y va a fundirse en el rosa ambarrado de los carrillos, que el sol ha melado como los frutos otoñales.

Oleadas rojas flamean en el rostro del monje, el cual se extiende por tierra y lo frota sobre el frescor de la hierba lozana. Cuando atina a erguirse, algunas hierbas y hojas, en-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

tre las guedejas hirsutas del cerquillo, lo coronan como a divinidad pradial. Su boca se dilata en ancha risa de Término lascivo, y en sus ojillos centellea el mismo fuego que debió de abrasar a los míticos sátiros cuando perseguían en las selvas de Jonia a las ninfas, pulcras, incautas e inocentes como palomas.

—¿Qué ofrenda has traído, Juanita?

La moza presenta dos aves: un gallo y una gallina, que cacarean, aleteando por soltar la cuerda que los traba de las patas.

—El Prior te hubiera agradecido más un azumbre de vino—dice el monje, arrastrando con pecaminosa deleitación sus ojos por el cuello resbaladizo de la campesina hasta clavarlos, insistentes y perspicaces, en el latir del seno bajo el jubón de nieve.

—Acabóse ya el vino de la anterior cosecha, y tocante al de hogaño, los feudatarios del Conde, nuestro Señor, no han dado cabo todavía a la vendimia. Mírelos el Padre Francisco.

El monje, con torpe tardanza, como rezagándose, retira la vista de los lugares íntimos en que hallaba contentamiento y fruición, para mirar ahora en el derrotero que la moza le señala con el índice de su mano gordezuela y mantecosa.

Desde el jardín del monasterio de *Fonteney le Comte* se atalaya el valle de la *Vendée*. En el

6.4 fondo, el río se desliza augusto, rítmicamente ondulado, como las barbas de las ancianas divinidades clásicas. Hay embarcaciones, temblando en su bruñida superficie. En las márgenes, los prados verde veronés se alborozan en la viveza de su tono. Montículos y alcores, plantados de viñedo y de olivo, caminan hacia el horizonte violáceo. El castillo del Conde de Poitou, construido con piedra bermeja, destaca su mole mazorral y almenada sobre el cielo, que tiene palidez de seda. En los alrededores menudean manchas rojas, pardas, blancas, azules, entre las matas verdinegras y cobrizas de las cepas sinuosas. Son los viñadores, siervos de la gleba, adscritos al terruño, que conllevan cantando su esclavitud feudal.

El Padre Francisco suspira. Eleva hacia el cielo pálido los ojos nostálgicos; ojos venosos, sobretejidos por una red sanguinolenta. En tanto el fraile habla, la moza le contempla con curiosidad cándida:

—¿Qué se hicieron las bacantes con su seguimiento de dóciles panteras pintadas? Los viejos Silenos bonancibles ¿qué se hicieron? Sangre de Dionisos, sangre es, en la nueva ley, del propio Jesús. Mas los siervos de Dios apenas si la catan. ¡Lejanos tiempos de idilio!

A esta razón, las aves, que han deshecho la traba, corren por el jardín. El gallo intenta

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

rendir a su pareja; cacarea por lo bajo, con golpes espasmódicos y en tono petulante, su concupiscencia; arrastra el ala en torno de la gallina; ejercita el imperio masculino, y después se vanagloria del triunfo, dando al aire un quiquiriquí donjuanesco; finalmente, se sacude y espulga, como quien se asea y acicala, con aire de seductor habitual.

—Glosa, escolio, comentario sublimes los de esas aves de corral en esta tarde eglógica— balbuce el monje, y reposa su mirada densa sobre el corpiño combado, que se agita a impulsos de la respiración anhelante de la niña.

El Padre Francisco toma el pergaminoso libro, lo apoya en el regazo como en facistol, y lee:

*καταπτοχες εμπειροναμα*  
*το αυτο πρεπει*

Y como la campesina permanece absorta, el buen religioso exclama, irónico y galante:

—Acaso no lo comprendes. Tampoco lo comprendería el Padre Prior, ni Monseñor, el obispo de la diócesis. Buena yunta de asnos garañones. Esto es del hechicero Teócrito: hálbase de la celebración de las fiestas de Adonis. Los versos que acabo de leerte significan: Juanita, muy bien te cae esa abotonada vestidura curva. Pero me agradarías más sin

el jubón. Esto último no está muy claro en el original de Teócrito.

La moza rompe en risas de cazurra suspiciosa.

Juanita y el fraile son buenos camaradas. Se conocieron pocos días después de haber llegado el Padre Francisco al monasterio. Desde aquel punto, la amistad hubo de ir estrechándose, hasta llegar al período improrrogable de la franqueza llana y del cortejo.

—No tardaremos gran cosa de tiempo en hacer la bestia de dos lomos y cuatro patas. Te lo fío, Juanita—asegura el Padre Francisco con expresión cruda y picaresca, que consta en la *Erótica Verba Rabelesiana*. Narra el monje a la moza sus cuitas. Ella le escucha, siempre embelesada. ¡Ay, sólo en la dadivosidad de Juanita reside el bálsamo que restañe las heridas del atribulado fraile! Sus hermanos de comunidad (los llamados del *cordón*, y también *cordeleros*) le envidian y le odian. Le sospechan de hereje, encantador y endiablado. “Hombre que habla nueve hablas, y algunas tan torcidas y revesadas, que del infierno han de provenir, que ningún fiel de cristiandad acierta a entenderlas”, dicen los demás hermanos; róbanle taimadamente preciosos manuscritos helénicos y latinos, los cuales raspan y lavotean, y luego escriben encima monserga frailuna. Han hecho desapa-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

recer así las Catilinarías del más atildado y viril de los retóricos para trazar en su vez las epístolas de Pablo de Tarsis, un bárbaro que apenas sabía latín. Quieren ahora apoderarse de su amado Teócrito para sustituir los idiomas con las ordenanzas del venerable Scoto. Al pobre Padre Francisco le acongoja semejante turba de ignorantes, libidinosos y glotonnes, descendientes fornacinos del Santo de Asís. Pero su ingenio es fecundo en ardides, trazas y burlas con que vengarse.

Un runrún cercano detiene las razones del Padre Francisco, el cual musita misteriosas palabras al oído de su tierna confidente. Por la puerta del claustro asoma un nuevo monje. Es el Prior, frey Domenico Patavino, llamado así por ser nacido y profeso en Padua. Cierra la pesada puerta con golpe rudo y se llega al paraje donde platican sentados la moza y el fraile. Las facciones del Prior se dibujan apenas en la masa informe del rostro, cárdeno y congestionado. Los ojos brillan aviesos bajo la carne inflamada de los párpados. Su respiración es resuello asmático, y le impide hablar. Logra por fin decir, con voz temblona de ira:

—Refocilaos, Padre Francisco: divertid a una moza con charla ladina, que por profano a la Orden os hace aparecer.

El Padre Francisco permanece inmóvil, con



## RAMON PEREZ DE AYALA

sonrisa de ironía vagamente bosquejada. El Prior, entonces, dirígese a la moza:

—¿Qué diligencia te trae por aquí?

La campesina responde, la mirada hacia el suelo y opaca la voz:

—Traigo la ofrenda al Santo, e indica la pareja de aves, que picotea en el jardín.

—Criaturas avariciosas; perseguís vuestra eterna condenación. ¿Juzgáis, por ventura, digna de la santidad de nuestro monasterio tan ruin ofrenda? Rebosa de animales lucios vuestro corral, vuestro granero de trigo y de pingües bastimentos vuestra despensa; y a Dios, al *buen Dios*, creéis que puede satisfacerle esta miseria... Lleva esos animales al lego marmitón.

La moza balbucea:

—Miseros somos; en pobreza nos consumimos. Otra dicha no gozamos sino aquella que Dios, Padre universal, hasta a las desvalidas animalias concede; los bienes que a todos pertenecen, el calor del sol, el respiro del aire, el recreo de los ojos ante el cielo y la tierra, la dulzura de las aguas del río, o aquella otra de que a nadie, ni aun al más oprimido, se le puede desposeer, los deleites del propio cuerpo—y luego, atenta al mandato del Prior, la moza corre y atrapa a las aves entre los troncos de un laurel, cuyas hojas le hacen en la frente y los pómulos una caricia perfumada.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Piérdense los frailes claustro adentro, y la aldeana, a través del portón ojival.

EL sol oblicuo de la mañana recorta sobre <sup>o r</sup> las losas del claustro grandes ojivas amarillas, que se doblan y suben luego por el muro. Algunas golondrinas, anidadas en los rose-tones labrados de la techumbre, trazan al ses-go, piando, largas estrias negras dentro de la luz en haces. Hay un viento otoñal y aromático que unge de bienestar los cráneos relucientes de los monjes, alineados en dos filas: una, a lo largo de las columnas; la otra, al frente, pegada a la pared, bajo las pinturas <sup>o o</sup> murales que representan al fresco escenas de la vida del Señor Jesucristo. El Prior ostenta la cruz pectoral de oro, y, en el centro de sus monjes, los escruta con pupila despótica, de <sup>despoten</sup> caballero feudal. Interroga por el Padre Francisco; nadie sabe darle cuenta de él. La ira reverbera en los purpúreos carrillos abaciales. Llega entonces un fraile aniñado, imberbe. Es el favorito del Prior, y en la propia celda <sup>chuso?</sup> prioral tiene su yacija. En la comunidad se murmura que, pese a lo haldudo del hábito y a la obstinada ocultación de la cogulla, calada siempre hasta más abajo de la nariz, este

frailecito insinuá maneras y gestos, en el po-  
 te y en la voz, que denotan bien a las claras  
 su condición femenina—no es doncel, que  
 es doncella—. El frailecito ha recorrido  
 todo el monasterio sin dar con el perdi-  
 do Padre Francisco, y pone tan mimosa com-  
 punción y tan desolada tristeza en su relato,  
 que la oronda fisonomía prioral traiciona, bajo  
 la ira antecedente, una congoja misericordio-  
 sa y amorosa por consolar al apenado novi-  
 cio. Pero frey Domenico da una orden, y las  
 filas monacales avanzan hasta el templo. Den-  
 tro, colócanse unos de la banda de la Epístola  
 y del Evangelio los otros. La plebe labriega,  
 que aguardaba impaciente, tiene un murmu-  
 rio largo y se remueve compacta, despidiendo  
 vaho. Las altas bóvedas de la iglesia están  
 sumidas en sombra. En el altar mayor, la pe-  
 numbra extiende densos velos: rodeada de  
 luces inmóviles y mortecinas, como manojitos  
 de azafrán, hay, en el comedio del retablo,  
 una hornacina lóbrega, la de San Francisco;  
 se entrevé, como en profundidad lejana, el  
 bulto borroso y grisáceo del Santo. A entram-  
 bos costados de la nave refulgen, como celes-  
 tes jardines, sendos ventanales de vidrios de  
 colores emplomados, obra de un artífice vene-  
 ciano: representan escenas de santos rígidos  
 y enjutos, inspiradas en la iconografía hierá-  
 tica de Bizancio. De las efigies manan chorros

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

policromos, que, derramándose en algunas testas rústicas, las aureolan de colores litúrgicos.

Ante el órgano, de monumental trompetería, que parece el albogue de Pan, pero exagerado, amplificado hacia el Empíreo, un monje, organista e himnógrafo, aguarda el comienzo de los oficios rituales: un rayo lateral de luz infunde en su hábito, cenizoso y tubular, diafanidades azules. Tiene el rostro enmagrecido y espiritualizado, las manos largas y casi transparentes; diríase una figura de vidriera, un ser vaporoso que ha descendido hasta el órgano por un sendero de luz. El Prior coloca sobre el pecho los brazos, en forma de equis. El monje músico pasea por el pálido marfil de las teclas su mano de vidrio, y se desata, de entre el espeso y alto bosque del órgano, la cadencia del *Kirie* gregoriano, implorante y plañidera melodía gótica. En el altar mayor, offician y pululan el presbítero, el diácono y el subdiácono, vestidos de gran pontifical, con recias, fastuosas dalmáticas y casulla orientales, tejidas en tisú de oro. El ceroferario ostenta en sus manos rollizas, anilladas de rubíes y amatistas, el robusto cirio lacrimoso. Los monjes, a coro, salmodian el canto llano. El pueblo, abigarrado y estremecido, escucha lleno de recogimiento. El *Kirie* va agonizando, con desolación nazarena.

El Prior, vuelto hacia la turba de labriegos, inicia una plática de amonestación. Al principio, su voz es untuosa. Luego, la ira le impele y prorrumpe en vociferaciones, que repercuten en la bóveda acremente. Diceles que han perdido caridad y fe; que las ofrendas, por lo mezquinas, más que tales semejan limosnas; que la cólera de Dios está pronta a verse; que el Santo, desde el Cielo, ha de enviar ejemplares castigos, y otras muchas amenazas temerosas. Los campesinos vuelven los ojos angustiados hacia la imagen de San Francisco. Un terror pánico se apodera de ellos. El Santo, en su hornacina, está moviéndose. Oyense gritos de espanto. La voz del Prior se ahoga en la garganta. La veneranda efigie, animada sin duda por voluntad divina, rota la catalepsia escultórica del leño esculpido, se ha llevado entrambas manos al vientre y estalla en carcajadas sonoras, que ruedan por el templo con ímpetu jovial. No es San Francisco: es el Padre Francisco, que, por chanza, se ha colocado allí, sustituyendo a la imagen del Santo. Le ha traicionado su risa de Término, aquella risa que ha conmovido tantas veces con su ulular profano el refectorio monacal. Y el Padre Francisco habla a gritos desde el altar:

—Fetichismo por fetichismo, tanto vale este misero costal de miserias, pecados y altos pensa-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

mientos, que es el pobre Padre Francisco, como aquel vaso de pureza y santidad que fué el pobrecito de Asís, el seráfico Francisco. No adoréis ídolos humanos. Seguid lo que de natural y de sobrenatural haya en los hombres: más hombres: la inteligencia magistral, el corazón ardoroso, el instinto fuerte. Hermana paloma, sí: y hermano lobo. Y también, hermano macho cabrío. Alegría, alegría. Aleluya, aleluya. Buscad y sorbed el sustantífico meollo. Hacedos libres, amigos, dejando libre vuestra humanidad aherrojada. *εἶτε ἀνερ φίλου* (sed hombres, Amigos).

A una señal del Prior, cuatro frailes se encaraman en el retablo y aprehenden al diabólico hermano, que, con sacrilegio y blasfemia, ha interrumpido los sagrados ritos. Lo arrastran hasta el claustro. La comunidad, rugiendo, se encarniza sobre él: unos le patean, otros le desgarran la vestidura, éstos le escupen, aquéllos le magullan, y todos, a la postre, le azotan con sus cordones, ensañándose. Luego de partirse los frailes, algunos campesinos acuden a socorrer a la víctima: entre ellos viene Juanita, la buena moza, amada del Padre Francisco. Cuando el monje la siente cerca de sí, abre los ojos, llenos de inteligencia, sensualidad y malicia; dilatán-  
se sus labios en ancho gesto pecaminoso y afable, y con el cuerpo desnudo, amoratado,

*RAMON PEREZ DE AYALA*

sangriento a trechos, parece un sátiro después de la vendimia, embadurnado con el hollejo de las uvas negras: un sátiro ebrio que sabe amar siempre.

Este es un episodio—no sabemos si apócrifo y fabuloso—de la vida de Francisco Rabelais: fué el padre de la risa francesa y enseñó humanidad a los hombres.

*1902.*





RA EL TERCER DIA  
de las calendas de mayo. Godofredo de Rude-  
del, príncipe de Blaye, paseaba su melancolía no lejos del castillo feudal de sus mayores.

CRUZADO  
DE AMOR

—  
*Novela  
romántica.*

Vestía un largo manteo de terciopelo muy oscuro, en el cual se arrebujaba a manera de túnica. En pos de él, Pipolín, su fiel bufón, más fiel, a decir verdad, que divertido, caminaba a la par de *Ciclón*, un lebrél canela, ya viejo, que en su vida había perseguido liebre alguna.

Los tres iban pensativos, meditabundos, según convenía al ambiente de aquella época medieval, guerrera y caballeresca. ¿En qué pensaba cada uno? Godofredo abismábase en la perspectiva ideal de un amor lejano, jamás sentido. Mancebo galante y apuesto, había prodigado decires de amor a muchas doncellas—Rosalinda, Leonor, Concentina, Volcana y otras—, pero sus frases rendidas eran tan sólo escarceos de palabras que fuera del alma se formaban. Todas aquellas nobles damas, llenas de honestidad y adornadas de virtudes, parecíanle vulgares en su porte, iguales todas, incapaces de inspirar una pasión principesca. La linda rigidez y melancólica expresión de

las mujeres del Norte, aureoladas de bruma, los ojos grises, grises siempre como el cielo frío, el cabello rubio ambarado como el oro viejo, todo ello pensaba que era más ornamento de un trono que de un tálamo. Soñaba el buen Godofredo—bueno en medio de todo—con una belleza meridional apasionada y ardiente como el sol, algo así como una Cleopatra sincera, llena de sortilegios, sabia en filtros misteriosos que encanten al amador; una belleza maligna como las gemas negras, con los ojos insondables de tenebrosidad para abismarse en ellos, el cabello como mar de tinieblas con ondas que azulean, la boca sangrienta, flor de granado; la piel suave, de fruto en sazón. Y la dulce visión parecía tomar forma en el acalorado pensamiento del príncipe, cuyo corazón latía con fuerza ante la esperanza remota de aquel amor quimérico.

No creo que haya lector alguno que ose tacha-  
r de extremadas y ridículas las ideas de  
nuestro protagonista, ni de puerilmente extra-  
vagantes sus anhelos amorosos. Caso frecuen-  
te es el tal en la época moderna, si hemos de  
dar crédito a muy distinguidos noveladores,  
que de veraces presumen. Considérese, por lo  
tanto, que corriendo el siglo XII, en plena épo-  
ca feudal, esto, que hoy podría ser tachado de  
inaudita antigüalla, era el pan de idealidad

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

con que se alimentaban los espíritus de aquellos esforzados guerreros.

Ahora bien; y Pipolín, el fiel bufón, ¿en qué pensaba? ¡Ay! Entonces, como ahora, los bufones no pensaban maldita la cosa. Así, Pipolín caminaba detrás de su señor, remedando malamente sus andares, a causa de la doble joroba; que achaque ha sido de los bufones de todo tiempo remedar las maneras de aquel a quien sirven.

*Ciclón*, el viejo lebrel, también iba presa de amargas meditaciones. Es de advertir que así como en las épocas clásicas de Esopo y Fedro los animales poseían la facultad de hablar, en los tiempos a que nos referimos, aunque habían perdido ésta, conservaban aún la de pensar. Pensaba el can anciano que Folquet, el pícaro cocinero, de algún tiempo a aquella parte, venía disminuyéndole la ración, con descaro sin límites. Y por más que daba vueltas y más vueltas en su sesera canina, no atinaba con el modo de poner fin a tal desmán.

Un singular encuentro vino a sacar al príncipe de su abstracción.

—A la paz del Señor Jesucristo. Preste el noble señor un techo bajo el cual se cobijen estos pobres romeros.

Godofredo levantó la cabeza para mirar a quienes de este modo le hablaban. Eran dos peregrinos. Venían vestidos de tosco sayal par-

do, raído, andrajoso, sembrado de grandes conchas bautismales, cogidas en playas distantes. Bajo el amplio chambergô, que para resguardarse del sol llevaban, pendían las hirsutas cabelleras, greñosas, empolvadas. Las secas manos, acartonadas por el sol del Sur, aprisionaban con angustia el bordón, en cuyo extremo la calabaza mostraba su redondez hídrica. Los pies aparecían hollados de sangre por los abrojos de un camino de penitencia. Los dos mendicantes estaban llenos de unción y de santidad. El uno era viejo, casi valetudinario, como esas esculturas góticas esculpidas en madera oscura sobre los sitiales de los coros. El otro era joven. Entrambos tenían los ojos cansados, mates, de agua estancada, circundados de grandes ojeras cárdenas, ojos que se perdían en las elevadas esferas interiores del arrobo místico.

—Venid a mi castillo—les dijo el de Ruedel—; allí tendréis albergue y cuanto os sea necesario.

Los peregrinos quisieron besar la mano a Godofredo; pero éste se negó, y regresaron todos al castillo. Pipolín meditó una bufonada, que no realizó, al ver la cara hosca de su dueño, y *Ciclón* pensó, entristecido, que el desalmado Folquet aquella noche le escatimaría un zoquete.

Llegados a la mansión del príncipe, trans-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

pusieron todos el foso, pasando el puente levadizo, que los centinelas habían tendido a tal sazón, y Godofredo fué seguido de los mendicantes hasta la gran cuadra que en la torre del homenaje solía emplear para sus solitarias meditaciones. Ya el sol, con su carro de fuego, había traspuesto las cumbres del Poniente, y la noche, temerosa, extendía sus fantasmas sombríos en aquella estancia feudal: negros fantasmas que escalaban los espesos muros hasta llegar a las recias vigas del techo, ahumadas y negruzcas, testigos de largas veladas infanzonas y de rancios vasallajes. Unos servidores, de humilde catadura aldeana, entraron a encender tres hachas que en la cámara había; la luz chisporroteó con llamaradas amarillentas y rojas, que vomitaban grandes bocanadas de humo leonado y denso. El príncipe miró a los dos santos vagabundos, que con su faz de penitentes habituales, meditaban en silencio. Invitóles Godofredo a que contasen sus romerías, si es que gustaban de ello, y el más anciano de los peregrinos habló de la manera que se dice en el

capítulo siguiente.







SEÑOR NUESTRO, NO-  
ble y magnánimo: se-  
pa la vuesa merced  
que a la presente ho-  
ra no hay paraje que  
no haya pisado nues-  
tra cansada planta, ni  
país que no hayan re-  
corrido nuestros asen-  
dereados cuerpos. Na-

vegamos por el sesgo curso de caudalosos  
ríos, atravesamos las ondas amargas del di-  
latado mar. Abrasáronse los nuestros pechos,  
faltos de aire, en las planicies de caliginosos  
y muy ardientes desiertos, y entumeciéronse,  
ateridos y amoratados, nuestros enmagreci-  
dos miembros con el frío vendaval y los cier-  
zos de inclementes climas. Mendicantes so-  
mos, y de limosna vivimos: de la limosna  
que los fieles de la cristiandad han tenido  
a bien darnos dondequiera que hemos llega-  
do. Imperios, reinos, principados y señoríos  
nos han visto vagar, como ánimas errantes,  
camino de la Tierra Santa, que encierra las  
memorias de la vida y muerte del Señor Je-  
sucristo.

Tenían las palabras del romero un algo de  
misterioso y lejano, como esas caravanas ára-  
bes y borrosas que se ven en algunas litogra-  
fías antiguas, caminando por un desierto infi-  
nito en que se pone el sol y alarga las siluetas

dolorosas de los camellos. Era su voz bronca y seca, avezada al andariego implorar, hermana de la avellanada catadura de su rostro. El príncipe, que escuchaba atento en tanto hablaba, hubo de preguntarle a tal sazón:

—¿De dónde venís y adónde vais?

El mozo peregrino, que hasta entónces hubiera callado, tomó la palabra en tal punto, y habló de esta manera:

—Vamos a la Bretaña, señor, y venimos del Languedoc y de la Provenza. Bellos y muy nobles países son éstos, dignos de toda loa y de sin igual admiración. Señores hay en ellos tan fastuosos en el dar, que sus limosnas y agasajos por maravilla o encantamiento se tuvieran a no verlos con los ojos, palparlos con las manos y gustarlos con la boca. Cristianos son los tales señores y magnates, a mi fe, como puedan serlo los de un otro país cualquiera; mas sin faltar a la ley de Dios, saben discurrir su vida con ingeniosos expedientes y muy honestos y sabios regocijos. Arden los castillos en fiestas, y señores y vasallos, hidalgos o plebeyos, platican de amor, inventan juegos ingeniosos, proponen sutiles cuestiones, con las cuales, los que enamorados están, descubren por figuras su pensamiento a quien más les place; levántanse disputas de diversas cosas, atraviésanse motes entre algunos, y huélganse todos extrañamente compo-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

niendo muy dulces músicas y canciones, que muchas damas de singular belleza y claros talentos escuchan deleitadas. Hombres hay avisados en su ingenio, y divertidos en las trazas de su imaginación, que, a la manera de los viejos aedas y rapsodas, van de mansión en mansión cantando bellos decires o tañendo suaves músicas en instrumentos dulcemente acordados, los cuales llámanse juglares, así de boca como de péñola, y no faltan fidalgos que cuentan su amor a las bellas y pregonan su hermosura en baladas ingeniosamente compuestas; dícense los tales doctores en trovar y también trovadores. Mas es de advertir que los juglares de que hablo no han de confundirse con los apellidados bufones en Lombardía, hombres de atambor, saltadores y tromperos. El nombre del juglar sólo pueden llevarlo sin desdoro los que, adornados de cortesía y buen saber, alternan entre ricas gentes para tocar instrumentos, contar novelas, recitar versos y canciones ajenas, y para otros empleos buenos y agradables del ingenio. Tales gentes como éstas son recibidas en las cortes, porque su oficio es de gran recreación y placer. También entre los de saber de clerecía dedicanse algunos a este noble oficio del trovar, y fraile conocí yo, llamado Durán, cuyas trovas eran de todo punto admirables; recitábalas en los castillos, vestido de cortesano, muy

ágil de su persona, con los zapatos cuadrados, a usanza de los vecinos de París; llevaba un largo instrumento de cuerda a guisa de juglar gascón.

Godofredo de Rudel escuchaba, sonriente, aquel discurso juvenil lleno de fogosidad y entusiasmo. Mostraba claramente su divertimento en la expresión del rostro, y quiso indicar sus aficiones y ciencia del arte de trovar, ya que él era un hábil forjador de versos. Así, dijo al efecto:

—Excelentes trovadores y juglares habréis oído en la Provenza, puesto que así lo decís; pero nunca supieron tocar la viola ni acabar con el temple y cadencia de los bretones.

El mozo peregrino callóse por el pronto, mas luego respondió:

—Nunca oí a los bretones, que mi memoria recuerde; pero gran verdad ha de ser su excelso mérito cuando un tan discreto señor lo encarece.

Y tornó al silencio.

El príncipe, pensando muy acertadamente que aquellos santos varones de algo más que de contar historias vivían, llamó a sus servidores y requirióles el yantar. No tardaron éstos gran cosa de tiempo en acomodarlo en aquella misma cámara en que estaban. No era Godofredo glotón o tentado de la gula; pero, aun así y todo, sus frugales refecciones cotidianas



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

eran algo así como pecaminoso sibaritismo para aquellos austeros viandantes, hechos a los ayunos y, cuando no, a miserias viandas. Negáronse en un principio a tomar parte en aquello que ellos llamaban “festín reñido con la humildad cristiana de un penitente, regalo que la carne pecadora no merecía”, y otras cosas de este jaez, y obstinábanse en comer algo que fuera tan sólo sustento del cuerpo, junto al hogar, entre la turba de criados y siervos; mas rogóles tanto y con tan convincente manera Godofredo, que a la postre accedieron a participar en su comida y comer a satisfacción, aunque contra su gusto, aquella noche, por vía de penitencia y mortificación.

Ya terminada la cena, sin duda bajo el benéfico influjo de la sangre de las vides, que es sangre de Cristo, desarrugóse el entrecejo hirsuto de los romeros, y las bocas plegadas, sólo hechas a implorar orando, dilatáronse en sonrisa plácida de sobremesa monástica. Moviéronse las lenguas con más priesa que antes y menu-  
dearon muy curiosas razones,  
que sabrá el que lea el  
capítulo siguiente.







ABLOLES EL DE RU-  
del de nuevo a sus  
huéspedes de sus pe-  
regrinaciones y vian-  
danzas y mirando  
ellos que tan magná-  
nimo señor gustaba  
sobremanera y en alto  
grado de pláticas y  
cuentos de lejanos pa-

rajes, diéronse a decir cuanto de extraordina-  
rio hubieran visto por todo el orbe de cris-  
tíandad, y esto con tan pintoresca lengua y  
donaire, que Godofredo permanecía absorto  
y embebecido. No daban paz a sus curiosas  
y divertidas historias, en tal modo y mane-  
ra, que al punto que el uno la dejaba, conti-  
nuábala el otro, como si de los labios a medio  
salir se la arrancase. Y así, ora el uno encare-  
cía grandemente la fastuosidad y lujo de los  
hijos de las Italías, ora el otro pregonaba el  
extraordinario vigor de los germanos. Y así,  
en fuerza de contar raras, aunque verídicas  
historias, vinieron a caer en la Antioquía y a  
referir las extraordinarias aventuras que de  
los cruzados allí habían aprendido. Hicieron,  
con esta ocasión, una sutil y minuciosa cuenta  
de cuantas peripecias y lances de fortuna les  
ocurrieran a Godofredo de Bullón y su ejérci-  
to, con tal primor y tanta muchedumbre de  
pormenores, que no se dijera otra cosa sino que

los dos comensales habían presenciado lo mismo que narraban. Hablaron de las mercedes y dones que los señores de aquellas tierras les habían concedido, y en particular hicieron mención del conde de Trípoli, liberal entre magnates, y de su hija, tan hermosa que por maravilla se tuviera. Llamábase aquél Ramón, primero de su nombre en el condado, y ostentaba ésta nombre de peregrino encanto: Melisenda. Y como los romeros describiesen punto por punto los hechizos de la afortunada y bondadosa doncella, ocurrió que era tal como a la señora irreal de sus pensamientos soñaba la mente del acalorado príncipe, según se describe en el capítulo primero, y es a saber: negra la color de sus grandes ojos, como piedras azabaches de gran medida y precio; más encarnada la boca que las piedras rubies o la flor de los claveles que en Provenza se crían; suave y morena la piel de su cara; negra también la cabellera, sedaña y ondulada; el cuerpo bien fornido y de extremosa gentileza en sus ademanes y maneras. Añádase a esto la singular virtud, donaire y discreción, que los santos vagabundos no se cansaban de encarecer.

No quiso oír más nuestro enamorado príncipe, y si bien por cortesía no abandonó a los que tan feliz nueva le traían, en tanto ellos contaban sin tasa nuevas historias, permane-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

cía él tan cogitabundo en sus cosas y ajeno a las de ellos, como antes atónito.

Coyuntura llegó en que el sueño vino a invadir los ajetreídos y molidos cuerpos de los viandantes; menudearon los bostezos y murieron las historias. Godofredo, que continuaba ensimismado y presa de sus amorosas cavilaciones, notólo casualmente, y dando tregua a su desmandada imaginación, que llevaba trazas de tocar en locura, llamó a sus servidores para que condujesen a los soñolientos huéspedes a sendos y bien mullidos lechos que al efecto había mandado aparejar.

Una vez partidos que fueron, quedóse el enamorado doncel a solas con sus quimeras, y dióse a discurrir trazas que prontamente le condujeran cerca de su amada. Daba vueltas y más vueltas en la obscura cámara, con tal ímpetu y fogoso frenesí, que una fiera enjaulada se dijera, y a tiempo que sus pasos medían la estancia, caminaba la imaginación con no menos priesa, ímpetu y fogoso frenesí que los pies. En esta tarea transcurrieron hasta dos o tres horas, al cabo de las cuales, sentóse el príncipe en una gran mesa que cerca de las tres hachas había, y allí, cogiendo pluma de ganso y pergamino, empezó a desaforar sus ansias y deseos amorosos en muy apasionados y pulidos versos. Como tenía la cabeza caliente, y no menos caliente el herido co-

## RAMON PEREZ DE AYALA

razón, la llama inspiradora no fué esquivia a los requerimientos de Godofredo, y muy pronto la mano, dócil a los designios del pecho, fué forjando las estrofas siguientes:

← Aunque jamás la he visto, amo a una dama  
que oír no pudo aún mis sentimientos;  
mi corazón herido la reclama  
con muy tristes, solícitos lamentos,  
y he de hacer con mis trovas que la fama  
a ella corone entre bellezas ciento,  
ya que a beldad no igualan en porfía  
sarracena, cristiana ni judía.

Lejos vive de mí, tierra extranjera  
pisa su planta. Lejanía me hiere.  
Brisa sutil, sé tú mi mensajera  
y dile que me espere, que me espere,  
que he de llegar, aunque de amor yo muera  
si ella, ingrata, de amor por mí no muere.  
Hasta su trono seguiré el camino  
con hábito y bordón de peregrino.

Cantando iré del mundo a los confines  
mi amor inmenso, a nada comparable,  
y a usanza de los nobles paladines,  
con uno he de luchar, monstruo espantable,  
que cancerbero fuera en sus jardines.  
Por gozar su presencia deleitable,  
dispersarán mis puños esforzados  
a sarracenos mil, rudos y armados.

Cuando hubo dado fin a estas hiperbólicas  
y explicables arrogancias, las luces que en la



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

cámara había mostrábanse moribundas, amarillentas y vacilantes, y a través de los grandes ventanales de vidrios, espesos y emplomados, la dudosa luz del Oriente entrábase temerosa y blanquecina.







ODOFREDO, QUE SI era avisado en el pensar no era tardo en el hacer, salió de su cámara, atravesó los largos y lóbregos pasadizos, solados de grandes planchas de nogal, que a su paso rechinaban tristemente;

descendió la gran escalera familiar y fué a parar al camaranchón en que los servidores dormían. Un vaho caliente y no muy agradable tufo vino a darle en las narices, avezadas a más finos y regalados olores. Mas no por eso torció su ruta y designios, antes al contrario, siguió con más priesa y decisión, como si aquellos ingratos perfumes de acicate le hubieran servido. Encaminose al lugar en que Pipolín dormía, a fin de despertarle, y éste, irguiéndose tan pronto como sintió algo de su dueño en las posaderas, dió principio a la tarea de vestirse y calzarse, tarea que remató en muy breve término. Subieron entrambos a la cámara del príncipe, y allí el señor dió muy apresuradas órdenes, que Pipolín adelantóse a cumplir diligente, y desapareció al efecto.

Quedóse de nuevo solo el de Rudel, y empezó a pasear en su estancia con la misma agitación que antes. Cogió el pergamino en que había escrito sus versos y leyólos en alta voz,

con rendido tono y muy tiernas inflexiones. Ya finiquitos, tornó a leerlos otra vez, y otra, hasta siete, pues en la labor se le acrecentaba el cariño, y encontraba una suerte de contentamiento en pregonarlo en versos rimados. Pero, como parase mientes en ciertos extremos que en ellos constaban, quedó un tanto perplejo y confuso. No era que su valor tan jactado en aquellas estrofas vacilase un ápice ante las aventuras apetecidas; su corazón en tal momento juzgábase capaz de llevar a cabo tales y más estupendas hazañas. Lo que en aquel punto le traía a mal traer, y le devanaba los sesos, era una singular promesa que en la segunda estrofa hacía:

Hasta su trono seguiré el camino  
con hábito y bordón de peregrino.

Y puesto ya en el duro trance de emprender la jornada, parecíale hartó más difícil la tal empresa de lo que al escribir sus versos se figuraba, tanto más cuanto que ya había dado la orden de ensillar su caballo alazán, el más arrogante y recio. Pero el buen juicio y atinado parecer vencieron en tal ocasión sus vacilaciones, y decidió en consecuencia comenzar a caballo su largo viaje, ya que el decoro y buen nombre de los principes y magnates aconseja no volver atrás en las órdenes que a los servidores se dan, y teniendo en cuenta

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

asimismo que ciertas frases que en verso se profieren son licencias poéticas, que ni el mismísimo Horacio las juzgaría de necesario cumplimiento. Acalláronse con esto las dudas del escrupuloso Godofredo, y ya tranquilo y sosegado su espíritu en este respecto, enpezó a verse poseído de otras pasiones no menos revueltas y furiosas que las anteriores, como es la de impaciencia. Los minutos que pasaban hacíansele siglos en el durar, y su corazón sufría con la tardanza como amador que espera la hora de la cita. A punto estuvo de darse violentamente a dos mil diablos, bien a pesar de su mansa y pacífica condición, y hubiera caído en tan bajo proceder a no llegar Pipolín, para decirle que todo estaba cual era el designio de su señor. Caló entonces el bonete, requirió un largo manto y bajó hasta la puerta del castillo. Allí aguardábale su brioso caballo alazán, enjaezado, junto a un otro caballo menos brioso y arrogante, destinado a Pipolín, y un mulo acémila que cargaba los equipajes del príncipe. Sosteníanles con la diestra mano sendos servidores que permanecían humildosos, y muy cerca el mayordomo, con el casquete en una mano, mostraba su cabeza anciana, a entrambos lados de la cual, sobre las orejas, pendían dos seniles mechones cenicientos. Acercóse a él Godofredo, y dióle minuciosas órdenes y disposiciones que guardar



*RAMON PEREZ DE AYALA*

en su ausencia; cabalgó luego sobre el trotón alazán y partió seguido de Pipolín y el cargado mulo.

No era consumada aún la hora del alba.

La aurora extendía por el cielo sus  
pálidas rosas, y asomaban por el

Oriente los rubíes engarza-  
dos en oro de la coro-  
na de Apolo.





UANDO GODOFREDO henchido el ánimo de cuitas, pudo verse ya lejos de su castillo, elevó los ojos al cielo, y llevando entrambas manos sobre su corazón entonó un gran himno de gracias a Jesucristo, que tan

alta merced le había concedido, cual era la de mostrarle el lugar y paraje donde su muy amada Melisenda, tanto tiempo presentida, se encontraba. Un gran fervor e inesperada fe le inflamaban el pecho y amortiguaban un tanto el furioso despertar de sus ansias amorosas; y así, venía a encontrarse en la más peregrina y apurada situación en que amador alguno se hubiera encontrado. De una parte, su fervor y fe decíanle que muy pronto vería a la dama de sus pensamientos; de la otra, su gran amor tornábase desconfiado, que es achaque corriente en pasión tal, y hacíale mirar de muy temerosa manera las penosas y largas jornadas, las peligrosas aventuras que pudieran sobrevenirle, y hasta la anhelada correspondencia de la desconocida hermosura. De esta suerte su alma, con más rapidez que un sutil juglar, saltaba desde el gozo extremado hasta la extremada desesperanza y tristura. Y a tal punto llegaron su ensimismamiento y cavila-

ción, que durante todo el primer día de su viaje permaneció mudo, cabizbajo, sin que en los bellos parajes que transitaba parase mientes, ni un bocado de pan demandase para sustentar su cuerpo.

Pipolín, mirando el enfurruñado talante de su señor y atendiendo a su pertinaz mudéz, pensó para su sayo, muy acertadamente, que no era ocasión aquélla de burlas y bufonadas, y no fué errado su pensar, a mi fe, que las trazas antaño divertidas, hubieran hogaño movido al atribulado Godofredo más a la cólera y al enojo que a la risa. Y ésta fué la causa de que el bufón, más que tal, pareciese escudero.

De este modo el príncipe y su bufón, seguidos del sosegado mulo, llegaron a una venta o albergue a la hora en que anochecía. El ventero, echando de ver la magnificencia y porte del caballero olió los buenos dineros que de la estancia en su casa podían quedarle y le colmó con agasajos y cumplimientos, que Godofredo recibía sin atender en ellos, ya que su ánimo muy lejos estaba de las bajas cosas de este mundo, y aun cuando fuese su sentido despierto para percatarse, su calidad de gran señor impedíale agradecer y estimar lo que en todas ocasiones de derecho se le debía.

Dirigióse Pipolín a acomodar las bestias en el establo, y luego con más que regular priesa a la cocina, en donde dió fin en menos que

canta un gallo a cuantos mantenimientos le sirvieron, ya que en todo el día no había catado mendrugo.

Condujeron al príncipe a una desmantelada y espaciosa estancia, que era la mejor que en la venta había, y preguntáronle qué era lo que el cuerpo le pedía para yantar. Mas él no quiso probar bocado; es la pasión de amores de tal índole que del cuerpo ahuyenta cualquier otro apetito. Quedóse a solas con sus dudas y amorosos cuidados, y como sintiese su cuerpo más que molido por efecto de la jornada y de la noche anterior, pasada en claro, acostóse en el lecho, no muy blando ni mullido, que el ventero tenía apercibido, recitó con voz entrecortada las estrofas por él compuestas, y entregóse, a la postre, al sueño, pensando en su muy amada Melisenda.

Al rayar el alba del siguiente día, ajeno y libre de pereza, que son señuelos para el espíritu torpe, con grande diligencia y premura levantóse el príncipe, presto ya a emprender nueva jornada. Como si durante la noche hubiera tenido dulces sueños de benéfico augurio, su alma estaba limpia de vacilaciones y sus cuitas borráronse en un punto, anegándose el pecho en confiada esperanza.

Pagó su hospedaje abundantemente, aunque no tanto como el avaricioso ventero hubiera deseado, y prosiguió la vía.

Era el tiempo claro, bonancible, y los parajes que recorrían de singular belleza. Pipolín, al ver desarrugado el ceño de su señor, sintió que algo se le desapretaba en el pecho, y dióse lleno de júbilo a su oficio de bufón, profiriendo decires, que él juzgaba de gran donaire y de singular contentamiento para su señor. Y lo cierto es que éste los escuchaba complacido, que aun los más discretos y agudos ingenios gustaron de bufonadas, sin que tal afición redundar pueda en su menoscabo.

En esta forma caminaron durante varios días, haciendo noche en ventas y mesones, y cuando no al raso, pues dicho queda que el tiempo era bonancible, y las noches no inclementes, antes tibias y estrelladas. Y con el fuego de amor que le abrasaba las entrañas, nunca se hubiera visto atacado Godofredo de escarças ni inclemencias.

Cuando en el curso de su viandanza daban en algún lugar deleitoso, apeábase Godofredo de la cabalgadura, sentábase a la sombra regalada de cualquier árbol corpulento que cerca se hallase, y allí, acariciado por las auras silvestres, entregábase a la tarea de componer versos en loor de su dama.

Pero ocurrió que al quinto día de su viaje, y según caminaban, ya bien entrada la mañana, distinguieron a lo lejos tres hombres que en sentido encontrado venían. Cuando se hubie-

ron acercado un corto trecho y pudieron examinarlos a su sabor, Pipolín, que no las tenía todas consigo, exclamó poseído de pavora:

—¡Oh, mi señor! Huyamos sin topar con tales gentes, que bien a las claras dicen por su porte y manera ser malhechores.

Tranquilizóle Godofredo, que, de ánimo valiente, no sentía en su corazón zozobra alguna; mas Pipolín tornó a sus temores y cobardías, dándoles salida en plañideras lamentaciones:

—Míreles bien su señoría; mírelos, y verá por las sus cataduras y hábitos que son esos desalmados bandidos que los caminos asaltan, roban, hieren con más encarnizada furia que las salvajes alimañas, y que en los países del Mediodía les llaman *los malos mozos*.

Mas fueron inútiles sus razones, porque no había dado aún cabo de ellas cuando los tres hombres que en contrario rumbo venían, cerráronles el camino de no muy cortés manera, y les intimaron con rudas amenazas, desnudas y al aire sendas espadas, de esas que llaman brabantesas por ser a la usanza de Brabante, cortas, anchas y de muy sutiles filos, a que entregasen cuanto de bueno llevaran.

No se había equivocado Pipolín en sus vaticinios. Los tres individuos que en tal forma se presentaban eran cierta clase de bandidos de la Provenza, denominados *los malos mozos*. Llevaban los tales grandes cáscos de bronce



con ancha visera que el rostro les ocultaba, a guisa de merodeadores, y sobre las casacas recias de vacarí, por bajo de las cuales asomaban las piernas desnudas, la cota anillada de maila tenía destellos bajo el sol matutinal.

Fácil le hubiera sido a Godofredo entregar sin dilación los dineros que porteaba, o quizás huir, volviendo sobre su camino, en el rápido trotón alazán; pero su esforzado corazón y ánimo valeroso hiciéronle en tal punto despreciar el peligro y trabar la aventura. Desenvainó prestamente su larga espada bretona y la enarboló en el aire con la diestra, mostrándose presto a sostener el ataque de los tres bandoleros. Cautivóles a los bandidos la gentileza y arrogancia del mozo que con tal desnudo y valor se disponía a combatir, y a esto debió el quedar con vida en semejante apurado trance. Hablaron unos con otros, y entendiéronse a medias palabras para rendir al arrojado doncel sin causarle herida alguna. Dificil empresa fué ésta, pues Godofredo defendíase rudamente, y con tal priesa movía a un lado y otro su espada, tan pronto dispuesta a herir como presta a defender, que punto llegó en que los salteadores juzgaron de gran utilidad y provecho dar fin con malas artes de aquel arriesgado caballero. Mas supo él con su nobleza anondar la villanía de los adversarios e infundirles en sus pechos sentimientos generosos que nun-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ca hubieran sentido. Replegarónse al efecto los tres a la una, como dando treguas al asalto, y avanzaron luego aína con destreza suma y tal tino, que a tiempo que el uno le sostenía la cabalgadura, asió el otro de la diestra al de Rudel, y pugnaba el tercero por desarzonarlo y derribarlo, lo que ño tardó en conseguir. Ya en el suelo, aprestáronse a registrarlo cuidadosamente, y no habiéndole encontrado dineros, apoderáronse de sus vestidos, dejándole en el triste y lastimoso estado en que Don Quijote <sup>7</sup>hubo de encontrarse en Sierra Morena, llevando a cabo la dura penitencia de Beltenebros. Mas no se contentaron con esto los bandidos, sino que yendo al lugar en que, algo apartado de la lucha, se encontraba Pipolín con el mulo, cogieron por su cuenta los dos animales, entre los cuales no cuento al bufón, sino a su caballo, y montando las cabalgaduras, desaparecieron camino adelante, no sin antes advertir al desvalijado príncipe que gracias les debía por haberle hecho merced de un tan precioso don cual es el de la vida.







## N EL CAPITULO V

explicase cómo Godofredo de Rudel, tras una empeñada y peligrosa aventura que entre él y unos bandidos hubo lugar, encontróse en la más apurada situación en que mozo joven, ga-

llardo y amador puede encontrarse; cual es, en la soledad de un apartado camino y tan cerca del estado en que su madre le había parido, que para cubrir sus miembros un solo jubón blanco y no muy luengo le quedaba.

Tan ligera y peregrina guisa a otro que no hubiera sido nuestro esforzado príncipe colmárale de tribulación y desesperanza, no así a él, de quien ya tenemos dicho que la fe le había disipado del espíritu toda vacilación y duda. Así es que cuando se hubo visto a solas con su bufón, cuyas ropas contrahechas de nada le servían, y medio desnudo, dirigióse a un árbol que cerca de él se levantaba, y a su sombra se sentó serenamente, confiando en la providencia de Dios y en el amor de su amada. No tardó mucho tiempo en platicar con Pipolín, cosa que él nunca solía; pero mirando sin duda que en tan mísera situación a la par se encontraba de cualquier plebeyo, hablóle a su servidor en tan llano modo y con

tan sensatas razones, ajenas de todo punto a soberbios pensamientos, que no se dijera otra cosa sino que entre semejantes de nacimiento se cruzaban las palabras. Y así hubiera pasado todo el día, oyendo el uno las razones del otro, no muy tranquilo aquél, sosegado este, roído de los estímulos del hambre el siervo glotón, ayuno de torpes ideas y bajos apetitos el príncipe; así, digo, hubiera transcurredo todo el día a no pasar, cabalgando en su gran mula monacal, un fraile benedictino. Alegróse, así que lo vió, Pipolín; mas su señor, que no se hallaba tentado de la impaciencia, dejóle llegarse hasta ellos sin proferir palabra, y cuando le hubo tenido a la par, aunque un tanto corrido por su traza, acercóse al monje, que por su orondo y sonriente coramvobis de genio apacible parecía, y le saludó cortésmente; que siempre los señores, hasta los más blasonados, tuvieron tales cumplidos para la clase de clerecía. El benedictino, que hasta entonces no había reparado en el príncipe, al verlo tan falto de ropa como sobrado de desnudez, creyó que se las había con un loco, y ya estaba presto a abandonarlo, pican-do trote a su mansa mula andariega, cuando se presentó Pipolín, plañidero y humíldoso, según cumplía a su condición servil. Esto ya desconcertó un tanto al sorprendido monje, y pensó muy cuerdamente que nunca loco al-

guno, y menos en tan deshonestas y pobres trazas, se hizo acompañar de bufones ricamente ataviados, cual lo era Pipolín. Aprovechó Godofredo esta coyuntura, y narróle, al efecto, al fraile cuanto le había ocurrido y el malhadado encuentro que con unos bandoleros había tenido, trance que le condujo a aquella afrentosa situación. Dijole asimismo quién era, y enteróle de sus blasones y abolengo, mostrando en su discurso tanta cordura que el monje le brindó con media cabalgadura, una manta para cubrirse y buen albergue en su convento, que muy cerca se encontraba. Siguióles Pipolín de no muy buen temple, y a los pocos momentos de jornada encontráronse en el convento, cuyo era prior el monje que con Godofredo topara. Era un rico convento que ejercía señorío en todo el priorato, y tan espacioso y bien acondicionado que un numeroso ejército pudiera albergar en sus estancias. En los establos, que eran de mucha cabida, había hasta sesenta animales de ganado caballar y mular, y amontonábase en las bodegas tan variada cantidad de vinos que una sola comida no bastara para gustar la mitad de ellos.

Condujo el abad a Godofredo a una grande estancia y proporcionóle luego unos atavíos que, si no de tanta magnificencia y lujo como los que antes llevaba, eran de no poco mérito



y estaban brochados con gran primor y guardados de algunas piedras finas de no escasa medida y precio. Ofrecióle asimismo dos cabalgaduras para continuar su andanza; mas, por el pronto, rogóle que le concediera el honor de albergar en su convento aquella noche a un señor de tan alto linaje y buenas prendas. Accedió Godofredo a ello, prometiéndole pagar sobradamente las liberalidades y agasajos que con él mostraban, e hizo donación a aquel santo monasterio de una extensa tierra en Saintonja, a orillas del Garona, que llevaba consigo más de doscientos siervos adscritos al terruño. Negóse en un principio el abad a recibir un tan alto precio por un servicio que él graciosa y desinteresadamente prestaba; pero no tardó mucho tiempo en aceptar el ofrecimiento; y esto en virtud, no de codiciosos deseos, sino de las firmes razones del príncipe.

Llegada la hora del yantar, fué conducido Godofredo al gran refectorio monacal, y allí encontró aparejado su asiento en un tallado sitial, que junto al del prior habían colocado. Después de rezadas las oraciones de costumbre, dióse principio a la refección, que por muy rara casualidad no era de ayuno y abstinencia, antes al contrario, formada por muy pingües y bien condimentadas viandas y generosos vinos, tal como convenía de cuando

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

en cuando a aquellos penitentes monjes, que ayunaban casi todo el año y arrastraban una vida de duras privaciones y recios trabajos. Suprimióse aquel día la lectura que durante las mezquinas colaciones solía hacer un fraile joven, y en honor al noble huésped concedió el prior a sus monjes permiso para hablar, cosa que hicieron con tanta medida y recato que lo que entre sí decían más que razones profanas parecían divinos rezos de oficio, musitados quedamente en el templo. Mostróse maravillado el de Rudel de tanta discreción, y así se lo manifestó al prior, el cual, agradecido a la lisonja, envaneciéndose—liviana debilidad de que hasta los más santos han sido tocados—por el buen orden del monasterio. Y puestos ya en el trance de conceder regalos a santos cuerpos que de ellos nunca gozaban, de sobreemsa salieron de la bodega empolvados recipientes, que encerraban misterioso licor hecho en la casa, que contenía muy saludables virtudes curativas y un agradable y dulce paladar. Era aquel raro, verdoso y dorado licor un timbre de gloria del monasterio, cuya comunidad en la contemplación meditativa no olvidaba la santa ley del trabajo; feliz mixtura de aromáticas hierbas; sabia fórmula, encerrada como en incógnito tabernáculo, que pasaba de generación en generación de monjes, sin salir

nunca de los espesos muros góticos del benedictino convento.

Sirviéronle en una taza a Godofredo el preciado licor, y de tal modo le pareció suave y especioso, que no encontró palabras para alabarlo, y repitió de él hasta cuatro veces. Todos los monjes lo gustaron, aunque en muy corta medida, y bajo su benéfico influjo las voces antes tenues y murmuradoras fueron engrosando hasta formar un recio coro masculino, que bien a las claras denotaba el honesto regocijo y cándido bienestar de aquella inocente congregación monástica.

Retiráronse a su hora los frailes a rezar sus oficios canónicos, y dado que les hubieron fin, tornóse el prior a la celda del príncipe, en donde trabó con él larga plática, en que menudearon sabrosas razones sobre asuntos de trovas y de la gaya ciencia. Pluguíéronle en extremo al príncipe cuantas cosas le dijo el abad, y puesto al cabo de un extraordinario certamen que en el castillo de Fontignac, no lejano del monasterio, había de celebrarse, mostró Godofredo su propósito de asistir a él, para encarecer el ferviente amor que por una desconocida dama sentia; y a este propósito narró, punto por punto, sus amorosos cuidados, juntamente con la maravillosa descripción que de la hermosura y donaire de Melisenda unos santos vagabundos le habían hecho. Res-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

pondióle el abad que hasta él había llegado ya la fama de extraordinaria belleza y virtud de la tal señora, con lo cual el de Rudel se consideró el ser más feliz de la tierra, por haberse declarado paladín de tan admirada y reverenciada condesa. Leyóle al fraile los versos que había compuesto en honor de la dama, y que por flojo botín los despreciaron los bandidos, y aquél no se cansó de alabarlos y realzarlos como de gran perfección y bien rimados.

Retiráronse entrambos a descansar ya bien avanzada la noche, y a la mañana siguiente

Godofredo y su bufón hicieron jor-

nada, seguidos de unos mo-

zos que el abad les había

confiado a guisa de

escuderos.







O ESTABA TAN PRO-  
pincuo el castillo de  
Fontignac como Go-  
dofredo creyó oyen-  
do las razones del ca-  
ritativo abad. Cinco  
días de no perezosa  
jornada tardaron en  
avizorarlo, ceñudo y  
lejano, con su mole al-

menada que sobre el azul del cielo se alzaba  
prócer. Cuando el príncipe lo hubo visto, lle-  
nóse su pecho de alegría, tanto porque iba a  
pregonar en él la superior belleza de su se-  
ñora, cuanto por vencer en reñido certamen  
lírico con la no menos superior belleza de  
sus versos y canciones. Esto último, aunque  
muy íntimo lo sentía, como buen poeta, no se  
daba cuenta cabal de ello, a fuer de caballero  
cristiano y humilde.

Mas antes de proseguir adelante en la na-  
rración de las aventuras que a nuestro prín-  
cipe acaecieron, fuérzanos la veracidad y buen  
juicio que a todo historiador le cumple, hacer  
mención de los encuentros que en esta última  
parte de su viaje tuvo, y si no de todos, por ser  
muy numerosos, de los más singulares.

A medida que príncipe y bufón hacia el cas-  
tillo se encaminaban, íbanse topando multitud  
de personas de todos semblantes y países, que  
la misma dirección de ellos seguían. Eran da-



mas, de muy notable hermosura todas ellas, que cabalgaban dóciles palafrenes ricamente enjaezados, e iban guardadas de buen golpe de servidores y escuderos, fornidos y muy bien armados; eran señores de relucientes armas y ricos atavíos, con no flojo séquito; eran andantes aventureros, rientes y descuidados, modestos en el vestir, sin más tesoro que su instrumento de trovar a la espalda y su guedeja de oro bajo el bonete raído. Godofredo, que era dado a la plática por su natural afable, trabó conversación con muchos de éstos, y de su boca supo que al castillo de Fontignac se dirigían igualmente, a cantar amorosas baladas y guerreros serventesios.

También con los caballeros cruzó razones, y por ellos supo extraordinarias nuevas que, acrecentando su amor, hiciéronle mecerse en brazos de muy dulces esperanzas. Contáronle todos los que con él hablaron las predicaciones de San Bernardo, más apasionadas y ardientes que las del ermitaño Pedro, y el señuelo de guerreras empresas y piadosas romerías que, como consecuencia, llameaba en el corazón de todos los buenos cristianos y valerosos caballeros del Occidente. Decían que los ánimos mostrábanse prestos a la reconquista de los Santos Lugares, y que sin tardanza, señores y magnates armarían huestes en sus feudos y señoríos para marchar en

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

cruzada a la Palestina. Muchos príncipes, condes y barones habían libertado ya a sus siervos para convertirlos en soldados. Legiones de clérigos, trocados en peregrinos, aguardaban la formación del ejército a fin de seguirle.

Godofredo, así que hubo oído hasta el final estos belicosos proyectos, despachó a su fiel Pipolín hacia Blaye, con órdenes terminantes al efecto. Gran temor se apoderó del ánimo del desmedrado bufón, pero el ceño severo y recios ademanes del príncipe hiciéronle ocultar su disgusto, y haciendo de tripas corazón volvióse hacia Blaye, no sin antes rogar muy encarecidamente a Dios que de *los malos mozos* le apartase.

Dicho queda más arriba cómo camino de Fontignac dábanse priesa al andar damas, caballeros y trovadores, también juglares, en lucidas cabalgaduras los unos, sobre los molidos y ajetreados pies los otros. Yendo, pues, todos en semejante forma y manera, causó gran asombro y admiración una rica carroza tejida de mimbres y ornada con gran primor y riqueza, que, tirada por mulas briosas, encaminábase también, a no dudar, a las cortes de amor del castillo de Fontignac. Así era, en efecto, y el rico carruaje no tardó en adelantar al caballo en que montaba el príncipe de Blaye. Miró éste al interior de la carroza y acertó a

ver una dama tan ricamente ataviada y con tanta suma de piezas de orfebrería y piedras preciosas, que por arte de encantamiento parecían obradas, o por la mano de un orive hechicero. Sus hábitos eran también de muy raras telas de gran precio, y tan vistosos colores que causaban suspensión de los sentidos. Tenía el rostro oculto por un espeso cendal de seda, si bien se adivinaba que había de ser de gran belleza, así como las manos, que sin luvas aparecían y anilladas con ricas joyas de oro y piedras rubíes y de aljófar. Esta dama de tan extraordinario boato era Leonoreta de Borgoña, y ocultaba cuidadosamente el rostro para mejor lucir su hermosura y causar admiración al descubrirlo en las Cortes de Amor, según pensaba. Muchos caballeros de diferentes países, y no menor número de trovadores, habían roto lanzas, luchado en torneos y cantado dulces baladas en su honor; mas ella mostrábase igualmente desdeñosa para con los unos como para con los otros, sin que amor alguno lograra ablandar su duro corazón.

Mas la fatalidad, que en todas las revueltas de la vida tiende asechanza, quiso que la hermosa duquesa se prendase de Godofredo desde el punto mismo en que lo hubo mirado, y que su corazón, antes insensible, quedara presa de una ardiente pasión. Prendóle la apostura y buen porte del mancebo y la va-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ronil y lozana hermosura de su rostro. Ordenó a sus criados que condujesen siempre la carroza al paso de la cabalgadura de Godofredo, para mejor mirarlo y a su placer, tras el tupido cendal, que si de afuera adentro ocultaba, no así de adentro afuera; y encareció, platicando con las damas que en su carroza llevaba, a guisa de servidumbre, la gentileza de aquel joven y gallardo caballero, noble en apariencia.

No tardó en percatarse el príncipe de que la carroza marchaba adrede pareja a él, y dióse a pensar la causa dello. Mas quiso su buena suerte que el acalorado pensamiento no se devanase en muchas cavilaciones, porque presuntamente la oculta dama a él se enderezó con muy dulces palabras, que por el tono y manera de ser dichas denotaban bien a las claras el amor de que la tal señora se encontraba lastimada. Díjole que si él gustaba de ser su caballero, paladín o trovador, ella lo tuviera a mucha honra, y que nunca con tan gallardo y gentil mancebo para tales empleos pensara dar.

El príncipe, al escuchar semejantes palabras, encontróse perplejo, pues si por una parte su alto nacimiento le forzaba a ser rendido servidor de las damas, su gran amor impedíale ser paladín y trovar bellezas que no fuesen las que adornaban a su amada Meli-

senda. Pudo en él más el amor que la cortesania; y así, con muy sutiles frases y retorcidas razones, negóse al amor de la desconocida dama. Mas no fueron sus frases tan sutiles ni sus razones tan retorcidas, aunque lo eran mucho, que lograran convencer a Leonoreta de Borgoña; antes al contrario, la hirieron en lo hondo del corazón de tan cruel manera que juró para sus adentros dura venganza; y sabido es de todo tiempo que venganzas de hembra siempre han tenido cumplimiento. Ocultó por el pronto su despecho y siguió platicando con el príncipe, fingiendo serenidad que muy lejos de su ánimo estaba, y dióse tan buenas trazas su ingenio maligno (lo cual fué siempre patrimonio de mujeres), que supo sin tardanza las causas y razones que a Godofredo movían para obrar en aquella manera descortés: tal lo juzgaba ella al menos. Mostróse con esto satisfecha, y dando una orden a sus servidores, partió en su carroza al trote de las mulas, que a lo lejos se perdieron, dejando tras de sí espesa nube de polvo blanco.





ARTO SABIDO ES EL gran predicamento de que en aquel tiempo gozaban los llamados certámenes de la gaya ciencia y también Cortes de Amor. Los más notables poetas a ellos acudían acompañados de juglares, y expo-

nían en muy ingeniosas estrofas difíciles y complicados casos de amor, las cuales estrofas formaban distintos órdenes de composición que tenían muy variados nombres, tales como: verso, canción, *planch*, *descort*, tensión, serventensio, pastorela, albada, serena, balada, sextina, fábula y otras muchas.

Mandaba el amor como dueño absoluto en los corazones de aquel tiempo, ya que, como dijo uno de los tales trovadores: "El hombre que no ama para nada sirve."

*Nuls hom sens amor res non vall.*

Mas practicábase el amor con tan ingenua pureza, y estaba ayuno de tantas misérrimas torpezas como hoy lo adulteran, que a los pervertidos y maliciosos espíritus contemporáneos podrá parecerles aquello licencia de costumbres y decadencia moral. "Amor era el móvil de todas las acciones del hombre, y era



también un sentimiento que dominaba a todos los demás, cediendo a su influjo el deber mismo. *El matrimonio no es una excusa legítima contra el amor*—dijo el capellán Andrés en su Arte de Amar (1).” Y conformes con tal doctrina aparecen todas las sentencias o juicios que muy insignes damas dictaron en certámenes de amor que presidieron: tales la condesa de Champagne, hija de Leonor de Aquitania; y la vizcondesa Ermengarda de Narbona. Pensaban muy atinadamente aquellas discretas y agudas señoras que el amor puro no puede haberse entre personas casadas, y así Perdigón rehusó tomar en matrimonio a Isoarda de Roquefeuille por temor a dejar de amarla, cosa bien extraordinaria, si bien se piensa, aunque no tanto como la acaecida a Pons de Capdeuil, que siguió amando a Blanca de Flassens, a pesar de haberse casado con ella.

El código de amor, que adquirió fuerza de ley, dice en su artículo treinta: “No hay nada que prohíba que una mujer sea amada de dos hombres, ni que un hombre sea amado de dos mujeres.” Y conforme con tan saludable precepto dictábanse las cándidas sentencias, llenas de donaire y discreción, en cuantos certá-

---

(1) Víctor Balaguer: *Historia de los Trovadores*, tomo I, pág. 33.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

menes por entonces se celebraban. Era entre todos uno de los más señalados el que en su castillo de Fontignac reunía la condesa Brandaliza, en la calenda de mayo; y esto, tanto por el singular fasto y ostentación de los festejos, cuanto por el nunca bien ponderado tino que en cuantas sentencias dictaba la condesa resplandecía. Tanto tiempo como durasen las cortes de amor transcurría en muy honestos y deleitosos regocijos. Ibanse los unos a cazar con halcón el faisán de Tartaria, que por aquellos parajes menudeaba. Danzaban los otros en las grandes estancias del castillo con las damas que de ello gustasen. Enzarzábanse éstos en muy intrincadas partidas de ajedrez. Holgábanse aquéllas grandemente viendo a los juglares bailar al son de los tambores. Algunos deslizaban su tiempo en arriesgados ejercicios de fuerza, tales como pasar rodando una rueda de carreta sobre el cuello, o bien sostener en equilibrio y del lado de la punta una lanza sobre la nariz. Pero los más encontraban su deleite en platicar con las damas en el bosque del castillo, un bosque tupido de hayas y olivos, lleno de voluptuosas y muy discretas umbrías, de grutas apartadas y de avenidas silenciosas; *un bosque sin ecos*, según afirma un autor de la época, que muchas veces hubo de recorrerlo.

Godofredo penetró por el bosque, y en el

punto mismo que a su cariciosa sombra se vió, encontróse encantado y movido de gran júbilo. Caminó por bajo un espeso cielo de hayas, en tal forma entretajadas, que los sutiles cabellos de Febo no podían por sus coyunturas deslizarse. En aquella sombra todo era amable e íntimo. Caminaba distraído nuestro príncipe cuando un agudo grito, que, por el timbre y tono, de garganta femenina era salido, hizole abandonar su distracción. Avizoróse en la sombra recatada y no tardó en ver sobre un rústico banco una amorosa pareja. Tenía ella en su regazo una estofa en que aparecía a medio bordar un heráldico blasón, y besaba él apasionadamente la mano derecha de la dama, ligeramente ungida de sangre en su dedo índice. Dióse muy pronto cuenta el de Rudel de que la laboriosa señora se había herido, y el apasionado doncel restañaba la sangre con el más dulce de los bálsamos. Acorzóse entonces de Melisenda, que tan lejos la tenía, sin que sus labios pudieran orar ante ella castamente, con besos. Siguió el príncipe su andanza, y cuando hubo caminado un buen trecho, hasta sus oídos llegaron suaves rumores muy quedos, como de un arroyo que se deslizase entre guijas y flores. Llegóse hacia el paraje de donde los rumorosos ruidos salían, y pudo ver que no eran equivocadas sus conjeturas, toda vez que el arroyuelo corría gra-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ciosamente con leve murmurio; mas a su orilla, sobre el césped mullido, encontrábase otra pareja. Estaba sentada ella con los pies desnudos, unos pies tan blancos que de nieve se dijieran, y que el caballero besaba con amoroso transporte, y éste era el quedo rumor que hacia tales lugares le había atraído. La ninfa, que había visto sus pies envueltos en los parleros cristales del arroyo sonoro, reía ahora, encantada, al sentir cómo los diamantes que en el raso de su piel quedaban eran enjugados con rubíes, que tales semejaban los labios ardientes del apasionado caballero.

En aquel misterioso bosque, propicio al amor, del cual se dijera hecho por una buena hada por arte de encantamiento para regocijo de los amadores, los ruidos, rumores, parajes, umbrías, todo le traía a las mientes al enamorado Godofredo la lejana visión de Melisenda.

Atenazado en tal guisa por sus amorosas inquietudes, sentóse bajo una haya,  
y allí dió rienda suelta a su corazón en versos y canciones que con rara habilidad forjaba.







## N EL MAS GRANDE

salón que en el castillo había, celebrábanse las sesiones de la corte de amor. Extendíase en el techo un vistoso artesonado de rara magnificencia, trabajado con muy ricas maderas y arrea-

do todo él de oro y azur. Sosteníanlo recias columnas de piedra, tan bien y de los mismos colores arreadas. Había muchas panoplias, finamente labradas en oro y plata las unas, en rudo hierro y bronce repujados las otras, en fino acero templadas las menos, y una muchedumbre de armas de todo aspecto y forma enredábanse entre sí como grandes monstruos que de los muros pendiesen. De la una a la otra panoplia corrían grandes tapi-ces que desde el techo hasta el pavimento llegaban, y en los cuales aparecían con muy nobles tonos y fina trama escenas pretéritas de amoríos o gestas: Tristán e Isolda; Godofredo, el cruzado, bogando hacia Jerusalén en un rojo navío, del cual un blanco cisne tiraba por una cadena de oro, y así otras muchas. En el muro de la frente, una vistosa pintura a la encáustica representaba una Corte de Amor, llena de caballeros y damas, trovadores y juglares. Bajo ella extendíanse los sitiales



en nogal obscuro esculpidos, sobre los que se sentaban la reina y su corte; el de aquélla estaba coronado por un doselete de rojo damasco con el blasón del castillo. Veíase bajo él a Brandaliza, vestida con un fino manto de seda carmesí y una rica túnica azul turquesa. Por bajo la caperuza de armiño, recamado de grandes diamantes de mucho brillo y precio, asomaba la cabellera, a trechos trenzada, a trechos no, toda ella entretejida con sartas de perlas. También sobre su cuerpo llevaba muy fastuosas joyas, lo mismo que en las manos, según convenía a su dignidad. Seis otras damas sentábanse a su lado, la mitad de ellas a la diestra, la mitad a la siniestra: aquéllas eran Melia de Clermont, Violante, señora de Luignan, y Corisanda de Auvergne. A la siniestra estaban Brixena de Ventadour y Heletria de Perigord. El otro sitio, destinado a Leonoreta de Borgoña, aparecía vacío, con grande extrañeza de todos, ya que la sesión había comenzado. Causaban admiración a cuantos presentes se hallaban los atavíos de Melia de Clermont, la cual arrebuajábase en una almátiga azur, toda guarnecida de cafis; el argayo de Brizena, que era tejido de esclatones, o sea cierta tela muy preciada, y guarnido de negros carboncos y de bermejós balax; y el rostro de Corisenda, con tan singular

maestría adobado y tocado de la cançilla, que por obra del más hábil pintor se tuviera.

Una muchedumbre de damas, caballeros, trovadores y juglares, teníanse de pies en el resto de la estancia, pendientes de cuanto en ella ocurría. Así, todos los ojos se volvieron hacia la puerta de entrada cuando Godofredo en el umbral apareció. Prendóles a las damas la singular gentileza del mancebo y quedaron los caballeros no muy complacidos de su apostura, a causa del recelo a que les movía.

A esta sazón, y en tal estado los ánimos, por una puerta muy pequeña, que, cubierta por un tapiz junto a la Corte había, entróse muy rápidamente, como azorada y temerosa, Leonoreta, y llegando hasta el lugar de la reina, prorrumpió en estas palabras:

—Sepa la muy noble castellana Brandaliza, reina nuestra; sepan las no menos nobles damas que su corte forman; sepan cuantas honestas señoras me escuchan, y sepan cuantos caballeros presentes se hallan, que en el bosque deste castillo un hombre me ha hecho desafuero.

Escuchábanla todos, mudos de sorpresa y movidos de lástima. La ofendida dama levantó la impla que el rostro le cubría, así que hubo desafogado su zozobra, y mientras los unos quedábanse como turulatos de ver las extrañas huellas de terror que en su rostro

aparecían, miraban los otros, deleitados, las raras perfecciones de la tal señora, sin que mientes parasen en el quebranto que en sus facciones reflejaba.

Invitóla la reina a que expusiese su cuita, y ella entonces, con adolorida voz, narró cómo un osado caballero, en el bosque cercano al castillo, la había dado un beso, sin que palabra alguna mediase antes de la acción. Preguntóle la reina cuál era el nombre del caballero, si por acaso lo sabía, y Leonoreta respondió que nunca hasta entonces lo había visto, y clavando los ojos en Godofredo, dijo fieramente:

—¡Helo allí!

Extrañóse en grado sumo el príncipe de tan atrevido embuste, pero mucho más se extrañaron las damas todas allí presentes de que Leonoreta juzgase desafuero un beso de tan arrogante doncel, y como ésta continuase en sus lamentaciones, la reina Brandaliza llamó a Godofredo para que disculpase el beso descortés. Comprendió él entonces que aunque la verdad dijese ninguno la creería, ya que una honesta dama afirmaba lo contrario, y que el despecho (que no otra cosa era lo que a tal embuste la movía) podía conducirla a muy peores extremos. Así resolvió prontamente en su imaginación, despierta en trazas y ardidés ingeniosos, lo que había de hacer. Y fué esto

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

un Dezir que improvisó con singular maestría:

### UN DEZIR

Es Mesura mi diviza,  
mas perdiendo, al verla, el seso,  
¡oh, mi reina Brandaliza!,  
díle un beso.

Fué mi paladar goloso  
en demasía, confieso;  
y al pensar cuán deleitoso  
sería un beso

en los sus labios de fresa,  
Cupido, que es dios travieso,  
tentóme, y a la condesa  
díle un beso.

La linda fresa jugosa  
vila, absorto de embeleso,  
tornarse en fragante rosa  
con mi beso.

A una fermosa en tal guisa  
que es flojo, juzgo yo, exceso,  
¡oh, mi reina Brandaliza!,  
dar un beso.

Y es trance, a mi fe, curioso  
sacar el ánimo ileso  
de un fuego tan peligroso  
como el beso.

Pero ya que la condesa  
díceme de modo expreso  
que es bagaje que le pesa  
el mi beso,

rogarle quiero humildoso  
gracia y perdón por mi exceso  
y que al galán dadivoso  
vuelva el beso.

fueron todos grandemente de la agudeza, con lo cual la de Borgoña quedó más que corrida por el pronto. La muy discreta reina Brandaliza, tras una breve deliberación con las damas que en su corte tenía, acordó que Leonoreta devolviese el beso que contra su voluntad le habían dado, y que era en su poder como prisionero; sentencia que, aunque llena de justicia, no causó placer en la asamblea, antes al contrario, ya que los unos envidiaban a Godofredo y las otras a Leonoreta, a la cual trocósele lo que por afrenta tenía en no floja alegría y gozo. Mostróse, no obstante, un tanto rehacia y discola en cumplir la penitencia, y dió a entender con sus razones, que gran trabajo le costaba, que contra su gusto iba, y que tan sólo por sumisión a la reina por tan duro trance pasaba, lo cual hacía para más afrentar al príncipe, fingiendo desvío. Mas éste, que harto enamorado de Melisenda para curarse de los repulgos y melindres de Leonoreta, conservaba muy serenos el corazón y el ánimo, declaró ante la corte de amor que muy gustoso perdonaba el tributo a la condesa, que tan atribulada parecía estar. Gran admiración causó a los caballeros todos aquel sin igual desprendimiento, y a las damas hízolas sonreír satisfechas, menos a la de Borgoña, que aunque otra cosa quisiese mostrar, tenía el corazón más que herido y

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

los ojos a punto de derramar abundantes lágrimas.

Otros sucesos no menos divertidos y extraños acaecieron en las referidas Cortes de Amor del castillo de Fontignac; mas considerando el narrador que sólo lo que a Godofredo ata-

ñe es digno de referirse en esta verídica

historia, cállase adrede muy nume-

rosos lances que llevarían la

curiosidad del lector ha-

cia otras intrigas

secundarias.









ODO AQUEL QUE atentamente leído haya los capítulos que hasta ahora van escritos, habráse dado cuenta, entre otros sucesos o acaecimientos, de dos, que muy presentes conviene tener, y son éstos: pri-

mero, el gran amor sin semejante que por Melisenda sentía el príncipe de Blaye, y segundo, las guerreras empresas que para la conquista de la Palestina se preparaban. Y en dos años que transcurrieron desde las Cortes de Amor del castillo de Fontignac hasta los lances que en el capítulo siguiente se narran, acrecentóse en tal forma y manera el amoroso cuidado de Godofredo, aunque por imposible se tenga, que para describir o bosquejar sus extremos fuera necesario una péñola mejor tajada que la mía o pincel más avisado y docto que el del mismo Apeles. Como menudeaban por aquel tiempo las Cortes de Amor en muchos castillos, si bien en ellos trovadores y caballeros iban cantando guerreras canciones que inflamasen el ánimo, o serventensios heroicos que infundiesen en el corazón esforzado ardimiento, nuestro príncipe iba de mansión en mansión y de corte en corte recitando las baladas y cantilenas que ingeniosamente componía, en

todas las cuales se pregonaba la extremada violencia de su amor, que a peligrosas aventuras y batallas le conducía, cierto del triunfo. Su desvío para con las damas que no fuesen su Melisenda, aunque en un principio muchas desazones causó y no pocas malas voluntades, hizole luego una aureola de amorosa fidelidad que muy bien se acoplaba con su cortesanía; pues aunque ni la hermosura de las unas ni la discreción o donaire de las otras le hería el corazón de punta de amores, era con todas ellas rendido y galán, sin que sus galanuras a requiebros se pareciesen, y así todas envidiaban a aquella afortunada princesa que tan extremado amor había inspirado. Por aquel tiempo compuso una muy apasionada canción, que gran fama de inspirado poeta le acarreó y que es como sigue:

CANCION

114  
Dos mensajeros, divinos  
peregrinos,  
de Floralia en la Calenda,  
trajéronme una mañana  
lejana  
la visión de Melisenda.

Fué una visión regalada,  
llegada  
de la otra orilla del mar,  
y de entonces en ventura  
tristura  
por mí se hubo de tornar.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Desde aquel punto bellida,  
polida,  
véola, y nunca la vi,  
que aunque de mí no catada,  
fadada  
en mí mora, vive en mí.

Y así, no vieron mis ojos  
sus rojos  
labios de flor oriental,  
y que tienen, sé, reflejos  
bermejos  
como rama de coral.

No fué a inundar su pupila  
tranquila  
el flumen de mi pasión,  
y que es bella, sé, y que es bruna,  
tal una  
piedra del rey Salomón.

Nunca vi su cabellera  
ligera  
al aire, libre ondular,  
y presiento que se agita  
infinita  
e insondable como el mar;

y aunque nunca pude el talle  
abrazalle  
preso de folía y ardor,  
bajo el brial opulento  
lo siento  
débil, así el de una flor.

### ÚLTIMA

Tengo en mi pecho un altar  
para orar,  
y una imagen de mujer  
para amar,  
y una flor  
para ofrecer  
a mi amor.

## RAMON PEREZ DE AYALA

Yo soy vuestro trovador,  
Melisenda, y sé cantar  
vuestra belleza sin par,  
¡oh incomparable mujer!,  
que hais logrado enamorar  
a quien nunca os logró ver.

La nueva armada de caballeros del Occidente que habían de rescatar del poder de los infieles los Santos Lugares, preparábase con gran priesa, gracias a las predicaciones ardorosas de aquel gran apóstol Bernardo que hubo de canonizar la Santa Madre Iglesia. Dicen los historiadores que de aquella lejana época hablan, que su elocuencia milagrosa tenía el raro poder de desatar los más fuertes lazos de la vida. A su voz separábanse los hijos de los padres, los maridos de sus mujeres, los señores de sus señoríos, los aldeanos de su terruño, y todos, poseídos de gran ardimiento, ansiaban que llegase el día de pelear por la santa religión. Había sido su educación muy esmerada y honesta, primero en el castillo de Fontaines, donde había nacido; más tarde en la floreciente escuela de Chatillon-sur-Seine, en la que hubo de aprender cuantos ramos del saber humano eran conocidos entonces, lo cual ocultaba él por modestia cristiana, diciendo de sí mismo que era una planta salvaje nacida en el desierto por la gracia de Dios, un ignorante alimentado en los bosques. Con su sabiduría y tenacidad supo vencer a

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Pedro de Bruegs, Gilberto de la Porée, Arnaldo de Brescia y otros sectarios precursores de la Reforma, lo mismo que al gentil Abelardo (1).

Empezó a hacer sus predicaciones en Francia, con singular actividad y tino. Luis llamado *el Joven* y también *el Piadoso*, séptimo de su nombre e hijo de Luis *el Gordo*, para purgar el crimen cometido en la guerra contra Thibaut, conde de Champagne, quemando mil trescientas personas refugiadas en la iglesia de Vitry, hizo voto de ir al Oriente en cruzada, a matar muchas más. Infundióle tan penitente decisión el verbo ardoroso de San Bernardo. Opúsose a ello el ministro Suger; mas convocada para la fiesta de la Pascua una asamblea extraordinaria en Vezelay, acordóse definitivamente efectuar la guerrera expedición, que tan gran entusiasmo en el pueblo todo despertaba, el cual infundíase valor a sí mismo con los gritos de *Gesta Dei per francos* y “Dios lo quiere”.

---

(1) Tenía recio el espíritu, como un cristiano primitivo, y era de una gran austeridad en sus costumbres. Había nacido para mandar hombres y remover pueblos. En una ocasión hubo de escribir a Eugenio III, pontífice en aquella sazón: “Dícese de mí que soy más Papa que Vuestra Santidad.” Ya moribundo exclamaba, dirigiéndose a su médico, en esta forma: “Yo que en todo tiempo goberné hombres razonables, véome forzado ahora a obedecer a un jumento, cual sois vos.”



Un acendrado amor cristiano a las santas reliquias que de la vida del Señor Jesucristo restaban, ayuno de otro liviano propósito de conquista, era lo que movía los esforzados ánimos de los caballeros nobles; así, cuantos al Oriente se encaminasen con el santo ejército habían de privarse de todo fasto y ostentación en sus atavíos y vestiduras, de toda suerte de servidumbre en el séquito, de cuantos motivos de deleite, regocijo o entretenimiento y solaz les sirvieran, tales como perros de caza, que los primeros cruzados consigo conducían, e ir más en guisa de penitentes peregrinos que de guerreros ostentosos.

No tardó gran cosa de tiempo en extenderse por toda la Alemania aquel mismo ardor que a los franceses animaba, y el mismo emperador Conrado III de Suabia vió su pecho presa de él.

Reuniéronse los germanos en Ratisbona; los francos en Maguncia, en donde San Bernardo, después de haber derramado por última vez el raudal de sus elocuentes discursos, repartióles cruces de estofa que habían de llevar en el pecho, a modo de insignia; mas como faltasen no pocas de éstas, ya que el número de cruzados era harto crecido, desgarróse sus propios hábitos e hizo con ellos toscas cruces, que entregó a los que a sus pies estaban, inflamados de fe y piedad. Era uno de éstos el

príncipe de Blaye, el cual, después de haber recibido y besado lleno de unción la cruz, colocóla en el lado izquierdo de su pecho, donde un tan singular y nunca visto amor ardía.

Si bien el ejército cruzado encaminóse a la Tierra Santa a pie y atravesando la Europa, algunos caballeros, entre los cuales contábase Godofredo, llegaron a diferentes puertos para allí embarcarse. El príncipe de Blaye hizolo en Marsella, en un hermoso navío de un mercader florentín y en unión de Pipolín, que algún tiempo antes había llegado de Saintonge con numerosa compañía de siervos y campesinos que al ejército imperial se unieron.

Un viento blando henchía las velas del navío, que majestuosamente se enmaraba. Godofredo en una borda miró la tierra, ya confusa y borrosa; miró el mar azul, celestial camino que a la dicha le conducía, y miró al cielo benigno, con los ojos arrasados de lágrimas y una oración en los labios. Los corceles rojos de Apolo galopaban hacia el Ocaso en carrera triunfal, y sacudían de sus crines rosas sangrientas que iban a sumirse en el mar infinito.







UNCA VELERA NAVE alguna, con más dulce carga de esperanzas y ardimientos, surcó el glauco cabello de Tetis! Y decirse puede, sin tildes de extremo, que Jasones y Argonautas, inflamados en codicioso fuego por

el áureo vellocino, no eran de tan esforzado ánimo como los nobles caballeros que de Marsella partieron en la nave de micer Tomaso; que de este modo se llamaba el mercader y piloto a un tiempo mismo. Mostrábase el tal, para con los huéspedes de su mansión flotante, de solícito afecto y sonriente visaje, en todo momento presto a satisfacer sus menores caprichos, para lo cual dábase tal tino, que a las veces adivinábanlos antes de que a los labios hubieran asomado, y prestamente cumplíalos, con singular contentamiento de los agasajados caballeros. Cuando el tiempo era de bonanza y el gobierno de la nave daba gran lugar a la holgura, reunía a sus pasajeros el avispado mercader y contábales historias picarescas, llenas de donaire malicioso (que siempre los florentines fueron hábiles en el manejo de la agudeza), con las cuales reíanse todos hasta desternillarse. Mas cualquiera no ciego, sin preciarse de zahorí, pudiera per-

## RAMON PEREZ DE AYALA

catarse de que las más delicadas larguezas y agasajos a Godofredo iban destinadas, que no en balde era el más opulento señor y de más noble y elevada alcurnia de cuantos juntamente navegaban; con lo cual vendrá el lector a caer en cuenta de que el astuto florentín, al prodigar de tal modo sus finezas, pensaba más que en el placer de dar en el futuro deleite de recibir no flojo precio. Y en verdad que éste no se hizo esperar, y de tal magnitud fué, y en tan comprometida situación llevóse a cabo, que otro cualquiera que no fuese el avaricioso micer Tomaso, hubiérase visto recompensado sobradamente. Fué el caso que, a los tres días de navegación, dos marineros avizoraron tres pequeñas embarcaciones que a la del florentín se dirigían a toda vela. No tardó gran cosa de tiempo en extenderse la nueva por la tripulación toda y en llegar a oídos de micer Tomaso, que en su camarote se encontraba entregado al ocio, y hubo gran pesar y pavora de ello, pues pensó, muy acertadamente, que los tales navíos eran de esas gentes maleantes que a la piratería se dedican por aquellos mares, como así era en efecto, pues muy luego pudo verse que tres fustas de moros volaban, ciertos de la presa, dando poderosos alaridos, como para intimidar la rendición. Con esto, el mercader vióse tan poseído de la tribulación y del espanto,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

que rompió en amargas quejas y lamentaciones, a tiempo que derramaba muy copiosas lágrimas. Viéronle los caballeros en tan lamentable guisa, propia más bien de una dama que de un marino, y dijéronle que gran ofensa les causaba al temer tan flojo peligro yendo en su esforzada compañía, y que la Providencia les deparaba propicia ocasión de rematar infieles y perros mauritanos antes que a la Tierra Santa llegasen. En tanto, los moros acrecentaban sus alaridos, y viendo que del navío, mercante al parecer, no les daban respuesta alguna, arremetieron contra él al abordaje, con gran furia y estruendo. Mas los incautos sarracenos no contaron con tanto caballero y tan dispuestos a trabar lid, y si bien por el pronto pesóles su arriesgada empresa, siendo ya la huída más que peligrosa, y esperanzados, sin duda, con la idea de abundoso botín, cobraron nueva y valerosa apostura. Trábose, en tal sazón, un reñidísimo combate con gran confusión, y a la postre de tanto estrago, que duró más bien cerca de una hora, no quedaba con vida ni uno de los africanos que poco antes tan fanfarrones se mostraban. Y lo más singular y admirable del caso es que ninguno de los cruzados sacó el cuerpo herido, si ileso y descansado, como si ningún trabajo o labor hubieran obrado, lo cual atribuyeron ellos a un milagro divino. Y tras esta aven-



## RAMON PEREZ DE AYALA

tura, nunca bien ponderada ni encarecida, el piloto mercader tornó a sus solícitos cuidados, no movido de la gratitud, sino animado por la recompensa.

Una azarosa coyuntura hizole trabar a Godofredo estrecha amiganza con un caballero gascón, llamado Beltrán; y fué ésta el haberse encontrado juntos en la refriega, a tiempo que un buen golpe de moros los cercaban, y mostraron tal valor y tan esforzado arrojo entrambos, que de aquel punto parecía que un lazo invisible los unía y como que los añudaba el uno al otro. Díjole Godofredo su amor sin semejante, a lo cual el de Gascuña hubo de responderle que era tan notorio y magnífico el tal amor, que de todos los confines del mundo tenían nuevas de él, y que no había dama que no envidiase a la afortunada princesa, ni caballero que no aprendiese fe de tan rendido galán. Con lo cual mostróse Godofredo poseído de candorosa satisfacción, que muy lejos estaba de la arrogancia o vanidad. Supo, asimismo, que cuantos caballeros en el navío iban, tenían para él toda suerte de admiración, que rebozaban, porque nunca cuadró bien a guerreros mostrarse serviles y aduladores, lo cual es propio de cortesanos. Platicaban a diario de este modo, durante largo tiempo, y como el príncipe mostrase cierto día inquietud y zozobra sobre el amor de Melisenda, dí-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

jole Beltrán que una tan noble princesa había de sentirse grandemente lisonjeada con tal amor, y que hasta sus propios oídos (los del propio Beltrán) había llegado por muy verídico conducto que la de Trípoli, noticiosa de la ardiente pasión que por ella sentía tan alto caballero, había visto su pecho arder en un fuego semejante, y que las horas se pasaba en la terraza de su palacio aguardando la llegada de su amor. Con esto, Godofredo llenóse de tan gran júbilo, que lo manifestaba con ruidosas muestras, hasta el punto que algunos de los marineros dudaban de la firmeza de su razón; fué en derecho a ver a micer Tomaso, y de él consiguió que la embarcación se dirigiera a Trípoli, sin parar más que en Nápoles, para hacerse con bastimentos. Exigióle por ello el aprovechado mercader una gran cantidad de florines, más la cesión de Pipolín, hacia el cual sentía gran afición el florentín, para ostentarlo en su ciudad, donde los grandes señores gustaban de llevar consigo hombres enanos y contrahechos, vestidos con vistosos colores y cascabeles, los cuales de regocijo les servían. Accedió a ello el príncipe, pues todo el oro del mundo parecíale mezquino para pagar el tiempo que en ver a Melisenda ganase, y en cuanto a Pipolín, entrególo gustoso, ya que contra su voluntad a sus órdenes lo mantenía, toda vez que los caballeros habían de ir en cruzada sin

servidumbre ni séquito. Gran tristeza se apoderó del pecho del infeliz bufón, y dióse a lamentar su aperreada suerte, que de las manos de un tan noble y magnánimo señor a las de un mercachifle le conducía.

En Nápoles detúvose el navío, para aprovisionarse, y sin tardanza tornó a hacerse a la vela. Considera, ¡oh agudo y discreto lector!, cuál sería el placer y júbilo que nuestro príncipe sentiría, viendo que, tras de tantas y angustiosas horas de apartamiento y lejanía, tras de tan serias, peligrosas y empeñadas aventuras, tras de tan asendereadas andanzas, iba a ver, como premio de sus amorosas fatigas, a la feliz princesa que las había causado. Por eso en toda ocasión podía vérsese, en lo más avanzado de la prora, acompañado de Beltrán, con los ojos llenos de impaciente cuidado y fijos en el horizonte, por donde la tierra prometida había de aparecer, mudos a las veces, a las veces platicando sosegadamente de cuestiones de amor, sin que el duro movimiento que los navíos suelen tener por aquella parte, les causase el mal del mar, ni el ardoroso calor de tales latitudes les atemorizase. Aunque la nave era de las veleras más avisadas y agudas, a Godofredo parecíale tan torpe y lenta, que su tardanza le causaba no floja congoja, ya que él hubiérala querido ver pareja con su acalorado pensamiento; y esta de-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

sazón trocóse en inquietud, la inquietud en decaimiento y el decaimiento en un tabardillo de mucho cuidado, al decir del mercader, que se preciaba de entendido en la medicina; por donde ha de verse cómo el mal de amores produce tabardillos, aunque el buen Beltrán creyese que la tal enfermedad veniale al príncipe del gran calor que a todas horas en sus espaldas y cabeza recibía.

Acomodaron a Godofredo en la cámara y prodigáronle toda suerte de remedios, confiados en la inmediata curación; mas transcurrió un día y otro, y al cabo del tercero vióse al príncipe presa de tan gran postración, que hubo un punto en que todos le dieron por muerto. Lloraron aquellos esforzados caballeros como si fuesen novicias y encomendaron a Dios el alma del de Rudel, tras de lo cual dirigieron a micer Tomaso, que era el causante de tanta gravedad y mal, pues a todas horas andaba con un mugriento infolio forrado en vacarí, que había mercado en Barcelona y que afirmaba ser escrito por el propio Hipócrates y comentado por Galeno en persona, y aplicaba extraños emplastos y menjures que aquel libro indicaba, los cuales no habían porteado consigo ningún provecho, si tan duro trance. Pero micer Tomaso mostróse tan apenado como el que más, con lo cual aplacáronse las iras de los cruzados. Desde

## RAMON PEREZ DE AYALA

entonces permanecieron junto al lecho en que Godofredo yacía, y decíanle palabras de consuelo y esperanza cuando éste mostraba su dolor, no tanto por la muerte en sí, cuanto por lo importunamente que venía. Por fin, viendo a Beltrán adolorido y lloroso, que cerca de él se encontraba, díjole de esta suerte:

—Beltrán, amigo, voy a morir de amor, que mi amor sin igual fué el que me acarreó la muerte... No arrojéis mi cadáver al mar; llevadlo hasta Trípoli, mostrádselo a la princesa y decidle que mi pecho sólo ha palpitado por ella.

Y diciendo esto lanzó un suspiro tan débil, que todos lo juzgaron el postrero.





RA LA PRINCESA ME-

lisenda doncella de tan extremada hermosura que por maravilla la tenían cuantos en ella paraban sus ojos, y ni Cleopatra, ni Judit, ni Pantasilea, ni Zenobia, con serlo mucho, fueron tan bellas

como la de Trípoli, ni atesoraron en el rostro tal punto de perfección, si hemos de dar crédito a los historiadores que de aquella época han escrito y eso afirman, ya que yo fui privado del incomparable deleite de ver a la una y a las otras. Y si su gentileza era mucha, no lo eran menos su discreción y donaire, y mostraba en sus maneras tan arrogante majestad, junto con blanda cortesanía, que más que por dama tuviérasela por reina, y a fe que sería harto sabia en el gobierno de las ciudades. Tañía instrumentos muy dulce y suavemente acordados, y hacía lo con cierto miedo, como mostrando una natural vergüenza de mujer casta. Era también hábil, en grado sumo, para recitar versos, lo cual ejecutaba con blanda delicadeza en la voz. Y a tal grado llegaban sus buenas prendas, que todos los que en sus escritos la nombran, no se cansan de encarecerla, a tal punto, que de ella pudiera decirse lo que años después el conde Baltasar Cas-

tiglione escribió de la Reina Católica, y es a saber: "Si los pueblos, los señores, los privados, los hombres y las mujeres, los pobres y los ricos, todos no están concertados en querer mentir en loor de ella, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso ejemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad y de toda virtud."

Siendo, pues, una dama de tanta discreción y bondad, a nadie ha de extrañar que concibiera un desaforado amor por Godofredo en el punto mismo que a sus oídos llegaron las nuevas de la extraña pasión del príncipe. Y este su amor, que fué grande ya desde su nacimiento, iba acrecentándose cada vez que llegaban esas gentes que suelen vagamundear de la Europa al Asia, las cuales traían siempre grandes historias que narrar y acontecimientos que describir. De este modo supo Melisenda las galanas estrofas que su beldad incógnita inspiraba, y sintióse llena de amoroso orgullo y de gran admiración hacia ellas, aprendiéndolas y recitábalas luego, estremecida de pasión y con lágrimas en los ojos. Pasábase los días y las noches presa de cavilaciones, y llegaba sazón en que la vida se le hizo carga harta pesada sin la presencia de Godofredo. Pero entonces, una como superior voluntad divin



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

infundiósele en el pecho, llenándolo de tranquilidad y esperanza en la llegada de su enamorado príncipe.

La tarde a que nuestra historia se refiere encontrábase Melisenda, como habitualmente, sobre la gran terraza del palacio, desde la cual atisbase una buena parte del mar y mucho horizonte, acompañada de su fiel sirvienta Camma, mujer nacida en Venecia, y una esclava asiática llamada Amestris. Llevaba la princesa una túnica azul turquí de muy rica tela, y apoyábase indolente sobre la diestra en un cómodo mueble, que no suele usarse en Europa, tapizado de un vistoso tejido de piel de camello. La cabellera, toda esparcida, caíale por la espalda y hombros tan abundosa y negra que parecía una fuente de lobreguez. Agitaba a las veces la cabeza, y la cabellera, dócil al movimiento, ondulaba como un torrente, a lo cual ella decía:

Nunca vi su cabellera  
ligera  
al aire libre ondular,  
y presiento que se agita  
infinita  
e insondable como el mar...

y añadía con humilde mohín: “Paréceme que el príncipe es algo exagerado en sus presentimientos”, a lo cual respondía la veneciana: “Digoos, gran señora, por mi fe, que nunca con

tan opulento cabello hubiese soñado si no me deparase la suerte el placer de haberlo visto, palpado y peinado con peine de oro y marfil." Y pasábale por la cabeza su mano, que era muy bella y blanca.

En esto la princesa, que fijaba sus ojos en unas embarcaciones que confusamente se veían, exclamó así:

—Camma, mi fiel Camma, ¿no ves alguna nave cristiana entre aquellas que han aparecido enfrente poco ha? ¿Y tú, Amestris? ¿está avezada tu pupila a hendir el cielo?

Amestris respondió:

—Señora, son harto lejanas para que yo pueda daros figura de ellas; dejad que se acerquen un tanto, y yo os las pintaré con todos sus pelos y señales.

Un pájaro grande y negro atravesó el cielo, describiendo raros signos. La esclava, que lo seguía con la vista y era versada en achaques de astrología, exclamó: "¡Mal agüero, mi señora! Grajo siniestro." Con lo cual el débil talle de Melisenda estremeciéndose; y si en aquella sazón el príncipe pudiera verla, hubiera exclamado acertadamente: *Así el de una flor*. Al poco tiempo un pájaro blanco cruzó el cielo volando sosegadamente, con lo cual Camma, que no le quitaba ojo y era entendida en el arte de hechicería, como nacida en Venecia, dijo: "¡Feliz presagio, señora!

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Paloma, de Saliente.” Y luego, mirando al mar, añadió: “Ves aquella nave que señalo con el dedo. Mi vista es certera y no yerra. Es la de micer Tomaso, un mercader florentín, gran decidor de agudezas y amigo mío, que frecuentemente arriba a este puerto para cargar cedros del Líbano.”

—Una nave europea parece, por todas las trazas—afirmó Amestris—; mas curaos de dar treguas a la esperanza, ¡oh mi señora!, que ocasiones en demasía acaecieron de ver semejantes naves y ser frustradas vuestras amorosas ansias. Y por mi salud os aseguro que aquel pájaro negro que hemos visto poco ha, nada bueno anunciaba, por el modo y manera que de volar tenía.

—Calla, calla, Amestris. Cierta estoy de que esa embarcación conduce aquello que yo más amo en el mundo.

—Tenedlo por cierto, señora —dijo Camma—; que el pájaro blanco así lo afirmó con su lenguaje mudo, pero no por eso menos elocuente.

Habiendo escuchado esto Melisenda, no quiso perder el tiempo en oír más razones, y sacando de la faltriquera un hermoso marfil con escenas de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que para ella había ejecutado un artista bizantino, púsose a orar muy fervo-

rosamente y a dar encarecidas gracias a Dios y a su Santísima Madre, en tanto arribaba la nave que de cierto le traía a su príncipe.

Como la embarcación tenía muy favorable viento en popa, no tardó gran cosa en llegar al puerto de Trípoli. Viéronla Amestris y Camma y dijéronselo a su señora, que, abandonando el piadoso rezo, llegóse al borde de la terraza, con el corazón palpitante y el alma asomada a los serenos ojos. Un caballero asaz apuesto y garrido salió de la nave prestamente, y encaminóse con diligencia suma hacia el palacio de la princesa, la cual dijo a Camma: "Id a buscarle, y conducidlo ante mi presencia." Y así que hubo partido, añadió: "Cáusame gran extrañeza que sin servidores ni escuderos se presente, bien que la fama le pregona de austeridad extrema."

El caballero, apenas entrado en la terraza, arrojóse al suelo con tal premura, que la princesa no tuvo lugar de verle el rostro; y con el cuerpo prosternado y por tierra, habló de esta suerte:

—¡Oh incomparable mujer,  
que has logrado enamorar  
a quien nunca os logró ver!...

Sabed que el príncipe que de tan noble e inaudita manera os amó yace moribundo en la nave, y es fuerza que acudáis sin dilación

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

si queréis recoger su postrer suspiro y darle la gloria antes de la muerte.

No quiso oír más Melisenda, que, por las señales que en su rostro aparecían, estaba a punto de dar en loca, y así le habló al caballero que tan triste nueva le traía:

—Guiadme, noble caballero, hasta el navío, y daos prisa. Plegue al cielo que el príncipe de Blaye reste con vida hasta mi presencia.

Y entrambos acuciosos partiéronse a la embarcación, en la cual estaba Godofredo rodeado de todos los cruzados, y en tan triste estado, que parecía tener el cuerpo totalmente desamparado del alma. Rompió por entre aquellos llorosos caballeros Melisenda, y llegando hasta el cuerpo del infortunado príncipe, cogiólo en sus brazos y cubrióle el rostro de apasionados besos, a tiempo que profería dolorosas quejas y tiernos requiebros, ora como queriendo tornarlo a la vida, ora como lamentando su muerte; de tal modo, que a todos los presentes les partió el alma de angustia. En esto Godofredo, que no era aún fallecido, recobrando los sentidos, abrió los ojos, y al posarlos sobre Melisenda y verse en aquella suerte, sostenido amorosamente por tan dulces brazos, creyó que la Virgen María, de la cual era gran devoto, recogiale el alma para llevarla consigo al cielo; mas duró breve momento este engaño, pues aquélla, mirándole

con los ojos abiertos y dando señales, aunque pocas, de vida, prorrumpió en nuevos y más apasionados transportes, llamándole su dueño, su amor y otras mil ternezas que suelen prodigar los enamorados en estos trances extremos, con lo cual Godofredo dió mil gracias a Dios por haberle conservado la existencia hasta aquel dulce término, y entornando los ojos, lanzó su postrer suspiro. Melisenda, que lo vió yerto, pegó sus labios a los del príncipe, por donde se le había volado el alma, lloró abundantamente sobre él, y luego habló de esta manera:

—¡Oh, mi señor y dueño! ¡Agora que he dado a tu muerte por dádiva postrimera cuantas lágrimas en mis ojos se encerraban, y veo que no queda otra cosa que hacer por ti, huyo del mundo y de la vida mundana, sin ti cruelísima, con la cual esperanza yo por tu sola causa me holgué en algún tiempo!

Y diciendo así, volvió al palacio para ordenar a sus servidores que enterrasen el cuerpo de Godofredo en la casa de los templarios de Trípoli, y aquel mismo día entró en el monasterio del monte Carmelo, donde lloró de por vida la muerte de un tan singular amante, más fino que Amadís, cual nunca lo vieron los siglos pretéritos ni lo han de ver los venideros. Tuvo, además, la fortuna de que la señora de sus pensamientos jamás cerca de él le

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

dió celos con otro, ni le puso mala cara, ni le dijo una simpleza, ni le causó una decepción. Ventajas de amar una amada remota, que es como enamorarse del ideal que uno mismo ha engendrado. Y si la novia de nuestros sueños se hallase en la luna, mejor. Es decir, esa novia perfecta siempre está en la luna.









SÍ QUE MARCELO, EL

ARTEMISA

—  
Novela  
dramática.

mozo de comedor, ya levantados los manteles, hizo desaparecer, camino de la cocina, su majestuosa espalda, la señorita Gloria se puso en pie, apartó con grácil energía el sillón de cuero donde

se sentaba, fuése hasta un espacio, libre de muebles, que había en el vasto y sombroso aposento, y allí ejecutó numerosos y variados saltitos, batiendo palmas a tiempo que danzaba en el aire. *Sirio* y *Aldebarán*, obesos gatos eunucos, rojo el uno como rescoldo y el otro negrísimo con reflejos azul eléctrico, como llama de alcohol, viendo a su dueña en los linderos de la locura delirante se enhiestaron sobre el diván en que yacían y emprendieron desordenada fuga, hacia un ángulo oscuro.

—¡*Sirio!* ¡*Aldebarán!* ¡Estúpidos!—gritó Gloria, ejecutando, entre risotadas, cabalísticos ademanes, al modo de sacerdotisa joven que conjurase a los astros en tono festivo.

—Gloria, hija mía, ¿qué dirán estos señores?—reconvino su padre, don Jovino, con simulada severidad—. ¿Qué dirán estos señores?

Estos señores eran dos: el señor don Pedro Gómez, del concejo de Lueñes, y el señor don

## RAMON PEREZ DE AYALA

Ramón Rodríguez, del concejo de Muriella; ambos entre los veinticinco y los treinta y cinco años de su curso mortal. El señor Gómez, como circunstancias características, disfrutaba del más tupido y dilatado mostacho, con una raya blanca de partición y cinco centímetros de longitud desde la ternilla medianera de la nariz hasta el centro del labio superior; luego, la quijada recia y pendiente, como de rocín viejo. El señor Rodríguez, gran seductor de mozas labriegas, ostentaba un semblante de belleza de cromo: ojos negros, entornados, barba amarilla, con muchedumbre de minúsculas vedijas, que eran un encanto; pómulos de rosicler, sonrisa invariable. El señor Rodríguez era, además de administrador de don Jovino, teorizante agronómico y gran amigo de la caza. El señor Gómez era...; en aquel momento era nada más que invitado de don Jovino. Ambos señores, el señor Gómez y el señor Rodríguez echaron el torso sobre la mesa, enderezándose hacia don Jovino, y dijeron a una:

—¡Por Dios! ¡Oh! Nosotros... Gloria es tan linda y graciosa.

Entonces Alfredo se encaminó hacia su hermana. Frunció la frente, como para expresar ideas hostiles, y habló con voz hueca:

—¿Qué castigo inventaremos adecuado a tu perversidad? Pues ahí es nada, ponerse a ha-

## BAJÓ EL SIGNO DE ARTEMISA

cer zapatetas, después de cenar y delante de invitados. Te voy a arrojar fuera de aquí—y tomando a la joven por la cintura la levantó en alto, por encima de su cabeza.

La fuerza de su hermano enorgullecía a Gloria. Los hombres, en su sentir, debían ser fuertes, y aun bárbaros, antes que inteligentes; e inteligentes antes que hermosos. Quién dijera que Alfredo, de cuerpo cenceño y al parecer delicado, atesorase tanto vigor. Por dar a entender cuánto se holgaba, Gloria se rebulía en gentiles revoloteos, leves, raudos; hundió sus manecitas en la rubia cabellera de Alfredo, se la aborrascó y fingía intentar arrancársela a repelones:

—Suéltame, suéltame, inglesote. ¿Te han enseñado en Inglaterra a ser tan bruto?

Alfredo la colocó suavemente en el suelo.

—Gloria, hija mía: indudablemente tú estás algo loca. Pero, a todo hay quien gane—dijo don Jovino, sin poder encubrir la íntima vanidad paternal que el divertimento de sus hijos le originaba.

—Tiene usted una fuerza horrorosa—manifestó el señor Gómez.

—¡Ya lo creo! Y antes de marcharte no eras gran cosa de fuerte. Habrás hecho mucha gimnasia—agregó el señor Rodríguez.

—Gloria pesa menos que una nube. Nube de tormenta, eso sí—contestó Alfredo, con gesto

## RAMON PEREZ DE AYALA

de chanza infantil—. Cualquiera de ustedes podría levantarla. Prueba tú, Ramón.

—Pero, muchacho...—atajó don Jovino.

—Calla, desvergonzado—chilló Gloria, componiendo pudoroso mohín.

—¡Qué ocurrencias tienes!—suspiró el señor Rodríguez, azogadas las manos y los ojos chispeantes.

Alfredo, encogiéndose de hombros, se acercó a un balcón y pegó la frente al vidrio.

—Llueve a torrentes; ¿no oís?

En el silencio se oía cadencia de lluvia, chichisbeo de bosque y la pulsación triste de un reloj de péndulo.

—¡Espantoso! Si continúa, no podréis ir mañana de caza—dijo don Jovino.

—¡Ya lo creo que sí!—replicó Gloria—. ¡Pues no faltaba más! ¿Verdad, señor Gómez? ¿Verdad, Ramón? ¿Verdad, Alfredo? Pues así que no tengo ilusión... Mataré media docena de jabalies... Además, en Muriella estará despejado. ¿Verdad, Ramón, que en Muriella llueve menos que aquí?

—¡Claro! Está el mar cerca.

—Nada, nada—añadió Gloria—. Con el alba tomamos el camino, y... ¡hala!, ¡hala!... Lo único que me contraría es el madrugón—agregó Gloria.

—¿Sólo el madrugón?—preguntó Alfredo—.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Di la verdad, sin tapujos. ¿No tienes miedo a que algún jabalí te acometa?

—¡Oh!—se adelantó a decir el hombre de belleza de cromo—. No hay peligro...

—Y aun cuando lo hubiera—afirmó Gloria, echando hacia atrás la dorada cabeza, con brusco ímpetu, enfático y delicioso; algunos ricillos, que desmandándose de su orden vagaban sobre la frente, tuvieron un estremecimiento de luz—. ¡No hay jabalí que me intimide!

Celebraron todos la arrogancia de Gloria. Hubo después un silencio. Los dos visitantes, nada sueltos en el trato social, creían que estar en silencio y estar en ridículo es todo uno. Por disipar esta pesadumbre, que les abrumaba, el señor Gómez insinuó:

—El comedor es muy elegante...

Nadie le respondió.

Gloria fué a sentarse en el diván.

Disponíase el señor Rodríguez a suscitar otro tema coloquial no menos interesante que el anterior, muerto de recién nacido en los labios del señor Gómez, cuando subieron del jardín alegres ladridos del perro guardián.

—Gloria, ahí lo tienes. Cese tu impaciencia—dijo Alfredo.

—¿Tú qué sabes quién es? ¿Y si fuera don Robustiano?

## RAMON PEREZ DE AYALA

—Persona conocida; la manera de ladrar el perro lo dice.

A poco, en el oscuro marco de la puerta se bosquejó el bulto, más oscuro todavía, de don Robustiano, el cura, quien envió su voz a los presentes, con afable y simple salutación cristiana:

—Santas y buenas noches nos de Dios—y cambiando del tono evangélico al humorístico, hacia el cual sentía pujos frecuentes:—Es decir, noches perras, perras, perrísimas; noches *gochas* (1), *gochas*, *gochísimas*.

Y avanzó con paso mesurado por la estancia.

¶ Era el sacerdote un sesentón sanote y jovial, pequeñín, nervioso y escurridizo como lagartija, aliñado de su persona.

Hasta cierto punto inclinado a la literatura clásica y amatoria, aunque cura, sabía de latines, y justo es consignar que prefería el de Apuleyo al del Breviario. Por toda norma de conducta ateníase al adagio que reza: “A mal tiempo, buena cara.” Y siendo el de su parroquia aldeana perdurable mal tiempo, era la del párroco buena cara perdurable.

Después de la salutación colectiva, el sacerdote fué ofreciendo la mano a todos los presentes, costumbre de cura, y en llegando fren-

---

(1) Coquinas.



te a Gloria se puso tieso, remedando ciertas actitudes convencionalmente británicas que todo el mundo conoce, tendió el brazo a la niña, de un modo violento, y tartajeó:

—*Good night*. Porque desde que ha venido tu hermano te has hecho inglesa, y hay que saludarte en esa hedionda y absurda lengua que maldeciría Cicerón. Venga un *shake hands*; ¿no se dice así?—y le sacudió el bracito, que se sugería por un tenue viso rosa a través de la delgada batista de la blusa.

—¡Me lastima usted, don Robustiano!...

—Es el estilo inglés, amiguita.

—Siempre conservas el gracejo, curilla. Siéntate a mi lado—habló don Jovino, yendo a colocarse a la vera de la lumbre.

El sacerdote se acercó a la butaca que don Jovino le ofrecía... De camino emitió esta sentencia:

—Por supuesto, tanto tú como tu hermano sois puros tipos latinos; el divino resplandor del Lacio brillará siempre en torno a vuestra sien, rompiendo las nieblas sajonas y otros postizos exóticos en que os envolvéis. Tú, Alfredo, eres tan hermoso como Felipe de Crotona.

—*Thank you*.

—En Atenas te hubieran convertido en semidiós. Tú, Gloria... No sé a quién comparar-

te. Acaso a Diana, la blanca Diana, la cazadora Diana.

—Vosotros, ¿qué opináis? ¿Soy Diana o no soy Diana?—preguntó Gloria a *Sirio* y *Aldebarán*, apelotonados en su regazo.

—Otra cosa—continuó don Robustiano—. El tiempo se ha cerrado del todo. ¿Pensáis aún en la cacería?

—¿Cómo si pensamos?—exclamó Diana cazadora—. Naturalmente que sí. Si usted teme, quédese en su casa.

—¡Jamás, diosa gentilísima! Allí adonde vayáis iré yo en vuestro seguimiento, siquiera sea en calidad de silvano caduco e inútil.

—¡Calla, calla, hereje, pagano redomadísimo!—murmuró don Jovino.

A todo esto, Gómez y Rodríguez permanecían inmóviles y mudos, sonriendo a todo cuanto escuchaban.

—Gloria, hija mía: este silvano, que es un borrachín, querrá *cognac*. Estos señores también. ¿Verdad, señor Gómez? ¿Verdad, señor Rodríguez?

—¡Oh! Tantas gracias.

—Trae cigarros, además.

—Vosotros os estáis quietos en el diván en tanto yo vuelvo. Así. ¡Ajajá! Basta de ronquidos y de sandeces.—Estas frases de Gloria iban dirigidas a los dos seres rutilantes, *Sirio* y *Aldebarán*. La muchacha salió moviendo sa-

ludable y sugestivo murmurio de sedas. Volvió a poco con el *cognac* y un cajoncito de cigarros, que depositó sobre la mesa. Extrajo luego del aparador airoso cálices de cristal, fué colmándolos de bebida, los ofreció a los circunstantes, y luego habanos.

Alfredo esparcía delante de sí los naipes de una baraja francesa, combinando un solitario cuya invención se atribuye a la ociosa cónyuge de Luis XVI. Su hermana, nuevamente en el diván, halagaba a los gatos eunucos, prodigándoles loores y requiebros. El cura ejercía el sagrado ministerio de la libación con los solemnes formulismos rituales: miraba al trasluz el aurino licor, lo olfateaba, lo contemplaba en éxtasis, alargaba hacia él los labios, alampándose, aunque sin osar catarlo, cual si pensara: *Domine, non sum dignus*; mirábalo otra vez y lo olía mil, hasta que, con gran unción y respetuoso ademán, *tacto pectore, more Sacerdotali*, gustaba un sorbo:

—Exquisito, don Jovino, exquisito. ¡Si Homero hubiera conocido este bálsamo!... ¡Si Horacio lo hubiera conocido!... Gloria, digo, Diana, digo, Artemisa, diosa virgen y sin tacha, te ofrezco un cáliz de néctar.

—Gracias, don Robustiano, digo, don Silvano. ¿Era éste el nombre? No practico esas bebidas. Y no me ponga usted más motes.

—Eres Artemisa, hermana de Apolo, naci-

( da el seis del mes de Buysios, un día antes que tu luminoso hermano. A tus flechas se atribuyen las muertes súbitas. ¿Cuántos jabalies cerdosos recibirán muerte desastrosa de tus manos, diestras en el manejo del arco y en el gobierno de la flecha, que parte veloz y cantante como grito de golondrina? Tú participas del poder adivinatorio de tu hermano. Uno de tus santuarios está construido en un cedro odorífero. ¡Salve, Artemisa, diosa virgen y sin tacha!

—¡Bravo, curilla!—jaleó don Jovino.

Los dos invitados cartujos rompieron a hablar:

—¡Muy bien, señor cura!

—¡Tiene usted una elocuencia horrible!

Y Artemisa, con fosquedad de mimo, frunciendo la menuda boca bermeja, suspiró:

—¡Ea! Ya me ha asustado usted a los dos gatos con esos apóstrofes de sermón.

Y Apolo refulgente, o sea Alfredo, sin que advirtiera nada de cuanto en torno suyo acontecía, murmuró, como si hablase consigo mismo:

—Este estúpido solitario no sale nunca.

—¿Otra copita, viejo hereje?

—Y otras, don Jovino.

Estas otras copitas, que no fueron menos de diez, las ingurgitó don Robustiano sin introitos ni preámbulos.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Gloria, abandonando la amiganza de sus animales favoritos, comenzó a pasearse por un extremo de la estancia. Alfredo, que arrojaba airadamente los naipes lejos de sí, volvióse hacia ella y dijo sonriendo:

—Parece que a la castellana se le hace insupportable la espera de su trovador.

—No me molestes, Alfredo. ¿Quieres reírte de mí?

—Y a propósito, Artemisa: ¿cuándo te casas?—preguntó el cura.

—¿También usted, don Robustiano?

—Es que, si no me equivoco, hace que estás en amores con Tomasón...

—¡Eh! Poco a poco. Ante todo no le llame Tomasón. No hay para qué meter miedo con ese *on*—. Gloria hablaba con enojo zalamero.

—Bueno; pues con Tomasín.

—Tampoco: ni lo uno, ni lo otro.

—Vaya, enojadiza diosa; pues con don Tomás.

—Llámelo usted como quiera.

—Hace lo menos, lo menos... cuatro años.

—Cinco, cinco—acudió prestamente don Jovino.

—Sí, papá. Cinco años; el cuatro de junio es aniversario.

—Llevas muy bien la cuenta; según eso, comenzasteis a entenderos unos meses antes de

RAMON PEREZ DE AYALA

marchar yo. No pude advertir nada—rezongó Alfredo.

—¿Tú qué ibas a advertir, tontísimo?...

—¡Caramba, caramba!—balbució Gómez.

—No creí que hacía tanto...—añadió Rodríguez.

—Pues eso hace. Tenía yo entonces quince años, y ahora tengo veinte.

—Y ¿no te da vergüenza?

—Estoy por decir lo mismo que Robustiano.

—Pero, señor cura, ¿tengo yo la culpa?

¿Tengo yo la culpa, papá?

—Las mujeres siempre tienen la culpa.

—Haces bien, Gloria; no te cases—dictó Alfredo gravemente—. Yo no me casaré nunca.

Y el padre acudió presto a decir:

—¡Eso es! Aconséjale esas cosas. Es lo más correcto. ¿Pero ves qué locuras, Robustiano?

—¿Imaginas, papá, que Alfredo habla seriamente? En resolución; como yo no soy el novio, no puedo decir cuándo me he de casar.

—Eres una criatura ilustre y genial—. Alfredo expresó este concepto hiperbólico que su hermana le merecía, contrayendo el rasurado semblante en un gesto tierno e irónico—. Mereces que te eleve de nuevo a los espacios.

—Alfredo, basta de tonterías.

Don Jovino esta vez no sonrió. Mas sus palabras fueron inútiles, porque cuando hubo de decirlas, ya Gloria desplegaba en el aire un

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

contorno ingrávido, de deidad con alas, sustentada por los brazos acerados y erectos de su hermano. Quedóse un momento inmóvil, y el cura, que poseía una historia de Grecia con grabados, recordó, viéndola, una de las láminas del libro, lo cual le estimuló a la petulancia:

—Gloria, pareces la victoria de Samotracia —exclamó embebecido.

Y así era; su brazo, tendido hacia el frente, hacia lo futuro, era portador de un laurel invisible; su cabecita entre la penumbra tenía indecisiones de visión fugitiva, y todo su cuerpo, aparentemente flotante, volaba como el de una criatura vestida de viento y de gracia alada.

En este punto penetraron en el comedor Tomás y su hermana Teresa.

Tomás Alvarez del Nalón era un señorito aldeano, de abolengo noble y hacienda no exigua. En toda la comarca llamábanle en aumentativo, Tomasón, a causa de la corpulencia y reciedumbre de sus miembros, de la bronquedad de su voz y de lo formidable de toda su persona. Su faz no era correcta ni hermosa, mas tenía cierto encanto de varonil animalidad y de rustiqueza arisca; un no sé qué latente de biológica turbulencia y ceguedad titánica, como si las fuerzas elementales y mas.



culinas de la materia circulasen en el músculo y bajo la epidermis sin atinar a modularlos con pulcritud decorosa. La frente, rudimentaria y tímida, en términos que a una pulgada de las cejas hincaba sus raíces el matorral grenchudo de los cabellos; los ojos redondueños, penetrantes e inquietantes; fuerte la nariz; la boca amplia y sensual. Vestía un traje de pana gris y calzaba zapatones sólidos de campo.

Su hermana Teresa era una joven lindando en los treinta, prematuramente consumida por el tedio del celibato definitivo.

Así que entraron Tomás y Teresa y echaron de ver el extraño grupo y ejercicio que Gloria y Alfredo realizaban (e idealizaban), la solterona soltó el trapo a todo reír, y fueron sus carcajadas tan sarcásticas, que la airosa y alada criatura, descendiendo de su propio elemento hasta la tierra, hubo de sentirse turbada.

—Teresa, ¿qué es lo que puede causarte tan estruendosa alegría?

—¿Qué quiere usted que sea, señor cura, sino ese juego original? ¿Es eso lo que hacen las señoritas inglesas después de comer? ¿Dime, Alfredo?

—Es lo que hacen dos hermanos—replicó el cura—que se entretienen cándida y descuidadamente. Yo no veo otra cosa.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—Pues yo sí la he visto. Y ustedes también; ¿no es así, Ramón? ¿No es así, Gómez? ¿Qué opinan ustedes de las medias de Gloria? Son muy bonitas... y muy caladas.

Gómez y Rodríguez, trémulos y rojos, respondieron:

—No hemos reparado...

Gloria, avergonzada, confusa, se lamentó con voz débil:

—Teresa, ¿por qué me dices esas cosas?

Y Alfredo, sin conceder importancia al incidente, acercóse a la recién llegada en actitud absolutamente sospechosa, profiriendo estas amenazas:

—Y ahora voy a hacer contigo lo propio. Veamos cómo tienes las piernas, si son demasiado secas, apuesto que sí, y si tus medias son de algodón, como sospecho.

Teresa lanzó ratoniles aullidos, hizo como que intentaba huir, pero no se movió del sitio, codiciando verse en los brazos del guapo mozo. El anciano retuvo a su hijo, con un ceño severo.

Tomás, después de gruñir las buenas noches, dirigióse en derecha al diván profundo, en el cual acostumbraba departir de amores con Gloria; ahuyentó en forma descortés a los gatos eunucos, y se sumió en la muelle panza, de golpe y porrazo. Artemisa fué a sentarse al lado de su novio. Entrelazó los ebúr-

neos dedos, dejó caer las manos en el regazo y abatió la cabeza, menuda, aurina y como cincelada, sobre el pecho; ahora, ya no diosa griega, sino doncella cristiana. Aguardó las palabras de su cortejo, quien pertinazmente silencioso, miraba al artesón de la techumbre con aire distraído, y agitaba una de sus macizas piernas, cabalgada sobre la otra. La angustia hacía latir el seno de Gloria. Pesándole el silencio, convirtió hacia Tomás su cabeza, alindada por la angustia, y le envolvió en la atmósfera amorosa de su clara pupila. Los ojillos menudos y montaraces del mozancón continuaron clavados en el techo; su pierna pedaleaba en el vacío, sin descanso. Gloria, por hacerle hablar, acercóse al cajón de los cigarros y tomó dos, a fin de ofrecerlos al displicente amante.

—Toma; a ti te gusta fumar buenos cigarros.

—Cuando los quiero, los compro.

—Pero estos te los doy yo.

Gloria mantenía el brazo extendido, con la amable ofrenda en la palma de la mano.

Tomás aplicó a los tentadores habanos una mirada tan ardiente que a poco los enciende. Apoderóse de ellos, sumergió uno en el bolsillo interior de la zamarra, e hizo arder el otro con mucho aparato de chupetones y miraditas

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

a la lumbre; palmarios indicios de la voluptuosidad que experimentaba.

—¿Cómo habéis tardado tanto?—preguntó Gloria, con trémula voz de caricia.

—Porque no hemos tardado menos.

—¿Por qué eres así, Tomás?

—Porque no soy de otra manera. Si no te parezco bien...

El resto de los circunstantes, apiñados en torno al hogar, charlotteaban de asuntos baladíes. El hombre de color de rosa manteníase apartado de la conversación general, depariendo en postura misteriosa de conciliábulo con Teresa, la cual por momentos sentía que se le esponjaban las acecinadas y enmagrecidas carnes.

Tomás se inclinó hacia Gloria, e irrumpió a fustigarla, con ahogada cólera:

—Yo no puedo tolerar eso. Tengo mí dignidad y mi amor propio, y no aguanto semejantes indecencias.

Gloria irguió la cabeza y le miró de hito en hito:

—No sé lo que dices.

—Lo sabes de sobra; conque... no te hagas la pazguata. ¿Cómo ibas a esperar que yo te sorprendiera *inflaganti, infragante*..., como se diga? Yo no puedo consentir, no me da la gana consentir que nadie te vea las piernas, y muchísimo menos que tú las enseñes por

darte el gustazo de que te las admiren y se encalabrinen...

Gloria, blanca y sin tacha como Artemisa, por toda respuesta se puso en pie y se alejó, majestuosamente enojada. Andando, serenó el rostro y se acercó indiferente a la tertulia de los mayores. Dijo palabras frívolas. Los otros, que estaban a su cuento o a sus cuentos, no echaron de ver la causa de su presencia.

—Niña—habló don Robustiano—, ¡a cortejar, a cortejar!

—Tiempo hay para todo, señor cura.

Alfredo preguntó a Tomás:

—¿No te acercas aquí?

—Me encuentro bien en el diván.

—Entonces, iré yo contigo.

Cuando Tomás tuvo al joven a su lado, le dijo por toda acción de gracias:

—No era menester que te molestases. Me gusta estar tranquilo.

—Bueno, hombre, bueno. Si quieres me marcharé.

—No lo decía por tanto.

—¿En dónde están *Sirio* y *Aldebarán*?

—Pregúntaselo a ellos.

—Chico, esta noche traes temperamento de pocos amigos.

—Es que tú haces unas preguntas...

—¡Javez! ¡Javez!

*Javez* era un perro lobicán, canelo de color y

pelicano. El animal acercóse a su dueño brincando y rabeando.

—Es perro bonito—declaró el cura.

—Lo he traído de Inglaterra. Son los mejores para el jabalí.

—¿Y cómo le has llamado?

—*Javez*.

—¡Qué profanación! ¿Sabes que es nombre bíblico?

—Sé que es hebreo y que significa “mal humor”. Mírele usted qué cara enfurruñada tiene siempre. Pero es un infeliz. ¿Verdad, *Javez*? ¡Quieto! ¡Acuéstate ahí!

El can se tendió a los pies de su dueño; hundiendo la cabeza entre los brazos, se durmió en seguida.

Los de la chimenea enhebraron de nuevo el hilo del parloteo.

Tomás revolviase en el diván, de un lado a otro, las cejas fruncidas y los dientes prietos, que casi trituraba el cigarro. En una de éstas fijó la atención en el chaleco de Alfredo, que era rojo; mirólo despacio y creyóse en la necesidad de decir lo que pensaba de él:

—¿Esos chalequitos son de moda?

—Ni lo son, ni lo dejan de ser.

—Pues me parecen muy ridículos.

—¿Te has dado cuenta, Tomás, de que no dices más que impertinencias? Juzgo algo deficiente tu educación, y lo siento, porque has

## RAMON PEREZ DE AYALA

de ser mi pariente, si las cosas siguen como hasta ahora.

—Que por tu gusto no seguirían...

—Estás esta noche desatinado. Te dejo, y que te aguante tu novia. Hasta luego, áspero señor.

Abandonóle sin visible enfado, más bien con afabilidad; esa afabilidad desdeñosa y equívoco gesto, mezcla de dulzura aceda, de tosquedad delicada y ligereza grave, propias de la raza sajona, que han hecho exclamar a un humorista: "Los ingleses son como mariposas de madera."

Tomás quedó a solas con su murria y reconcomio, pues hasta *Javez*, el perro bíblico, marchó en seguimiento del amo, y viéndole sentarse, a sus plantas se acostó. El señorito aldeano, a quien una explosión de apasionados apetitos le sacudía el pecho, no supo permanecer mucho tiempo callado, y así, sin que pudiera contenerse:

—Gloria—dijo con un acento en que el encono se empañaba de ansiedad—. Haz el favor un momento. Ven.

Gloria corrió al diván, con afanosa ligereza:

—No merecías que te perdonara. ¿Sabes lo que me has dicho? Por fortuna, no guardo rencor a nadie, y menos a ti.

—Es que te quiero, Gloria; es que te quiero... Te quiero tanto, que no cabe más.



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Sus palabras brotaban en cálido torbellino.

—¿Y porque me quieres me injurias?

—No hablemos más de eso. Te ruego que no hablemos más de eso. Te quiero, te quiero.

La angosta frente del amador se dilataba; sus ojos, montaraces y agresivos, venían a blanda y humilde domesticidad; su rostro terrible, inflamado poco antes de amor primitivo y furibundo, se dulcificaba. ¡Oh, qué tauturgo el Amor! Pero su poderoso hechizo, a tiempo que aquieta, incita y destruye. Sus instantes de mansedumbre son transitorios, breves.

Los ojos serenamente parleros, las bocas callando, se hablaron Tomás y Gloria. “Y, sin embargo (pensaba Gloria), lleva dentro un monstruo espantable, que apenas si asoma de vez en vez. Esto es lo que me atrae y fascina en esa alma lóbrega y ese cuerpo gigante: el deleite del riesgo desconocido.” Gloria, después de algunos instantes, como quien pasa la mano cariciosa por la pelambre de un amado animal, arisco y fiero, murmuró muy cerca del oído de su novio:

—¿Por qué no has de estar siempre así? ¿A qué viene el disgustarme, y, sobre todo, el disgustarte tan sin razón? ¿Por qué no has de ser siempre amable y cariñoso? ¿Acaso yo no lo merezco?

—No—respondió secamente Tomás, tornan-  
do a sus maneras soeces.

—No sé lo que tienes, Tomás. Desde hace  
algún tiempo has variado tanto que ya no eres  
ni sombra del que antes eras.

—Quien ha variado has sido tú.

—Te equivocas.

—Sí. Desde que tu hermano ha vuelto eres  
otra. Sabe Dios las cosas que te habrá conta-  
do de señoríos de allende y diversiones y za-  
randajas. Naturalmente, tú pensando en todo  
eso, ¿cómo te has de resignar a casarte con un  
señorito de pueblo y a vivir toda la vida en-  
cerrada en la aldea? Quisieras dejar mis rela-  
ciones, pero no te atreves; ésta es la pura  
verdad.

Gloria comenzó a reírse con fresca y lumi-  
nosa risa, bastante a disipar todo linaje de  
sombras. A Tomás desarrugósele un poco el  
entrecejo:

—Bueno; como ser toda la verdad, no lo es;  
pero no me niegues que tengo algo de razón.

Gloria se rió de nuevo, mirando amorosa-  
mente al suspicaz mocetón, el cual a poco par-  
ticipaba de la sábrosa y caritativa risa feme-  
nil; pero Tomás mostraba al respirar un ritmo  
de anhelo, como si se abrevase en un arroyo  
nacido entre matas de afrodisíaca menta.

Estuviéronse mirando en las pupilas un  
tiempo, que no fué más corto de cinco minu-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

tos. Gloria pensó un instante: "No sé por qué se me figura en ocasiones que Tomás no me quiere bien: no me quiere para casarse." A la postre de la muda e intensa contemplación, Gloria, con tacto acariciador en las palabras, habló de esta suerte:

—Pero vamos a ver, barbarote. No, no pongas cara de comerte los niños crudos, que alguna vez he de despacharme yo a mi gusto. Barbarote, sí, barbarote es el nombre que mejor te cuadra, muchas veces. ¿Qué hacen los bárbaros sino atormentar a los demás, digo yo, como tú me haces sufrir a mí, y hasta se dijera que gozas con eso? Ya sé, no necesito que me lo digas, ya sé que es porque me quieres; pero hay cariños que matan, y no tienes razón ninguna en ponerte hecho un basilisco a cada paso. No despegues la boca, porque no te dejo; ahora voy a castigarte pronunciando un discurso de dos horas, como dice papá que él los pronunciaba cuando fué diputado en Madrid, hace ya fecha. ¿Verdad que papá de joven debió ser muy guapo? ¡Qué lástima no haberle oído en el Congreso! Cierto que entonces no había nacido yo todavía...; pero, de todas suertes, qué bonito hubiera sido estar viéndole y escuchándole antes de nacer... Ya he perdido el hilo, como los diputados. A lo que iba. Vamos a ver, barbarote querido: ¿te imaginas que porque mi hermano me refiera his-

torias de señoríos, y bailes, y teatros, y qué sé yo, y me pinte la vida de las señoronas de por allá, y el lujo que llevan, y lo malas que son no pocas veces, siento yo deseos de imitarlas, de marcharme de esta adorada tierrina, de abandonarte a ti y a papá, y a mis palomos, y a mi *Sirio*, y a mi *Aldebarán*? Te digo que a veces se me figura que te has vuelto loco. ¿Que me entretiene oír a Alfredo? Lo que cuenta es agradable; además, lo cuenta muy bien, la verdad sea dicha, y, sobre todo, es mi hermano. Pero de entretenerme y distraerme oyéndole, como cuando leo una novela, a envidiar la vida que él me presenta, hay más de un paso. ¿No estás conforme conmigo? (Tomás sonreía, como diciendo: “No sé si estoy conforme contigo, pero tu divina charla me llena el alma de borrachera.”) Ahora voy a hacerte una confesión. Siento algo de vergüenza. (Pausa.) De cuantas noticias trae Alfredo de ese otro mundo para nosotros desconocido, sólo hay una que me causa melancolía y un poco de ambición: los trajes de las señoras. Ya ves si te soy franca. No te apures, te explicaré. Tú me dirás que papá se gasta en vestirme bastante dinero, acaso demasiado, y que para andar por la aldea, como yo ando casi siempre, excepción hecha de los cuatro o cinco viajes que hago a Pílares en el año, es una tontería encargar los trajes a Bayona. Pues no, señor.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

En este punto yo opino todo lo contrario. Tengo no saber expresarme bien. Voy a intentarlo. Cuando yo estoy entre personas que me son indiferentes, no me cuido para nada de mi persona, ni se me pasa por la cabeza la idea de deslumbrarlas o producirles envidia con mi lujo. Si yo viviera en una gran ciudad, siempre que saliera al público lo haría con el traje más pobre posible, dentro de la decencia, del modo más insignificante, para que no se fijaran en mí. Ahora, para vivir en mi casa, en mi aldea, al lado de mi padre y de ti... ¡Ah! Esto es otra cosa. Yo quisiera ser siempre para vosotros un espectáculo agradable, y cuando mi persona no pudiera serlo, que lo fueran las cosas lindas que llevase puestas. Yo quisiera vivir con magnificencia, ignorada de los demás, con vosotros, entre las paredes de nuestra casa y los montes que cierran nuestro valle. ¿No crees que los árboles, y los pájaros, y las praderas, y el río, son más dignos de que nos ataviemos para ellos, por no ser nosotros feos en comparación de su hermosura, que no los hombres y mujeres que andan por el mundo, los pobrecitos, sin hacer otra cosa que pensar los unos en los otros? ¿Te convenzo? Dime: ¿no te gustaría pasear conmigo, a la noche, con luna, por entre el carbayeo (1), y que

---

(1) Robledal.

yo fuera colgada de tu brazo con uno de esos vestidos que, según dice Alfredo, tienen los colores y forma concertados con tal vaguedad y arte que dignifican a la mujer y la despojan de toda apariencia material y fea? Suponte que no ves nada, porque es de noche; pero de todos modos, el conocer que me llevas al lado tuyo, envuelta en esta hermosura de prestado, sí, porque yo no la puedo tener propia, ¿no te llenaría de placer?

—Voy a responderte con franqueza. A mí me importaría un pitoche. Me bastaría con sentir el calor de tu brazo sobre el mío y el oírte respirar, si caminásemos en silencio. La naturaleza, la naturaleza, como has dicho. Lo natural es lo mejor. Lo que los hombres han añadido a la naturaleza, son pamplinas.—Las pupilas de Tomás se encendieron. Una llama sutil brilló en su mirada. Gloria quedó suspensa y como sobrecogida. Tomás, que lo advirtió al pronto, le interrogó, sospechoso:—¿Qué te ocurre, Gloria? ¿En qué piensas?

—Nada, nada—murmuró en voz baja—. Necias aprensiones mías—y adoptó de nuevo una entonación ligera:—Siento que mis argumentos no te hayan parecido convincentes. Ahora te voy a mostrar un traje de caza que Alfredo me encargó a Inglaterra. Apruebo su idea, porque los sitios que mañana vamos a recorrer se lo merecen, y los señores jabalíes,



aunque salvajes, también son dignos de que una se vista de media etiqueta.

—No me habías dicho nada.

—No era necesario. Por otra parte, el traje llegó hoy mismo, esta mañana. Vuelvo en un salto.

No en un salto, sino en muchos, todos ellos ágiles y graciosos, ejecutados con aristocracia femenina de ave, desapareció Gloria de la vasta pieza.

—¿Qué misterioso fardo porta en sus níveas manos la inmaculada Artemisa?—preguntó el presbítero, viéndola aparecer de nuevo, triunfante, con los marciales atavíos envueltos en un lienzo de lino.

Gloria, con un gesto de majestad irónica, dió a entender que se trataba de cosa importantísima, en cuya verificación toda palabra curiosa o pregunta indiscreta tenían carácter de profanación y sacrilegio. Colocó el llamado fardo por el clérigo en la mesa central, fué apartando la envoltura de lino, y como quedasen a la vista unas ropas de paño, entre pardo y gris, fué cogiendo las prendas, una por una, con los dedos pulgar e índice de ambas manos, el resto de los dedos en forma de ala, tal como estamos acostumbrados a ver la Verónica luego de haber enjugado el sudor a Cristo, y según las cogía iba mostrándolas a los circunstantes. A Alfredo le reventaba la



satisfacción en una sonrisa fraterna. Todos aprobaron calurosamente la obra de arte modistil. A lo último Gloria elevó en el aire la falda cinegética, plegada hasta la altura de las rodillas, y de allí a la fimbria petulantemente abierta en abanico, como la rueda del pavo; exhibió, pues, el elegante faldamento unos minutos, y lo sacudió luego en el espacio, a la Verónica, como hemos dicho, pero esta vez una Verónica antes taurina que evangélica. Cuando hubo realizado estas complejas maniobras, colocó la faldita en la parte de delante de su cuerpo, colgando de la cintura a guisa de delantal, por ver qué tal le sentaba, inclinó el pecho para mejor contemplarse y dió dos o tres pataditas, con lo cual los bajos del nuevo vestido, que eran haldudos, revolaron con mucho donaire y gentileza. Con esto terminó la prueba; Gloria arrebujo su indumentaria en el lienzo de lino, subió el envoltorio a su alcoba, y volvió luego al lado de Tomás.

--Me parece--afirmó éste, en actitud sentenciosa de hombre ducho en tales achaques--que la falda está algo corta.

--No digas eso, Tomás. ¿Tú qué sabes?

--Pero, niña, ¿no he de saber cuándo es una falda corta o larga? Para eso basta tener ojos. Creo que se te verán los tobillos.

--Los tobillos no se me pueden ver, porque llevo botas de montar.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—¡Ave María Purísima!

Gloria comenzó a reír con algún ímpetu.

—Pones —decía— una cara de asombro que da risa.

En este punto iniciaron íntimo coloquio, que duró hasta el final de la velada. Tomás pensaba: "Tiene sangre liviana. De casada, quizás me la pega... ¿Casarme? Pero la quiero, la quiero; me abraso por ella. Casar, casar... No lo querrá Dios."

Don Jovino, el cura, Alfredo y Gómez, sentados en círculo, en derredor de la fogata, ya muy venida a menos, sustentaban viva controversia acerca de muy diferentes asuntos, todos ellos bastante transcendentales; por ejemplo: ¿es cierto que el agua detrás de escabeche, sobre todo el de atún, es dañina? Rodríguez, falazmente, sólo movido por atenoriado engrimamiento, hacía entrever a Teresa, la pobre virgen definitiva, deliciosas posibilidades de futuro himeneo. Con precaución y cautela, habían ido ganando el terreno, pulgada a pulgada, hasta que lograron apartarse cosa de tres metros del paraje en que las personas respetables ergotizaban sobre temas curiosos.

Estando en esto, vino a turbar el sosiego de los tres aislados vergeles en que florecía la divina flor de la palabra, un gruñido de *Javez*, y luego otros varios, de temerosa entonación, que

el can lanzaba, sin dejar por ello de dormir beatíficamente.

—Animalito...; le dije que mañana cazaríamos jabalíes, y él se ha enterado. Al parecer, sueña con la caza, como Gloria soñará también esta noche.

De esta suerte explicó Alfredo los gruñidos de su perro. Aquí le replicó el cura:

—No creo, rapaz, que andes muy descaminado. *Et canis in somnis leporis vestigia latet*, dice Petronio Arbitro. Y así, *Javez* late los rastros de un jabalí hipotético.

Calló *Javez* y las personas empalmaron la charla de nuevo: las parejas con redoblado ahinco.

El reloj dió las once.

—¡Señores!—exclamó el anciano, poniéndose en pie—. Me parece una hora muy conveniente para retirarnos, y más aún habida cuenta que mañana, si persisten en la idea de salir de caza, a pesar del tiempo, han de madrugar mucho.

Gloria, que se había acercado a una vidriera, rompió en voces de júbilo:

—¡Papá! ¡Papá! Ha levantado el tiempo... Hay luna, una hermosa luna. Miren ustedes.

—Sí, hija mía. Desde aquí se ve. Me alegro

—Tendremos un buen día de caza.

—¡Ay!

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Un grito desgarrador de Gloria les dejó a todos paralizados.

—¿Qué te ocurre?

Gloria, que ocultaba el rostro entre las manos, respondió, temblorosa:

—No lo sé. No sé qué me ha pasado rozando por la cara. Una sombra fría; sí, fué como una sombra fría.

Un murciélago revoloteaba por la estancia, trazando líneas sinuosas, tropezando contra los muros y en la lámpara. Alfredo se echó a reír.

—Si es un murciélago, mujer. ¿Por eso te asustas? ¿Tú eres la que no tenías miedo al jabalí?

Gloria fué corriendo hacia don Jovino y se refugió en su pecho:

—¡Por Dios, papá! ¡Que lo cojan! ¡Que lo maten! ¡Por Dios, papá!

—¡Tranquilízate, Gloria, niña mía!...

Los hombres se dedicaron a la caza del murciélago, para lo cual ejecutaron una variada serie de saltos grotescos, levantando gran estrépito y algazara. Teresa los contemplaba complacida, y de vez en cuando dirigía palabras de mofa a la sobresaltada Gloria. Tomás, de un manotazo hábil, cortando el vuelo del animalucho, lo arrojó a tierra, en donde *Sirio* y *Aldebarán*, voraces señores, se

lo disputaron, lo desgarraron y lo engulleron prestamente.

—Tranquilízate, hermanita. Tu trovador ha vencido a la hidra espantable.

Gloria levantó la cabeza; sus cejas contraindas, sus labios entreabiertos y la palidez de su rostro, daban muestras de congoja. En las pestañas, luengas y curvas, temblaban dos lágrimas:

—¿Lo has matado tú?

—Yo mismo—respondió Tomás, con expresión hazañera de triunfo.

—¿Qué has hecho, Tomás, qué has hecho? Ya no voy de caza, ya no voy de caza. Es un aviso del cielo... ¡No vayamos de caza! ¡Os lo suplico!

—¿Cómo que no? Ahora soy yo quien se empeña. Yo, Robustiano Noguera, cura párroco, pastor tuyo. ¡Ibamos a dejarlo porque a una mozuela se le ocurra creer en agüeros y otras hechicherías!...

—Creo, señor cura; pero creo que son avisos de Dios.

Por las claras pupilas solares de Gloria cruzaron vapores sombríos y opacos. Estaba desolada y ciega como una estatua.

Durante un breve espacio de tiempo nadie habló. Hizolo al fin el viejo, y su alma estaba conmovida, así como su voz:

—Gloria, niña de mi alma, desecha vanos

temores.—Don Jovino condujo la noble diestra senil hasta la frente de su hija, y acarició, lleno de paternal reposo, aquella tersura de nieve.—¡Estás fría, como si fueses de mármol!

Los cabellos de Gloria palpitaban como imbuídos de helado soplo sobrenatural.

Tomás, en su vehemencia amorosa, acercóse a Gloria: abrigóle las manos entre las suyas:

—Parecen de hielo... ¿Es posible que te hayas asustado tanto? No seas boba... No seas boba...

Y su voz vibraba, con hendidas pulsaciones.

Teresa poseía, por su infortunio, una epidermis harto apergaminada por el desuso para sentir el hálito impalpable de las anunciaciones. Contentóse con sonreír desdeñosamente y murmurar:

—No sé cómo hay quien cree en tales tonterías.

Adusto, replicó don Jovino:

—¡Es menester creer en todo, Teresa!

El cura, a cuyas mientes acudieron remembranzas líricas en apiñada muchedumbre, asintió:

—Hay ocasiones en que el universo se agita y arroja de sí presagios funestos.—En un momento cambió de tono y agregó:—Pero, ahora, no pienso que se trate de ningún auspicio importante.

Gómez y Rodríguez callaban, naturalmente.

—No hay tales carneros, señores. Despidámonos, y hasta mañana muy temprano. Yo me encargo de que Gloria olvide el trance del murciélago y asista a la cacería, como si tal cosa.— Tales fueron las palabras de Alfredo, del espléndido Apolo, cuyos cálidos esplendores consumen toda niebla.

Con esto dióse finiquito a la velada; marcháronse el cura, Tomás y Teresa, a quienes acompañó un criado, con un farol; requirió don Jovino a Marcelo a fin de que condujera a los señores Gómez y Rodríguez a las estancias en donde iban a reposarse. Padre e hijos hicieron su despedida. El anciano besó en la frente a Gloria. Alfredo menudeó sus besos en las manos de la muchacha y luego le besó la frente también:

—Niñita, paloma—le decía—, quiero desterrar de esta blanca frente descuidada toda cosa triste. Mañana vendrás con nosotros, ¿eh?

—Como tú quieras, Alfredo.

Belarmina, la doncella de Gloria, acompañó a ésta a su alcoba. Cuando la medrosa niña estuvo arropada en el lecho suplicó a la sirvienta:

—No te marches. ¡Tengo miedo esta noche!...

—¿Quiere la señorita que apague la luz?

—Como quieras; pero no te marches.



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Belarmina apagó la luz y fué a recostar en la parte inferior de la cama de Gloria. La luz de la luna penetraba por los vidrios del ventanal, cuyas maderas estaban abiertas. Por el fondo de cristalino azul del firmamento trepaban las negras cimas puntiagudas de dos cedros.

—Belarmina, esas dos sombras parecen las orejas de un endriago. Tengo miedo.

—Son los árboles del jardín—respondió la sirvienta, torpemente.

Gloria permaneció largo tiempo con los ojos fijos en el ventanal. De pronto, un aullido la estremeció. El perro del parque lloraba en la noche, y su ululato era trágico.

—¡Belarmina! ¡Belarma!

La sirvienta no respondió. Roncaba armoniosamente.

—¡Belarmina! ¡Belarma!—sollozó Gloria de nuevo. Su voz era sorda y fría, hilo de agua entre musgo. Las fuerzas le abandonaron; no pudo hablar de nuevo, ni moverse, aterrada.

En un momento en que Belarmina acordó suprimir sus melódicos ronquidos, el corazón de Gloria llenaba la estancia con azorado glolpeteo. La nube negra del miedo estaba preñada de visiones. Gloria sentía cómo el endriago gigante de avisadas orejas, cuya cabeza se recortaba sobre el zafir nocturno, iba acercándose a la ventana de la alcoba, cómo pegaba

su frente peluda en los vidrios, cómo escrutaba dentro con ojos de rabiosa amarillez. Y de pronto se filtró por los cristales, fué resbalando sobre el pavimento, se acercó al lecho virginal, y adhiriendo su boca fétida, que despedía un aliento frigidísimo, al oído le vertió un mugido fragoroso que amenazaba quebrar las paredes del cráneo de la conturbada niña. Y el perro aullaba a lo lejos.

Cuando más aniquilada estaba Gloria con estas aprensiones, dejóse oír un ruido, aunque cauto, claro y distinto. Venía de fuera y subía por el muro, como de una persona que lo escalase valiéndose de las enredaderas y de los salientes de mampostería. Gloria, de un salto, se incorporó y estuvo atenta. Disipáronse de pronto visiones y fantasmas. Su corazón, que cara a cara de lo sobrenatural era pusilámine como un niño, cuando se veía frente a frente del peligro real y patente, en lucha con las fuerzas conocidas, era de amplia pujanza. El ruido, ascendiendo, se acercaba. Gloria tenía los ojos clavados en el ventanal. La sombra trémula de una mano destacó sobre el cielo y fué a asirse en el alféizar. Gloria cogió de un brazo a la durmiente, la sacudió con apremiante fortaleza, y dijo en voz susurrada:

—¡Belarmina, Belarmina; corre al cuarto del señorito Alfredo, de prisa; corre y dile que hay ladrones! ¡Ahí están ya en la ventana!

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

¡Corre, que aquí le espero! ¡No hagas ruido, no vaya a ser que se enteren y huyan!

La maritornes, que oyó semejantes palabras, adormilada a medias y con la mollera cuajada de brumas, no pudo reprimir un torrente de furibundos alaridos que estremecieron la dormida mansión. Echóle Gloria mano a la boca por ahogar el clamoreo, y vió al propio tiempo que la sombra que antes se había asido al alféizar desaparecía de súbito, entre un confuso rumor de ramas quebrantadas y de follaje sacudido.

Gloria abalanzóse a la ventana y la abrió. Una nube ocultaba la luna. La sombra, que envolvía la tierra, insinuaba vagamente, con densa negrura, los contornos de las cosas. Gloria sumió sus pupilas penetrantes en el seno de la oscuridad; creyó advertir que un coágulo de sombra erraba al pie de la casa y que esta sombra tenía las dimensiones, el perfil, los movimientos de Tomás. Gloria hubo de afianzarse en el marco de la ventana a fin de no dar en tierra con su cuerpo, que desfallecía. “Estoy soñando”, sollozó.

Estando en esto presentóse Alfredo, que había acudido a los aullidos de Belarmina.

—¿Qué ocurre?

—¡Ladrones! ¡Ladrones!—vociferó la maritornes.

Gloria, esforzándose por recobrase y aparentar serena, respondió:

—No hagas caso, Alfredo. Esta mujer que, en sueños, me ha dado un susto terrible. No es nada.

—Pero si usted lo na dicho, señorita...

—Te digo que hemos soñado. Vete a la cama —dijo Gloria secamente—. Y tú lo mismo, Alfredo. ¡Hasta mañana!

CUESTA abajo, entre el chirrido del freno, deslizábase el *brake*, conduciendo bullanguero bagaje de risas, gritos e ilusiones. Alfredo regía, con doctrinada y firme mano, el tronco: una yegua, flor de romero, llamada *Tabitha*, que vale tanto como “gacela”, a cuyo nombre habíale hecho acreedora su dócil timidez; y un caballo, castaño rodado, *Oscar*, esto es, “guerrero saltador”, de esta suerte bautizado a causa del ímpetu y energía de su pecho generoso. En la trasera del coche iban Tomás y Gloria, merced a lo cual podían solazarse con la contemplación del panorama que detrás del carruaje se extendía y alejaba, como si se rezagase. *Javez* dormitaba en la perrera, sin cuidarse de asomar el morro a través de los barrotes de su prisión; se le daba un ardite de la naturaleza. Cestos atiborrados de manja-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

res—y, dicho sea de paso, estaban de manera que a don Robustiano y a Gómez les magullaban y molían las piernas—exhalaban su íntimo y succulento husmillo, de pingües evocaciones.

Eran las siete de la mañana. Los viajeros se arrebujaban en mantas, capotes y abrigos. Legiones de nubes desmelenadas, violáceas, huían locamente hacia el horizonte, aguijadas por un viento apresurado y mordedor. A una parte del camino, arrancando de la linde, erízase la tierra, se crispa y contorsiona, cuanto más lejos con renovado brío; hace primero oteruelos, lomas y collados; vienen después montañas taciturnas, y al fondo álzanse quebrados montes de piedra, de cuyas cimas mismas arrojaban algunos torrentes la violencia de sus aguas. A la otra parte de la carretera el terreno es más suave y uniforme; baja ondulando, se espacia en un vallecico y, donde éste concluye, empínase un gajo de colinas que corre a lo largo, como un muro. Arboledas y bosques de diferente familia, hazas labrantías, retazos de pastoreo, eriales y breñas, repártense por la superficie del suelo desconcertadamente, de suerte que componen un manto, de amplios pliegues majestuosos, en que el almagre se casa con el verde veronés, el sil con el amarillo gayo, y la broncénea sombra con la media tinta violeta. Sobre el verdín de algu-

nas praderías brillaba, aquí y acullá, la nevada marcina de menudas flores silvestres, vagido de primavera precoz. Contrariamente, la desnudez de los árboles, el mugir de los torrentes, el tostado color sangriento de urces y sebes de zarzamoras y el rebullir del cierzo en cañadas y barrancos, decían de acerbos rigores hiemales. A veces, el camino se encañonaba entre los jorfes de una trinchera, y entonces el *brake* despertaba sonoro estruendo; salía luego a campo raso, y el ruido se desparramaba por los ámbitos libres. Mas siempre resonaba la dominante del freno, con su chirrido protestante.

—¿Qué tienes, Gloria? ¿Por qué no hablas? Parece que estás mal; tienes muchas ojeras —dijo Tomás.

Gloria miró a Tomás con ojos buceadores de almas. Tomás sostuvo la mirada, sonriendo galantemente, quizás afectadamente.

—He pasado muy mala noche.

Y a continuación refirió el incidente, examinando a Tomás, en tanto narraba; con la dramática intriga de leer en su rostro revelaciones culpables. Tomás se mantuvo atento e impassible. Cuando su novia hubo terminado, añadió él por todo comentario:

—El miedo te ha hecho ver fantasmas. Por fortuna, en nuestra aldea no hay ladrones.

Gloria permaneció unos momentos medita-

bunda, silenciosa. Luego, la efusión de su alma blanca y dulce la hizo prorrumpir en un:

—¡Perdóname, Tomás! ¡Perdóname! Te lo suplico.

—Pero, ¿de qué te he de perdonar, criatura?

—¡Perdóname, Tomás!

—¿De qué?

—De que a veces no es una dueña de sus pensamientos, por malos que sean.

—Vaya, no te entiendo.

—¿Me perdonas?

—¿Qué habrá que yo no te perdone?

—¡Qué bueno eres!

—Pero, te advierto que cualquiera cosa que nos ocurra, o que se nos ocurra, por grave que sea, no vale la pena de hacer aspavientos. Hay que tomar las cosas como vienen.

Charlaban los otros viajeros, y estando como estaban separados, lo hacían a gritos. Don Robustiano, medio sumergido en un capotón con cuello rojo, que Alfredo le había ofrecido, era quien más a menudo, recia y eruditamente hablaba. Traía citas latinas a colación, acerca de la fiereza del jabalí, y recitaba versos alegóricos. No satisfecho con esto, intentó hacer una historia de la caza, desde los tiempos prehistóricos, nebuloso período que explicó someramente.

—Los griegos eran grandes cazadores—gritaba debajo del capotón—. El gran Xenophon—



te es el primero que escribe un libro de caza, la *Cinegética*. Muéstranos cómo la caza formaba parte de la educación de la juventud. A los espartanos, cuando eran mozos aún, se les conducía en pandilla a cazar. El mantenimiento de los perros era de la exclusiva incumbencia del Estado. Alejandro el Grande fué apasionadísimo de la caza.

Aquí cortó Tomás, diciendo:

—Con permiso de usted, señor cura—el mocetón aullaba por que le oyeran—. Estamos llegando a la célebre concha de Renedo. Corte la historia, que luego la continuará; y tú, Alfredo, así que desemboques en lo alto de la cuesta, párate un poco.

—Así lo haré. Descuidaaa...

—Contemplaremos ese divino paraje que, según doctas gentes, es de lo más hermoso del mundo—dijo el cura para su capote.

—Eso aseguran—afirmó Gómez.

—Eso aseguran—afirmó Rodríguez.

—¡Hurra! ¡Ya estamos! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Alfredo dobló violentamente el torso hacia atrás, manteniendo las manos, con las riendas asidas, contra el pecho, e hizo detenerse de súbito a *Oscar* y *Tabhita*. El coche quedó muy próximo al pretil que resguarda la orilla de la carretera; un talud cae casi a pico sobre las aguas del mar. Los viajeros otearon, en pie y

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

desde el coche, el paisaje y la marina que ante ellos se desplegaban.

La tierra hace un semicírculo cóncavo o media luna, tan bien trazada y firme que se dijera hecha a compás, y los dos cuernos de ella son arriscados montes, de vivo peñasco en el pie y tupida vegetación en la cumbre, que se meten por los mares entre gran baraunda de oleaje y espumas. Promediando la suave curva de la concha hay una espaciosa playa de fina arena, hendida en diferentes porciones por riachuelos y regatos, los cuales corren con ignorante alegría a su próximo fin y acabamiento. De la playa arrancan prados de color cardenillo, y de los prados nacen otros prados del propio color, y entre unos y otros serpean bardales de laurel y setos de escaramujo; hasta que apuntan algunas montañicas, y continúan aún los prados guarnecidos de laureles, revisitiéndolas, y alquerías de cuando en cuando, en cuyos pegujales el pino del Norte se abraza con el limonero del Mediodía y con la higuera de Oriente. Esto en la cabecera de la bahía; que a los costados, según se ha dicho ya, sube el terreno en derechura, formando dos promontorios. Desde el flanco de uno de ellos, los cazadores contemplaban el panorama.

—*Very fine!*—exclamó Alfredo.

—Es guapo, ¿verdad, Gloria?—decía Tomás.

—¡Precioso, precioso!

—¡Sublime, maravilloso!—vociferaba don Robustiano, sacando la testa fuera del cá-pote.

El sonoro y formidable estremecimiento del mar lo llenaba todo. Desde la altura del *brake* veíase la inquieta superficie temblorosa, estriada en su contorno de paralelos calofríos blancos, que erraban sin descanso, ensanchándose; fenecían en la arena y en las rocas, y otros venían en su seguimiento, que caducaban de la misma suerte, y siempre así. En lo más avanzado de los dos brazos de tierra—los cuales parecían amar el mar con amor tan infinito, que intentaban asirlo y aprisionarlo, y hasta se creyera inminente el momento en que los fornidos y velludos miembros, consumando el abrazo, trocaran la vasta extensión en un lago—; pues, como decimos, en lo más avanzado de ellos, y separados un corto trecho, asomaban por entre el oleaje unos peñones, en facetas y aristas que, a la luz del firmamento gris, y a causa del liquen violeta, llamado urchilla, que los tapizaba, eran como grandes piedras amatistas, reverberantes, porque el agua les otorgaba brillo y pulimento. El horizonte marino era una franja de bruma cárdena. Cuando los cazadores se hubieron solazado abastadamente ante el cuadro, Alfredo arreó a los caballos:

—¡Oscar! ¡Tabitha! ¡Aloó! ¡Aloó!

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

El carruaje echó a rodar cuesta abajo, con alegre fanfarria de maderas y herrajes, rebotando, de vez en vez, en los cavacotes que los camineros habían apilado a los bordes de la carretera. Alfredo ordenó a Marcelo que tañera, de tiempo en tiempo, el cuerno de caza, cuyo áspero mugido retumbaba en las hondonadas y en los flancos de los montes, en medio del perdurable fragor del mar. Orillando los costados de la bahía, llegó el *brake* a lo más profundo de ella, y de allí partióse tierra adentro, cuesta arriba, camino de Muriella, patria de Rodríguez y de innúmeros jabalíes que habían de ser muertos en el mismo día a manos de Artemisa y su hueste. Alfredo hostigaba a los caballos con la voz:

—¡Aloó! ¡Aloó! ¡Up! ¡Up! ¡Up!

Los nobles animales se engrifaban, como hipocampos; contraían la reciedumbre lustrosa de sus ancas; arrojaban nubes de humo por las palpitantes narices. Sobre la tierra dura del camino los grandes cascos herrados suscitaban un ritmo fuerte y profundo, que parecía despertar dormidos ecos en las entrañas de la tierra.

A las nueve de la mañana el *brake* se detenía ante los umbrales de la mansión de Rodríguez. El hombre sonrosado descendió de un brinco y tendió las manos a Teresa; Tomás fué lacayo de Gloria; Alfredo cogió en brazos

al cura, el cual no podía valerse con su capotón, y lo paseó por el aire a modo de trofeo.

—¡Suéltame, sacrilego! ¿No respetas mi divino ministerio?

—Apolo, dios de la lira y del esplendor solar, no respeta nada.

Entráronse en la morada de Rodríguez, en donde desayunaron. Un minúsculo accidente estuvo a punto de frustrar la cazata. Durante el desayuno, que fué asaz fuerte, vertióse la sal; agüero del peor linaje, en opinión de Gloria. Gracias a que la propia Artemisa ahuyentó el maleficio por medio de un sencillo expediente, que consistió en aplicarse en la nuca, con las yemas de los dedos índice y corazón de la mano derecha, parte de la sal derramada, con lo cual juzgamos que aquel recõdito asilo de dorada dulzura quedó en la mejor disposición para recibir un ósculo, que sería el más sazonado y sabroso de cuantos se le pudieran dar a la casta diosa. Luego del matutinal refrigerio determinaron emprender la subida al monte, que ascendía a espaldas de la casa del hombre rizosamente barbado y seráficamente sonrosado. Salieron por la huerta, en donde Rodríguez tenía prevenidos algunos mozos aldeanos, monteros duchos en achaques de caza, y su pequeña jauría de canes del país, los cuales, rindiendo culto a la hospitalidad perruna, acogieron a *Javez*, en calidad de extranjero,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

con mucho afecto, olfateándole ahitadamente, uno por uno, como y en donde se supone, a fin de comprobar la pureza de sus intenciones. Esta salutación olfativa les satisfizo por entero; y así, echáronse monte arriba haciendo cabriolas y zalemas y aullando festivamente, que era una gloria verlos.

Los cazadores tomaron una empinada y pedregosa calleja que reptaba entre sebes. El viento había amainado, y las nubes, sutilizándose y abriéndose, dejaban ver campos de azur. El sol brillaba a trechos. Una fresca fragancia agreste y un oculto trepidar de claras esquilas remozaba la tierra vieja y grave. Oíanse tonadillas de aldea brotar serenamente de la fronda, y su melancolía era dulce y sedante. A cada pocos pasos topaban los cazadores con casucas saturadas de olor a leña. Guarecíanse de huida gallos y gallinas bajo el hórreo, y los famélicos perros de guardia miraban, atemorizados y envidiosos, el guirigay huidero de la jauría. Era ruda la ascensión; a fin de descansar, deteníanse las damas no pocas veces, sentándose en las piedras del camino o en algún tronco derribado. Gloria tenía el rostro encendido. Teresa era naturalmente incombustible; aunque sofocada, sus mejillas no perdían el tono de ocre amarillo ni su característica opacidad celibataria.

El que más y el que menos sentían cómo el



calor les invadía los miembros. A don Robustiano se le hizo insoportable el capote de cuello bermellón. Despojóse de él y entrególo a un mozo por que se lo porteara. Entonces echaron los otros de ver la sacerdotal carabina, que hasta aquel momento había permanecido recóndita bajo el lanudo abrigo. Era una escopeta que databa de la infancia de las armas de fuego; el cañón, tan flojo, que don Robustiano había necesitado robustecerlo con unos cordeles. Riéronse todos mucho de aquel arcaico monumento, y manifestaron paladinamente su desdén, dudando de la virtud mortífera del cachivache.

—Allá veremos, señores—respondió el cura—; les emplazo para la vuelta.

Los demás llevaban flamantes armas, de aspecto terrorífico. A todo esto, arribaron a los cotos en que los jabalies tienen su guarida. Por el suelo, y hasta cosa de tres palmos de altura, arrastrábase, engarabitándose, tupida enredadera de punzantes artos, de cuya espesura brotaban troncos erguidos y paralelos, como columnas de mezquita; unos de abedul, rectos, pulidos y relucientes cual fustes de mármol blanco veteado de negro; de pino los más, pardos y rugosos, que recordaban carcomida piedra paramentada de musgo, y allí en donde va el capitel, nacían numerosas ramas que, extendiéndose en forma de palio, se aco-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

plaban entre sí de manera que cerraban el espacio y hacían verdosas bovedillas semitranslúcidas, de donde bajaba un claroscuro de agua en remanso. Iban todos los cazadores bien provistos de polainas de cuero, merced a lo cual burlaban las agudas agresiones de las cambronerías.

El hombre de la tez de rosa que, en razón de la vecindad de su cuna, llenaba las altas funciones de montero mayor, dispuso que comenzara el primer ojeo. Decíase peritísimo en la topografía del lugar, en los usajes y hábitos de las selváticas bestias—sus covachas y cubiles, sus pasos consuetudinarios—y en otra porción de minucias concernientes al caso. Tomás fué de parecer que no había prisa ninguna en comenzar los ojeos. Iba un tanto resentido con Gloria, a causa de que Artemisa, inflamada de fuego bélico e impaciencia, no atendía tanto a su amante como él deseaba, y en lugar de repetir las mil veces repetidas frases amorosas cuidábase más de las presuntas víctimas que de la otra víctima, no menos montaraz y brava que los jabalíes, pero ya cobrada: Tomás.

Ello fué que Rodríguez, autoridad suprema en aquel trance, se salió con la suya. Comenzó a distribuir las escopetas en los puestos, y él, con algunos mozos y los canes, fuése a mon-

tear. Artemisa quedó con el cura, en una espera.

—Voy a informaros, con el debido respeto, diosa gentilísima—murmuró rendidamente el sacerdote—, de cuanto habéis de ejecutar (si es que el señor jabalí tiene a bien visitarnos), a fin de darle pronta muerte. Acaso sea impertinencia dirigirme a vos, cinegética divinidad, con tales monsergas, que muy al cabo hais de estar de todas las puntualidades que a esto se refieren. Bastáraos mirar a la fiera con vuestra pupila penetrante; pero lo más seguro es que requiráis el arma, la afiancéis en el hombro, apuntéis con serenidad, siempre unos dos metros delante de la cabeza, que el animal corra más que Mercurio, y apretéis el gatillo: esto es todo. ¿Estás serena, hija mía?

—¿No lo he de estar? Tómeme el pulso.

—Estás serena, estás serena como... una diosa.

—¡Qué bromista es usted, señor cura!

Artemisa se sentó en el suelo, en un espacio que estaba limpio de maleza.

—Si no hubiera que guardar silencio te recitaría algunas composiciones bucólicas mías y del divino Garcilaso. Pero es menester que estemos callados, porque el jabalí es muy astuto.

Permanecieron inmóviles y silenciosos algún tiempo. Comenzaron a oírse, tamizadas

por el bosque, las voces lejanas de los monteros. Era un grito inarticulado y quimérico: ¡Ao!, ¡ao!, ¡ao, ao, ao!, ¡alaabaléeee...! Palpitaban impacientes los cascabeles de los canes, y su latir frenético estremecía el corazón.

Gloria, incorporándose, fué a colocarse al lado del sacerdote. Mantuviéronse entrambos firmes y en acecho, los ojos sagaces clavados en la hondonada, las carabinas prontas para ser esgrimidas, aguardando el paso de la bestia. Una hoja que caía levemente, un árbol que temblaba crujiendo, un soplo de la brisa entre la copa de los pinos, les hacía volver la cabeza, anhelante de zozobra.

Terminó el primer ojeo sin levantar ningún jabalí. En el segundo y tercero, Artemisa tuvo por acompañante a un criado de Rodríguez, ya muy entrado en años, el cual, por entrete-  
ner a la señorita en tanto aguardaban, la refirió patrañas e historietas de todo jaez. Artemisa sintióse escéptica:

—Oiga, buen hombre; me parece que eso de los jabalíes o jabalinos, como ustedes dicen, es una fábula.

—Yo non sé, señorita, si ye fabula o qué yé. Lo que puedo dici ye que hay dellos abondo y que estropian los sembraos de patatas que non dejan una.

En este punto oyóse el latido de los perros hendir el aire con creciente rabia. Los monte-

ros aullaban: “¡Alalí! ¡Alalí! ¡Alalí! ¡Aud, aud, aud! ¡Alalí! ¡Alalí!”

—¡Prepárese la señorita! Ye que atoparon uno y pué venir pa esta parte.

Sonó una detonación, que fué multiplicando su eco en el seno de los bosques; luego otras tres. A seguida, el cuerno hizo oír su pregón de victoria, mezclado con clamores y gritos: “¡Jabalí! ¡Jabalí! ¡Jabalí muerto!”

Artemisa lamentó su infortunio.

—También es mala suerte... Matan un jabalí y no lo veo yo.

—Ya los verá, que hay dellos abondo.

Guiados por la llamada del cuerno y el vocerío, Gloria y su acompañante encamináronse en busca de los demás cazadores. Estaban en una ladera, propincuos a un pequeño barranco, por donde danzaba un arroyuelo con ínfulas de torrente. Don Robustiano, así que vió a su respetada diosa aparecer entre las columnas de mármol yeteado y de piedra carcomida, precipitóse a su encuentro, levantando en el aire su absurda carabina:

—¿Qué os parece, diosa blanca y sin reproche? ¿Quién se atrevía a dudar de la nefasta y mortífera influencia de mi arco? He matado a una hermosa jabalina, la he matado yo. En cambio, el señor Rodríguez, con un rifle de cien mil disparos y cien mil pares de demo-

nios, ha hecho tres descargas a otro indefenso animalito, y ¡que si quieres!

El señor Rodríguez trocó su amado color rosa por el púrpura de la humillación. Artemisa examinó la pieza cobrada, que yacía en tierra, palpitante aún, las crines hirsutas, acuoso el vidrio de los ojos. De una profunda incisión abierta en su garganta borbotaba sangre, densa y humeante.

Un aldeano limpiaba en las perneras del pantalón un cuchillo manchado de rojo.

—Señores, me parece que ha llegado el momento de comer. A la tarde continuaremos las monterías. ¿No te parece, Ramón?

—Muy bien, Alfredo. El sitio en donde nos aguardan los criados con las cestas está muy próximo. A la vuelta de este monte lo encontramos.

—Yo tengo una sed espantosa—dijo Artemisa; y sin más dilación acercóse al arroyo, se arrojó en tierra y bebió, de bruces, en una parte en que el agua se remansaba. Cuando se hubo puesto en pie, le temblaban, sobre los áureos ricillos de la frente y en el carmín de las mejillas, innumerables diamantes cristalinós.

—¡Qué hermosa estás!—exclamó su hermano, suspenso de admiración. La cogió por las sienes y bebió las gotas de agua que refulgían

entre los cabellos—. Si no fueras mi hermana me casaba contigo.

Tomás clavó en los de Apolo sus ojos cólericos, cavernosos.

EN un pradezuelo segmentado por un trivio de veredas montunas, al pie de grandes pilas de tablones flamantemente aserrados, yantaron a su placer los cazadores. Lucía el sol en lo alto del firmamento azul. Las frescas entalladuras del pino emitían resinosa fragancia. Los canes refocilábanse sobre la hierba, disputando huesos y viandas que a veces les arrojaban.

El aliento solar, la sangrienta voluptuosidad de haber muerto un jabalí, los gritos y algazara de unos y otros, y en mayor medida que cosa alguna el áspero vinillo de alma ígnea repartido profusamente, todo ello hacía que una marejada de entusiasmo sacudiera los corazones y una crecida de buen humor inundara los rostros. Todos hablaban, hasta Rodríguez, hasta Gómez. Amos y mozos departían amistosamente. Don Robustiano hablaba por los codos. Tomás, el bronco y terrible Tomás, mostraba en sus ojos de recelo, en su ( frente angosta, en sus mejillas adustas, una

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

alegría nerviosa, surcada en ocasiones por un temblor inquietante.

Refiriéronse aventuras de caza; disertóse acerca de ciertos pormenores de la vida de los jabalíes, que Gloria escuchó entre horrorizada y complacida. Rodríguez, muy al tanto de estas menudencias, fué el conferenciante. “El jabalí—decía—es naturalmente vagabundo y andariego; emigra muy a menudo. Cuando un jabalí, ya viejo, huye a nuevos parajes, gusta de acompañarse de otro jabalí mozo, al cual se le suele llamar paje, que camina siempre al lado del otro, aunque a cierta distancia. El jabalí, hasta que cumple el año, es paje; desde entonces, hasta los dos y medio, señor de compañía de otro jabalí; entonces, emancipándose, forma rancho aparte; cuando pasa de los cinco años es jabalí viejo; luego, jabalí abuelo o solitario. En Muriella había un solitario fabuloso, *el Careto*, que, desde tiempo inmemorial, asolaba la comarca; era ladino y feroz. La confianza de los jabalíes en la propia fuerza es tanta, que, en ocasiones, un abuelo desdén a los canes que le hostigan y continúa acostado en su madriguera. Luego de salir, si tropieza en su huída con lugar a propósito, en que parapetarse y defenderse, detiénese y hace frente a los perros.” Aquí Rodríguez hizo una descripción prolija y animada. “Sus ojillos—los del jabalí—arrojan llamas; las hirsutas



## RAMON PEREZ DE AYALA

cerdas le agigantan; sus dientes chocan entre sí con ruido de extrañas castañuelas; de su pecho enorme brota poderoso resuello, que se oye de muy lejos; arremete con los perros y los despanzurra. Entonces, si ve al cazador, se arroja sobre él furiosamente." Rodríguez había visto en semejante trance. Levantó la manga de la chaqueta y mostró a los circunstantes el brazo con ciertas cicatrices, ocasionadas por el rabioso colmillo del jabalí, según él. Don Robustiano, luego de examinarlas concienzudamente, afirmó que a él le parecían arañazos de un minino. ¿Cómo de un minino? Rodríguez se encrespó. El había luchado con un jabalí, denodadamente; le había muerto hundiéndole un puñal en la garganta. ¿Por qué no había de ser cierto? Cuando él lo decía... Todos parecieron muy convencidos.

Un cuervo pasó volando debajo del sol. Su sombra resbalaba sobre la pradera, lentamente, vagamente; trazó la sombra efímera una línea recta, hasta el sitio en que comían los cazadores, y atravesó el grupo, tendiendo sobre el rostro de Gloria una penumbra amoratada. Tomás disparó al pajarraco, que cayó a plomo, inerte, a unos cuantos pasos de distancia de los concurrentes. Levantóse Tomás, a fin de cobrar su víctima; mas el sacerdote le detuvo:

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—No lo cojas, Tomás; es un pájaro siniestro y repugnante.

—Como usted quiera. Los perros se las entenderán con él.

Como así fué; la jauría lo destrozó en pocos minutos.

La gritería que durante toda la comida había reinado recrecióse con las libaciones del licor, que, ya en pie, ingurgitaron los cazadores, antes de emprender los ojeos postmeridianos.

A Gloria se le metió en el ánimo un capricho que las personas respetables calificaron de locura. Quería la gentilísima diosa eximirse de tutelas y servidumbres en las esperas.

—¿No dicen ustedes que no hay peligro? Pues quiero sufrir la emoción yo solita; y si viene el jabalí, matarlo yo solita, y que la gloria le corresponda a Gloria solita.

—Gloria, no pretendas cosas imposibles—dijo Alfredo.

Gloria se abrazó a él y le habló, mimosamente suplicante. Alfredo sonreía complacido, sin resolverse a consentir. Consultó a Tomás con la mirada. El fornido amante respondió con sequedad:

—Si ella se antoja... No veo inconveniente en dejarla.

—Ya que vuestra voluntad, ¡oh, Artemisa!, es irresistible, yo solicito, vuestro Silvano soli-

cita el puesto que esté más próximo al que ocupéis—dijo el cura.

—Así se hará.

A la media hora de camino llegaron al cazadero. Gloria quedó sola en su espera; una cañada que dos montículos hacían, al juntar sus raíces. Todo en torno estaba tupido de árboles. Gloria se sentó sobre una gran piedra redonda y blanca, con el rifle entre los brazos. El cascabel de los perros sonaba remoto. Alguna voz derretíase en el silencio, apenas nacida, aborto musical. (Naturaleza = miriadas de abortos; aun cuando en ella nada se pierda; ni se cree.)

Gloria oyó a sus espaldas un ruido entre la maleza, como de algo o alguien que avanzase, apartando y hendiendo los arbustos. Levantóse, sacudida de sobresalto. Clavó los ojos inquisidores en la espesura.

—¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¿A qué vienes?—bishiseó angustiosamente, viendo a Tomás que, con el ciclópeo torso echado hacia delante, los ojos flamígeros y más aún las mejillas, la boca entreabierta, como deteniendo la respiración, avanzaba furtivo. Gloria repitió:—¿A qué vienes?

Tomás anduvo algunos pasos, con el índice

en la boca. Ya cerca de Gloria, susurró penosamente:

—No... te asustes. Escu... cha.

Su voz se afilaba y quebraba en mil pedazos.

Gloria estaba desesperadamente erguida. De la blancura de su faz marmórea brotaban los venablos ardientes de la mirada:

—¡Márchate! ¡Márchate!

Ahogado resplandor de cólera tiritaba en su acento. Extendió el brazo derecho de modo imperativo.

Tomás cayó de rodillas. Gloria, acercándose al genuflexo mozo, deslizó su casta mano sobre la frente salvaje, como si tratara de apartar una andrajosa veste de pensamientos inmundos.

—¡Márchate!—imploró.

Tomás se puso en pie, y aprisionando la mano de Gloria, atrajo hacia sí a la muchacha. Gloria desasióse y retrocedió dos pasos. La lividez de su semblante y la cólera de sus ojos eran imponentes.

Tomás, enardeciéndose, murmuró atropelladamente:

—¿Por qué huyes de mí? ¿Te asusto? ¡Estás enamorada de tu hermano! ¡Estás enamorada de tu hermano! ¡Mas, a pesar de todo, serás mía.

El rostro de Gloria quedó muerto de estupor. Cegáronse sus pupilas, como si la lumbre

que las inflamaba poco antes se derramase en el alma, iluminando, esclareciendo lobregueces. Luego, sus ojos solares volvieron a arder como nunca, irritados, fatales.

—¡Re pí te lo!—mordió las sílabas, como enajenada.

—¡Estás enamorada de tu hermano! Mas, a pesar de todo, serás mía.

Gloria apoyó la carabina sobre su hombro y disparó. Tomás vino rodando hasta sus plantas.

LA rabia de los perros sonaba maravillosamente, en aullidos implacables. Oyéronse algunos disparos.

Un fragor cercano sacó a Gloria de su anadamiento. Entre el rígido mar cobrizo de la maleza, arrasando, triturando, abatiendo cuanto se le ponía por delante, apareció un jabalí; sus ojos expulsaban llamas; hirsutas cerdas le hacían gigantesco; castañeteaba los colmillos con estruendo; sangre, negruzca y humeante, salía de uno de sus flancos. Gloria arrojó al suelo el rifle y corrió al encuentro de la rabiosa bestia.

1906.



## AS VEGAS DE MAIZ

ÉXODO

—  
Novela pas-  
toral.

1910

cubren la llanada, hasta la raíz de los montes. Los montes, en su declive de arranque, allí donde forman coyuntura con la vega, están revestidos de pomares, sobre hierba gaya, muelle;

más arriba, castaños; luego, hacia lo alto, zonas de robleda; y, en la cima, quebradas de piedra desnuda—cuarcita violeta, caliza cenizosa—. Cielo azul, aire calino. Los maizales palpitan largamente, en leve fluctuación, escalofrío de la vega; los pardos airones, en lo sumo, perláticos; las alongadas hojas, cuyo trazo es el de la javelina, torcidas ya y el color oriniento; envainadas panochas, de barba bermeja. Entre los sembrados del maíz, aquí y acullá, destacan pandillas de labriegos, el lomo combado hacia la tierra; blanco de jubones y camisas de lino; bermellón o verde veronés de refajos.

Es la época de la *salla*. Los *salladores* adoban, ahuecan, esponjan y airean el apelmazado terruño, porque las cañas de maíz se alimenten mejor; arrancan plantas inútiles, vegetaciones espontáneas, por que no roben al grano futuro la sustancia materna. De vez en vez, el destello acerado de un azadón que

sube a la luz, como un pez que salta en la superficie de un lago. Los *salladores* amenizan el trabajo, aliviándose de la fatiga, con burlas cazurras.

Por el lindero de la vega, a la sombra de los pomares, pasa don Cristóbal, la escopeta al hombro; síguete Pepón, de Peñamellera, ciclope rústico, servidor leal, y le heraldizan los aullidos alegres de una jauría, que los mazaes encubren; en ocasiones, un perro corre monte arriba, en ziszás, el hocico vecino de la hierba, el rabo enhiesto y sin cesar tremante. Si aventajado de miembros es Pepón, no lo es menos el amo; su continente imperial e imperativo. Los *salladores* saludan, y dicen:

PACHU, DE LA FIGAR

Guapo y grande ye (1) el señor, como el su nombre, ¡válgame San Cristobalón!

NOLO, DE PEDROSA

Y con aquel del señorío, que en cuanti que él habla empapizase (2) ún...

SELVA, LA ROXA

Y potencioso, con más dinero qu'el rey de España y de las Indias.

---

(1) Es.

(2) Se atraganta.



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

PEDRÍN, DE MANUELA

Sábeslo tú, Roxa, porque da cuartos abondo a les mozes que'i son falagueras.

SELVA, LA ROXA

Arreniego p'al pecao, con el mozaco esti, mala lengua. Dígolo porque así lo tengo oído dicir y porque a la vista está; lo que con los güeyos (1) se ve, no tién menester más.

PEDRÍN, DE MANUELA

Calla ya la parpayuela (2) muyer, y non te sofoques, que non fuiste la primera nin serás la última.

SELVA, LA ROXA

Calla tú, cuentero, que eso ni a ti ni a naide le importa. Si ye como dices, mejor pa mí, y si tienes envidia, arráscate, que con cuartos o sin ellos ye un mozón garrido y cumplido, apetedor como la flor del agua.

PEDRÍN, DE MANUELA

*(Cantando, con despecho.)*

... Que traila, mío vida,  
que traila, trailá.

---

(1) Ojos.

(2) Lengua.

Que traíla, mío vida,  
la flor del aguáaa...

Pues, mira, Roxona: yo pásome por aquí, ¿veslo?, la su guapura. Cuanti que los cuartos..., ye otra cosa. Eso sí que os trai enfatecidos (1).

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

*(Doctoralmente, apoyando la mano izquierda en el azadón y enjugándose la frente con el recio lino de la manga derecha.)* Cuartos, cuartos... ¡Ay, mis sueños! Pensai que non ye oro todo lo que reluz. Dizvoslo un home que sabe de isperiencia y que corrió mucho mundo. Don Cristóbal tién potecados y de mal talante los más de los caudales que'i vinieron del su padre.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

9/2 ¿Aun te atreves, vieyón, y eso que'i debes la renta y los réditos de muchos años?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Perdonómelo todo.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Porque te ayudó endenantes a facer los fíos que tienes...

---

(1) Entontecidas.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Con prudente dignidad.*) Mejor, así saldrán más polidos. Cuanti más, Ruperto Llosas, que bien sabes que los tuyos son hermanos de los míos, y sábelo toda la aldea.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Dispúsole así el Señor; non hay por eso qué decir si don Cristóbal va pa probe, que eso ye mala ación.

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Aplicándose al trabajo.*) Dígolo porque así lo tengo oído de boca de don Marianín de Pravia, que ye home muy leído y escrebido en el aquel de justicia. Y dígovos más... (*Expectación. Los labriegos alzan la cabeza, escuchando.*) Dígovos, porque me costa, que las potecas van a acabar tamién con lo que se le apegó a lo suyo de la herencia de su tía, la señorita Isabel, que esté en gloria.

VARIOS

(*Santiguándose.*) ¡Joasús!

SELVA, LA ROXA

Entós, el fío (1), Nacín, ese rapazuco tan ni-

---

(1) <sup>es</sup> Hijo.

dio y roxín, que paez un angeluco, ¿será ún como nosotros?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Serálo, si Dios non lo remedia...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

(*Sarcástico.*) ¡Ja, ja, ja! Ríome, ¿qué queréis? Esti Restituto va pa cacique. ¡El señorío siempre será señorío!

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Aunque sin reírse, afirma.*) Pues yo ríome porque señorío sin oro ye como salváo de escanda, pa los gochos; ¿y qué? Esto, esto. (*Se golpea el bandullo, con cierto aire sacerdotal.*)

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Serás pa toa tu vida un raposo vieyo, y él será un señor. ¿Quiés ponete con él en magencia? (1) ¿Quiés ponete con él a palos? ¿Hay algún mozo que se atreva? ¿Quiés ponete con él bebiendo sidra? ¿Hay quien se ponga? ¿Pues a caballo, aunque el caballo sea gafo (2) como un tíguere? ¿Pues matando osos?

---

(1) Majeza.

(2) Fiero.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Celesto mató uno con la fesoria esti mayo  
que pasó.

PACHU, DE LA FIGAR

Salía de la cueva, flacu como un can y sin  
fuerzas, que no valía pa na.

NOLO, DE PEDROSA

Matábalu yo...

SELVA, LA ROXA

Podía matalu Pedrín.

PEDRÍN, DE MANUELA

Calla tú, zorróna.

SELVA, LA ROXA

A ver si te meto la fesoria en los sesos...

PEDRÍN, DE MANUELA

¿Meter tú? Si fuera al revés...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Callaivos, llenguatones (1). Don Cristóbal  
mata los osos cumplidos, gordos, rabiaos que

---

(1) Lenguaraces.

RAMON PEREZ DE AYALA

no hoy más que pedir. ¿Visteis la casona de Llaviedo? Llena está de osos balsamaos, que meten miedo, y de pelleyas de oso, así, p'ol suelo, pa poner los pies en blando. ¿Non oís-teis a Pepón, de Peñamellera, falar (1) del su amo?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Mátalos con la carabina.

SELVA, LA ROXA

Y con un cuchillo.

NOLO, DE PEDROSA

A ún, desquijarrólo con les manes.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Nada nin naide le mete susto.

PACHU, DE LA FIGAR

Si que plasma, de arriscáu que yé.

SELVA, LA ROXA

Non cura de les animes.

PEDRÍN, DE MANUELA

Nin de la huestiã.

---

(1) Hablar.

## BAJO EL SIGNO DE ARTÉMISA

NOLO, DE PEDROSA

Nin de la santa compañía.

PACHU, DE LA FIGAR

Nin de los defuntos.

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Nin de la Iglesia y Jesucristo.

SELVA, LA ROXA

Pues él a misa va...

NOLO, DE PEDROSA

Y don Tiquio, el pálorco, ye muncho de la casa...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Yo vos ripito: va a haber abondo antes que se quede probe; hemos de murirnos todos en-denantes. Con la casona de Llayiedo, que val un sin fin...

PEDRÍN, DE MANUELA

Y el palacio de Cornellera, que dicen que está lexos, lexos, cerca de tierra de moros.

NOLO, DE PEDROSA

Y el de Riverulla.



## RAMON PEREZ DE AYALA

PACHU, DE LA FIGAR

Y el de Miraflores.

SELVA, LA ROXA

Y los montes del Sardón, y las vegas de Carbayo...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Y las caserías, y las quintanas, y los hórreos nuestros. ¿Cúyos son?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

De Dios, que da y quita a voluntá y muy aína, ¿qué pensabais?

*(Un estampido. Los aldeanos se incorporan. La jauría late, enardecida, a lo lejos. Por los claros del bosque cruzan, raudos, los perros, moteados de blanco.)*

SELVA, LA ROXA

¡La raposa!

PACHU, DE LA FIGAR

Miraila, en los términos del Fuso.

NOLO, DE PEDROSA

Cuerre, cuerre la condenada.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

PEDRÍN, DE MANUELA

Ahora se escuende.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

¡Ay, razapos de mio alma! ¡Quién me diera  
los vuestros güeyos!...

SELVA, LA ROXA

En derecho va pa don Cristóbal. Cuerre que  
paez esnalá (1). Matarála.

PEDRÍN, DE MANUELA

*(Soslayadamente a la muchacha.)* No hay  
dengún como él pa las raposas.

*(Dos estampidos casi simultáneos.)*

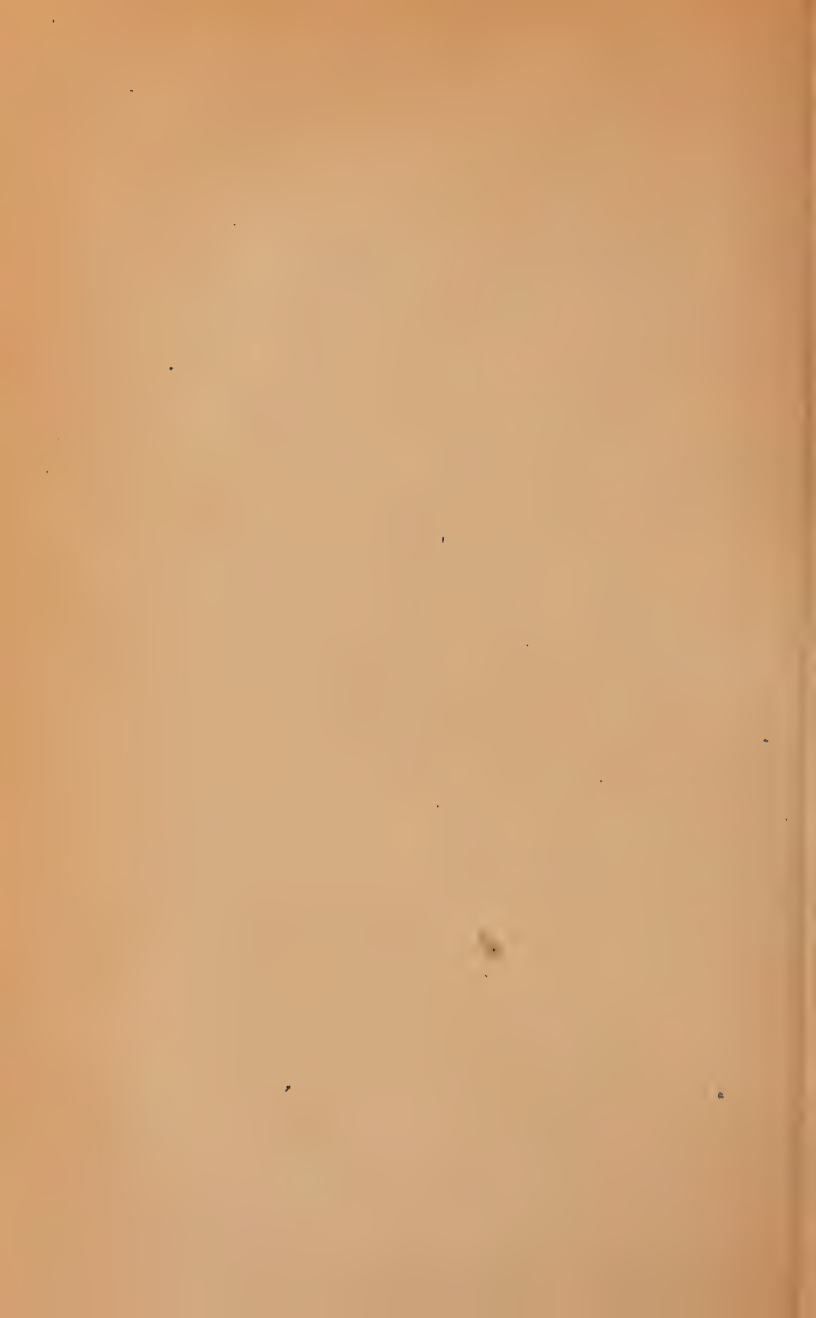
NOLO, DE PEDROSA

La amoló.

*(Los perros ladran alborozadamente, des-  
pedazando a la raposa.)*

---

(1) Vuela.





A COCINA DE LA casona de Llaviedo. Es una estancia de antiguo castillo, inmensa, a propósito para albergar en la otoñada, y durante las noches invernizas, la numerosa servidumbre que deshoja y desgrana el maíz, amagüesta la castaña e hila y canturrea romances viejos, en torno a la lumbre. El suelo, terrizo; la techumbre, de castaño recio y humoso, menudeada de *gavitos*, que es como en la tierra se llaman los garfios de donde penden jamones, lacones, ristras de chorizos y morcillas, vejigas llenas de grasa de cerdo; arcones de prolijas e ingenuas entalladuras; escaños de nogal labrado; vasares con bruñidos cobres, amarillos y rojos, y porcelanas floreadas de añil; una ringla de herradas, con el cangilón al costado; gran chimenea de campana, y al borde, asidos de trecho en trecho, como líquenes centenarios, manojos de tomillo y hierbabuena; a dos palmos del lar, dos grandes calderos, que cuelgan de cadenas forjadas; y, vecino al rescoldo, sobre las trébedes, un pote borbollante. Hay dos candelas con lumbre; a través de las ventanas y de la puerta, entra resplandor de luna y fragancia de noche estival.

La vieja Anastasia, virgen incorruptible, adscrita desde el punto de su nacimiento al servicio de los señores de Llaviedo, está sentada en un escaño. Su perfil es ganchudo, tostado el color; lleva falda vueluda, a manera de brial, amplio pañolón de seda, cruzado al pecho, arracadas de aljófar y filigrana de oro, que brillan discretamente y parecen joyeles devotos, eclesiásticos. Ignacín, el único vástago legítimo de don Cristóbal, yace sobre el mismo escaño, la rubia cabecita reclinada en el regazo de la caduca virgen, la cual, con mano incierta, le alisa los poblados rizos. Es un muchacho de ocho años, lindo, lechoso y delicado, de ojos azules, mano brevísima y pie femenino.

Oyese el rebullicio que criados y criadas mueven en el huerto, bajo el parral, holgándose a su modo, con donaires de picardía, cánticos, bufonadas, azotes y retozos; los atrailladores de los canes, mozos de cuadra, adestradores de gallos de pelea, zagales del establo, fregatrices y ordeñadoras, hortelanos y aguañaadores del pradón: veinte en junto.

En el piso alto retumba en ocasiones el sonoro reír de don Cristóbal, aventajando en brío a otras dos risas, también recias y caudalosas, que le acompañan: la de Pepón, de Peñamellera, y la de don Eutiquio, el párroco.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

De rato en rato, unos pasos que van y vienen;  
y la techumbre de la cocina retiembla.

LA VIEJA

Tó contarte un cuento, mío neñín.

EL NIÑO

Cuentos, no, chacha Anastasia.

LA VIEJA

Historias he de contarte entonces y sucedidos que sucedieron. Pues señor, así Dios me salve, que el mi primo Antón vió una noche la santa compañía.

EL NIÑO

De la santa compañía, no, chacha, que me da  
miedo.

LA VIEJA

De la huestia...

EL NIÑO

No, que me da miedo.

LA VIEJA

Del trasgo.

RAMON PEREZ DE AYALA

EL NIÑO

*(Tembloroso y pataleando el recodadero del escaño.)* No, no y no. ¿Oyes?

LA VIEJA

Apaciguate, mío neñín; contaréte lo que tú digas.

EL NIÑO

Manda que callen éstos.

LA VIEJA

¿Cómo los voy mandar callar?

EL NIÑO

¿No son criados? Quiero que callen...

LA VIEJA

El señor don Cristóbal consiéntelo.

EL NIÑO

Y cuando vivía mi madre, ¿hacían también lo que querían?

LA VIEJA

Era una cuitada.

EL NIÑO

¿Cómo era?



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

LA VIEJA

Una cuitada. Sea con Dios. (*Se santigua.*)

EL NIÑO

Digo que si era guapa.

LA VIEJA

Como tú mismamente, neñín.

EL NIÑO

¿Soy yo guapo?

LA VIEJA

Calla, angelín zalamero: ¿no lo vas a ser?

EL NIÑO

Y ¿cómo iba vestida? ¿Con galones de oro y plata? ¿Llevaba muchos diamantes y sortijas, como la reina?

LA VIEJA

No, que era muy homilde.

EL NIÑO

¿Por qué no lo llevaba? ¿No es mi padre el más rico del mundo?

## RAMON PEREZ DE AYALA

### LA VIEJA

Dicen que lo es muncho; pero tanto como eso, yo no sé decirte.

### EL NIÑO

Sí, lo es; lo es. (*Crispa los puños.*) Y cuando yo sea grande, ya verás. Iré a las ciudades y mandaré en todos.

(*En el piso alto crepita horrísono estrépito de vidrios que se rompen; luego una triple y grande carcajada. El niño, transido de sobresalto, oculta el rostro y solloza.*)

### LA VIEJA

Vaya, que no ye nada, neñín. ¿No lo sabes? Son las botellas que bebieron ya. Verás, tu madre...

### EL NIÑO

(*Recobrándose poco a poco, y balbuciente.*) Cuando ella vivía, ¿también lo hacían? (*Con los ojos consulta el rostro de la vieja, que hace un signo de asentimiento.*) Di, chacha: por dentro ¿cómo iba vestida mi madre? ¿Llevaba raso y seda?

### LA VIEJA

De lino muy suaviquín y bien obrado, eso, sí; pero sin mucho aquel ni fantasía.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

### EL NIÑO

¿Dónde está la ropa de mi madre? Quiero verla.

### LA VIEJA

Cuando murió guardéla yo toda en arcones, con membrillos y pimienta; pero, aluego, el señor dióla toda: como él es así, tan dadivoso...

El niño hace un gesto de disgusto: expresión misteriosa y prematura. La voz de don Cristóbal ruge en lo alto:

—¡Cristo, con las pulgas! Es una plaga. ¿Las traes tú, cura? ¡Fuerza es que hagamos en ellas escarmiento ejemplar! ¿Salimos?

Pisadas que se acercan. A poco aparecen en la cocina don Cristóbal, Pepón y el párroco. Don Cristóbal anda por los cuarenta y cinco; va vestido de terciopelo negro; el cuello de la camisa, desabotonado, y la carne, henchida de sangre, al desnudo; barba y mostachos, esparcidos, rubios; los ojos, de acero; la expresión, clara y jovial; la cabeza, al aire. Pepón viene sonriendo arrebozadamente, con su cara cazurra de gañán cántabro. Y de su parte, don Eutiquio, sarmentoso y vivaz, manifiesta el contento de vivir y beber en compañía de tan gran señor. Don Cristóbal dice a su hijo:

—¿Conque no te has acostado todavía? Bien,

hombre, bien; los hombres han de ser hombres ante todo. ¿Quieres un trago de sidra?

El niño mira a su padre con ojos asustadizos.

—¿No me respondes? A ver, Anastasia, si le has estado contando brujerías y embelecos. ¿Crees que pienso dedicarle a monja, recaña?

Y tomando al niño por los sobacos, lo aupa hasta por encima de su cabeza, lo tira al alto y lo ampara por tres veces, hasta que Ignacín aúlla, tan empavorecido que el padre abandona el juego y lo pone suavemente en tierra. Vuélvese a los otros dos:

—Ya lo veis: no parece hijo mío — y hace chascar la lengua, en señal de reprobación.





ENTRE HOMBRES Y bestias, el caserón de Llaviedo albergaba muchedumbre de seres animados; señores y dilatada servidumbre, luego caballos, asnos, mulos, vacas, cerdos, gallos de combate, gallinería

doméstica, perros de todo linaje, conejería, palomas y tórtolas. Al quebrar la noche, los cuarenta gallos ingleses rompían a cantar en sus jaulas, más que evocando al sol, enviándose recíprocamente bizarro y ronco reto, y los del corral les seguían, con voz pastosa, cascada a causa del profuso ejercicio de la masculinidad; y las tórtolas poníanse a gemir, y las palomas a arrullarse—todas eran blancas, porque en cuanto un pichón plumaba manchado, don Cristóbal lo condenaba a la cazuela—, y los perros aullaban, y de la cuadra surgían nerviosos relinchos, gruñidos de los cubiles, y mansos mugidos de los establos, de manera que al asomarse la aurora por Oriente, era saludada con la más copiosa y unánime orquestación rústica, desde el maestro de batuta Noé.

La fatiga de las diurnas labores, de una parte, y de otra el mucho hábito de vivir entre tan varias voces animales, fuera bastante

para que los moradores del caserón durmieran a pesar de todo. Y no era así. No era así por no consentirlo las pulgas, dueñas por entero de la casa, y en tanto número, que constituían propiamente una plaga faraónica.

Durante la noche, el dormitorio de criados y gañanes se poblaba de ruidos iracundos, suscitados por la contumacia de las pulgas: denuestos, imprecaciones, blasfemias y la quejumbre de los jergones, sobre los cuales se revolvían frenéticamente los cuerpos. En el dormitorio de las hembras la protesta era más módica y cauta: suspiros, lamentos y un rasarse sin tregua, y venga levantarse, cuándo una, cuándo otra, y sacudir la camisa sobre un lebrillo de agua, que por las mañanas parecía de tinta, colmado de náufragos insectos.

Don Cristóbal no conseguía conciliar el sueño. Las pulgas le herían con peculiar ensañamiento; le hostigaban hasta hacerle abandonar los colchones y recorrer la casona pataleando y aullando: “¡Maldición, una y mil veces! ¡Malas centellas me partan!”

Ignacio, víctima también de las pulgas, olvidábase de los lancetazos que le inferían porque, con los varios y temerosos rumores que por dondequiera sonaban, pasaba la noche en constante horror y sobresalto, apelotonado bajo las sábanas.

Pero chacha Anastasia no sentía las pulgas.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—Páreceme—exclamaba—que todos se gol-  
vieron locos, porque a mí, maldito si me  
pican.

Entonces don Cristóbal arremangaba el  
brazo para mostrar a la vieja innumerables  
lentejuelas rojizas, obra evidente del proter-  
vo animalucho.

—Y ¿esto qué es, chacha chocha.

¿Por qué a ella no la molestaban? La vieja,  
en fuerza de discurrir, halló cabal explica-  
ción. Padecía, tiempo atrás, de estreñimiento,  
que aliviaba tragándose en ayunas bolitas de  
pan con trozos de acíbar. El amargor terrible  
de esta droga difundíase, sin duda, por la  
sangre, y las pulgas, oliscándola, escapaban.

—Tome el acíbar como yo, señor—aconse-  
jaba a don Cristóbal.

—¡Qué simple eres, chacha Anastasia!

Don Eutiquio y Pepón sostenían que el ori-  
gen de tanta pulga eran los treinta y cinco pe-  
rros de caza. Don Cristóbal resolvió darles un  
buen fregado con agua, jabón y lejía. Cuatro  
mozos condujeron la trailla a una margen del  
río, por una parte que hace vado, con dos ori-  
llas de arena, a modo de playa. Don Cristóbal,  
acompañado de Pepón y del cura, daba órde-  
nes. Los criados restregaban sin duelo, mante-  
niendo al animal dentro del agua; los canes  
gañían, lanzando miradas suplicantes al amo,



como si le pidiesen ayuda contra aquellos des-  
aforados verdugos.

—¡Calla, *Arce*! ¡Quieta, *Obón*! Vaya, vaya,  
bobita.

Don Cristóbal se acercaba a examinar la  
piel, rosada y limpia, separando la tupida pe-  
lambre.

—Está bien; no tiene ni una.

El perro salía rebrincando y sacudiéndose,  
y ladraba muy alegre. Y así, uno tras de otro,  
fueron quedando todos limpios y volvieron a  
casa en perfecto estado de aseo.

A la noche, *Nena*, la perra favorita de don  
Cristóbal, estando adormilada a los pies del  
amo, estremeciéndose de pronto, y volviendo el  
hocico, arregañado, hacia las ancas, comenzó  
a espulgarse nerviosamente.

—¡Otra vez!—bramó don Cristóbal—. Está  
de nuevo comida de las pulgas.

Y no sólo *Nena*, que todos los otros perros  
estaban a las pocas horas como si no hubieran  
experimentado la purificación de la lejía.

Les tocó después el turno a los cerdos, y su-  
cesivamente a vacas, mulos, asnos y caballos.

Para bañar a los caballos dispuso el señor  
de Llaviedo pintoresca cabalgata. Iba don  
Cristóbal a la cabeza, a pelo sobre *Gazul*, un  
alazán árabe de estampa sutil, cabos luengos  
y hervorosa sangre, llevando del diestro a  
*Patón*, un caballejo del país, bronco y disco-

lo. Seguían Pepón, el cura y dos mozos de cuadra, cabalgando todos en la misma guisa de don Cristóbal, y otro jaco del ramal. Los animales llevaban sujetas a la cabezada verdascas de avellano, con abundante hoja. Trotaban gentilmente sobre las praderías, camino del río, guardando siempre la fila, y en llegando a un profundo pozo, arrojáronse al agua, moviendo un fresco torbellino de espumas y relinchos. Siguieron agua arriba, nadando un buen trecho. Don Cristóbal, aconsejado de Pepón, contaba con que las pulgas, en su huida del agua, irían refugiándose en lo más alto de la cabeza de los caballos, y de allí saltasen a la vara de avellano, imaginando hallar seguro y asilo. Es, según, sostenía Pepón, una astucia que el zorro emplea por librarse de pulgas. Don Cristóbal gritaba a sus huéspedes:

—Mirad bien si suben a la sesera de las bestias y saltan a la vara de avellano.

—Ferviendo están aquí, señor, que paecen un formiguero—habló Toñín, mozo de cuadra, en tanto escrutaba el cogote de la yegua *Leonarda*—, y salten, salten a la fueya del avlano, pero muchas cáense al río.

El cura encontraba muy divertida la aventura.

—*¡Liberanos Domine!* ¡Cuánto bicho, señor don Cristóbal!

## RAMÓN PEREZ DE AYALA

—Cuando hayan saltado todas a la rama, la arrancáis de pronto y, lejos, al río con ella. Salpicad con una mano la cabeza de los animales—ordenó el señor.

—Salpicar... Y ¿cómo? Si tenemos las dos manos ocupadas...—advirtió don Eutiquio.

—Suelta la rienda, cura, que aquí no se te desboca el penco; y, sobre todo, que si caes, caes en blando.

—*¡Liberanos Domine!*—repitió el párroco, riéndose.

Los jinetes fueron lanzando a distancia las verdascas, enracimadas de pulgas. Los caballos resoplaban gozosamente. Salieron del río aprovechando un ribazo, revestido de menuda hierba, que hacía una blanda enlomadura antes de meterse por las aguas. Y, ya en el campo, potros, yeguas y caballos de distintos pelos, alazanes, bayos, flor de romero, castaños rodados y negros zainos, parecían con la humedad como mármoles y maderas bruñidas; paros, ágata, caoba y ébano.

Y, a pesar de todo, las pulgas continuaban imperando en la casona de Llaviedo.

—¿Por qué no prueba usted a quemar azufre?—aconsejó el sacerdote.

Se quemó azufre, y anduvieron a punto de asfixiarse todos, hombres y animales, mas no las pulgas.

—Como que la culpa no la tienen las bestias

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ni la casa, sino las personas: los criados de casa, que son unos marranos, y todos los que viven en los caseríos de los alrededores, más marranos aún—decidió don Cristóbal en última instancia.

Y lo que primero se hizo con los habitantes irracionales de la casona, hubo de hacerse después con los humanos, en dos tandas, varones y hembras. Encargó el amo a la Villa ropa nueva para la servidumbre; condujo las prendas masculinas a una pradera, junto al río; hizo desnudarse a los hombres y quemar los trapos viejos en su presencia; estúvose presenciando cómo se remojaban y mondaban de cochambre, y luego les dió con que vestirse de limpio. Fué por la mañana, estando el día soleado y cristalino. A la tarde, y al caer el sol, don Cristóbal convocó a las mozas.

—Ahora os toca a vosotras. ¡Andando!

Eran seis hembras fornidas, apretadas de carnes y garbosas de ademán, con ese garbo clásico que da la costumbre de llevar una herrada en la cabeza, una guadaña al hombro, un rebaño de vacas por delante. Las mozas se miraban de reojo, indecisas. Don Cristóbal mandaba ahora sin austeridad, naturalmente, más que como señor, como hombre, convencido de que aquellas mozas solían doblegarse con sumisión, y hasta venturosamente, a satisfacer sus deseos. Estaba el cura presente, y

echó de ver muy pronto que el pudor cohibía a las muchachas.

—Repare, don Cristóbal...

—¿Qué dices, cura?

—Que las mozas quizá que no se atreven.

—¡Bah, bah, bah! Pues ¿qué de malo tiene esto? ¿Verdad, neñas?—y las miraba con amorosa condescendencia—. Andando. Tú puedes venir, cura, para dar autoridad al acto.

—¿Yo? Tendría que ver... Váyanse, que aquí me quedo.

Se pusieron de camino. Don Cristóbal había elegido un paraje recóndito, emboscado de nogales, con claras, mullidas de fina hierba. Por la linde del pequeño bosque corría un seto de zarzamora y madreselva, florecida a la sazón. El río llevaba por allí flojo caudal y muy diáfano; con la penumbra de los nogales metida en el seno, era como de ámbar, y las guijas del sauce bullíanse en lo hondo mansamente.

Estaban las mozas en fila, con las manos caídas a lo largo del cuerpo y la vista fija, sin determinarse a nada.

Don Cristóbal sabía muy bien que estas beldades agrarias no se arropan en cendales inmaculados, sino en burdos y no muy blancos lienzos. Acomodóse en la hierba, de espaldas a las mozas, por confiarlas y evitarse lo menos grato de la escena.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—Desnudaos ya, y vais amontonando la ropa a una parte.

A medida que se aligeraban de trapos, las mozas iban posesionándose de sí mismas, enardecíéndose; cuchicheaban, chanceaban y reían, cada vez con menos disimulo. Dijérase que con los vestidos perdían el rango humilde de su vida social, adquiriendo, en trueque, el sentido de la dulce misión femenina en estado de natura; esquividad e incentivo.

—¿Estáis ya?

Movióse un trajín de gritos, carreritas, espanto fingido y risas espontáneas.

—Entavía non.

—Hom, téngase un momentín.

—Arreniego con don Cristóbal.

El señor disfrutaba para sus adentros de aquella beligerancia que las mozas se tomaban, y a la cual estaba muy hecho, por haberla experimentado en muchos lances. Incorporóse de súbito y se volvió a mirarlas. Ellas, al mismo tiempo, le dieron la espalda, apretándose unas con otras, sin dejar de hablar y reír, y cuando sintieron que el amo se les acercaba, rompió cada una a correr por su lado, entre los troncos de los nogales.

En este punto comenzó un perseguir y evitar que duró buen rato.

El sol se habia puesto y el cielo estaba todo encendido. Un tordo revolaba de nogal en no-

gal, y, haciendo alto, silbaba ladino. La aldea se poblaba de temblor de esquilas.

Las mozas, a pretexto de recatarse, mostraban más por entero su desnudez, según corrían, como si hicieran alarde de la firmeza de los senos, tan reciamente asidos al pecho que no se estremecían; de la elasticidad graciosa de los muslos, de la libertad airosa de los brazos, así como del ágil cimbreo de la cintura, la rectitud suavemente acanalada de los lomos y la rotundidad algo carminosa de las posaderas. Era el color de todas ebúrneo y caliente; sobre la piel, el crepúsculo difundía resplandor de rescoldo.

Como el juego se prolongase demasiado, don Cristóbal encarnizóse en seguir las; a veces alcanzaba a dar un sonoro azote, y, a la postre, fué arrojándolas al agua una por una. En cayendo, como la profundidad del remanso no era bastante a cubrirlas, se revolvían sobre el cauce, de manera que lo enturbiaron y no se les veía el cuerpo.

—Esos rodetes y esos moños, sueltos...—dijo el amo, desde la orilla—. Ahí va el jabón, y ¡duro a fregarse!

Las cabelleras—morenas, pelirrojas, una de oro claro—flotaban anchas y convulsas en el agua, entre espumas, como flores afrodisíacas del Oriente.

Salieron del río sin hacer repulgos.



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—¡Calla!—dijo don Cristóbal a la más rubia, inclinándose a mirarla—. Eres completamente rubia, completamente. No me había dado cuenta.

Las mozas celebraron la gracia.

Se hizo una hoguera con la ropa desechada. Las mozas, enlazadas de la mano, danzaron en torno. Había estrellas ya en el cielo. (ap. nak?)

Cuando tomaron la vuelta de la casona era noche cerrada.

Al día siguiente, en durmiendo la siesta, acudió el párroco a la casona, como de costumbre. Don Cristóbal lo recibió entre severo y sonriente.

—Esta noche termino con las pulgas, Eutiquio.

—Mostrad cómo.

—Ya te lo mostraré. Por lo pronto, aprovecharemos el tiempo bebiendo sidrina hasta anohecido. ¿Qué te parece?

—De rechupete, como Cristo nos enseña. (6 a)

—Sí, ¿verdad? ¿En qué evangelio dijo Cristo *de rechupete*?

—Vaya, déjese, señor, de chanzas, y venga la sidra. Pero ¿no nos acompaña hoy Pepón Peñamellera?

—No; ha de cumplir mis órdenes para la total extinción de las pulgas. ¡Panchón!—gritó don Cristóbal, con voz tan recia que la

casona estuvo preñada de truenos largo rato. Continuó gritando:—¡Trae sidra!

Panchón trajo sidra en abundancia. Señor y capellán aplicáronse a beber. Hablaba el cura a todo ruego, como de ordinario; pero el señor, contra su costumbre, parecía preocupado. De vez en cuando entraba Pepón a recibir instrucciones, que don Cristóbal le hacía tan por lo conciso que maldito si don Eutiquio lograba entenderlas. Eran frases extrañas e incongruentes, como éstas:

—¿Cuántas Sodomas?—interrogaba el amo. A lo cual respondía Pepón:

—Sesenta.

—¿Serán bastantes?

—¡Uf!—haciendo chascar los dedos de la mano derecha.

—¿Los fardos para el éxodo?

—¿Exodo?—inquirió Pepón, muy perplejo.

—Fardos, a secas; ya me entiendes.

—Sí, sí. Haciéndose.

—¿Averiguarálo la mesnada?

—Andan lejos y yo ando listo. ¿Nada más?

—Nada. Vete.

Don Cristóbal había enseñado a Pepón, su fiel cíclope, cierto vocabulario, merced al cual se comunicaban en presencia de los demás, burlando su curiosidad y dejándoles a oscuras de las palabras y propósitos del caballero.

El cura andaba muy hostigado de la curiosidad.

—Pero, si no es mucha indiscreción, ¿se puede saber, señor don Cristóbal?

—Ya sabrás, curilla.

—Sodoma..., mesnada—y se arrascaba, meditando, el colodrillo.

—Bebe y calla, presbítero.

Y así, de unas en otras, llegó la cena, que aquel día se adelantó por mandato expreso del señor de Llaviedo. El cura permaneció en la casa. Concluida la cena de los amos, don Cristóbal bajó a la gran cocina, en donde la servidumbre comía el craso y sabroso pote del país, sazizando la tarea con vayas, chancetas, farsas y galanterías en que, por andar muy ocupada la boca, la mano obraba con mucha elocuencia. Ramona, segunda ama de llaves, repartía pingües raciones en los grandes cuencos de madera. Estaban los criados a la redonda, en amable promiscuidad de sexos. En medio, las ferradas, con sus cangilones dorados. De vez en vez levantábase un sirviente y bebía con codicia.

Entró el señor e hizo silencio. Seguíanle el unigénito, Ignacio, el cura y Anastasia; el séquito llevaba rostro de estúpido. Don Cristóbal rompió por entre dos mozos y fué a ponerse en el medio de la rueda. Los otros esperaban que hablase desde fuera.

El amo miraba en derredor; titubeaba. Todos tenían el alma colgada de sus labios. Dijo al cabo:

—Celesto, atraílla los perros. Joaco, ensilla los caballos. Mingo, mete los gallos en sus capaces. Xuan, saca las vacas a la caleya. Foro, amarra los gochos por parejas...

Los ojos de los que escuchaban se asombraron. Pero nadie osó hablar. Don Cristóbal continuó:

—Antón, a las once que estén los tres carros enganchados y listos. He dicho a las once; de modo que al quebrar la noche podamos estar de camino para Riverulla, en tanto esta maldita casa arde y queda hecha cenizas por siempre jamás, amén.

El trance hubiera sido de extremada solemnidad a no ocurrir que algunos, sintiéndose desazonados por las pulgas, comenzaron a rebullir y rascarse, sin duelo ni disimulo, y uno de ellos fué el propio don Cristóbal.

—¡Repuño!—bramó encolerizado—. No me parió mi madre para aguantar porquerías.

Entonces Anastasia se puso a sollozar con desaliento, como anonadada. Había nacido en la casona. Su universo eran los valles natales, en cuyos linderos comenzaba la región de las sombras, de lo desconocido; pensaba que el umbral del paraíso, término de trabajos y andanzas terrenas, estaba precisamente en el ce-

menterio aldeano, a la vera de la tumba de sus mayores. Arrancarla, en la extremidad de la vida, de aquel atadero último, era lo mismo que condenarla eternamente a peregrinación miserable, el harapo de la carne mortal a cuestras, desterrada por los siglos de los siglos del rincón y reino sosegado del otro mundo, igual que el Judío Errante, de quien siempre había oído hablar con espanto.

Viendo el niño la tribulación de la vieja chacha, y presintiendo algún grave y vago infortunio, fué a refugiarse entre sus vueludas faldas y se le abrazó a las piernas, hipando y llanteando.

Las mozas, a su vez, comenzaron a lamentar clamorosamente; luego les acompañaron algunos mozos, de pecho pusilánime. No se dolían de abandonar afectos y parentela, sino que les amedrentaba la aventura, como una transmigración a otro planeta, probablemente hostil y lóbrego.

Entre todos levantaban espantable vocerío y duelo. Don Cristóbal hubo menester de su acento catastrófico para imponerse.

—¡Dios de Dios!... ¡Silencio! No sabía yo que era abadesa de un convento de monjas y no amo de mi casa... El que quiera llorar, que salga en seguida de la mía y váyase a la suya. Y si todos se van, mejor. Me basto yo solo para acarrear hasta el fin del mundo mis

bienes, gobernar mis coches y conducir mis bestias. Libres son de venir los que lo apetezcan; quédense los poltrones. El administrador les pagará la soldada debida. Entre tanto, quienes me acompañen beban tanta sidra como les lleve el odre del vientre, que al fin y al cabo el fuego dará cuenta muy pronto de las bodegas. Anastasia y Eutiquio, seguidme arriba.

Salió del corro de criados, y, volviéndose desde la puerta, seguro de que todos irían con él, dijo por última vez:

—Ya sabéis: a las once, todo listo. Pepón os dará instrucciones.

A solas los criados, constituyéndose en asamblea, deliberaron. Por discurrir con mayor seguridad y cautela, trajeron sidra abundante, de la cual bebían frecuentemente. Pepón, ayudado del atraillador de los canes y del cochero, que, como él, había servido al rey y recorrido muchas tierras, hicieron cuenta pintoresca de lo bueno y provechoso que es andar mundo, ver países y conocer caras nuevas. Pepón, además, había estado con el señor en Riverulla. El palacio era más grande y más majo que la casona de Llaviedo; tenía jardines *muy guapos* en torno de él, con muchos rosales y matas de flor menuda y azul, *que le dicen lotropos*, y que huele a bendición, hasta mariar; y, sobre todo, a dos pasos del jardín está la cosa mejor que hay en el mundo, una

cosa que *plasma*. El mar. ¿Sabían ellos lo que era el mar? Añádase la caza de *jabalinos*, que entre los maizales corren en manadas; arruinándolo todo. Esto de los jabalíes no les hizo mucha gracia a las mozas. Pero allí estaba Pepón para convencerlas de que eran inofensivos, y sus jamones mejores que los del *gocho* común. En suma: que Pepón y los otros dos se dieron tan buen arte dialéctico, que, a la vuelta de dos discursos, lo que era antes incertidumbre y desconsuelo se trocó en resolución y entusiasmo. Las mozas, por su parte, encontraban muy de su gusto continuar gozando las buenas gracias de don Cristóbal, el cual, como la muerte, era tan equitativo, que lo mismo llegaba hasta algún lecho revestido de damasco que descendía al camastro de las pobres.

Falo (y perdone el lector la palabra, pero éste es el diminutivo asturiano de Rafael) indicó que sería oportuno comunicar la nueva a las gentes del lugar. Salieron unos emisarios, y, antes de una hora, las aldeas circunvecinas andaban en movimiento, santiguándose, camino de la casona.

Entre tanto, en la sala familiar, don Cristóbal hacía esfuerzos por llevar al corazón de Anastasia algún confortamiento; empeño difícil, porque la vieja, lo mismo que los gatos, aun sintiendo apego a sus señores tradiciona-



les, era mayor el que la unia al cobijo casero de toda su vida. Mimos, halagos y aquello de pasar la mano por la cabeza a la anciana, promesas, enojos, severidad: todo lo ensayó don Cristóbal; pero la vieja permanecía muda, abismada, inconsolable.

—Vamos, Eutiquio, ayúdame a consolarla—dijo el caballero, volviéndose del lado del cura, y vió que tenía la cabeza caída sobre el pecho y que unas lágrimas furtivas le humedecían el rostro—. ¿También tú?

El cura no atinaba a hablar.

—Calcule... que... yo... me quedo solo. *46 el*

Don Cristóbal rompió a reír.

—Pues tienes razón. Pero si te quedas solo es porque te da la gana.

—Eso... ¿Y mi parroquia?

—Te hago capellán mío.

—Eso... ¿Y el obispo?

—¿Quién? ¿Fray Celedonio? Buen zote: no hará en este caso sino lo que yo le diga. ¿Callas? Eso... ¿Y el ama?

—¿El ama?—riéndose se sorbía el llanto—. Yo no tengo sino amo.

—Que soy yo. ¿Eh? Adulador... ¡Clérigo al fin!

—¡Dios! ¡Hágase su voluntad!—Y después de una pausa:—Tentado estoy de hacer una zapateta en el aire.

El niño, tumbado en un diván de raso verde

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

y caoba, en forma de barco, soñolozaba entre sueños.

Desde las once de la noche, como estaba dispuesto, comenzó el azacaneo en la casona de Llaviedo.

Era una noche de agosto, serena y tibia. Don Cristóbal, como el general de un ejército, mandaba y distribuía el orden de las <sup>señal</sup>huestes, conforme a un plan. <sup>pendol</sup>

En el frontal del edificio hacía una espaciosa corralada, a manera de patio de armas, adonde fueron saliendo la piara de cerdos, el rebaño de vacas, la jauría, los caballos y la servidumbre.

Lo primero, el señor lo distribuyó en secciones, de suerte que cada grupo estuviera en su sitio, aisladamente.

La corralada tenía alta cerca, guarnecida en lo alto del muro con cascotes de vidrio, y un arco de medio punto con fornidas puertas de castaño y herrajes, por donde se salía a una calleja, orillada de zarzamoras, madreselvas y uno que otro sauce.

—Tú, Celesto, que eres ágil y fuerte, monta en el *Patón*, y tú, Félix, en el *Lucero*. Romperéis la marcha. Salid a la cabeza.

Los criados obedecieron. *Patón*, sintiendo el jinete en sus lomos, hizo cabriolas, relinchando, a impulso de su discolia condición.

## RAMON PEREZ DE AYALA

Mas Celesto, de musculatura férrea, le oprimió las costillas y se mantuvo inmóvil.

—¡Bien!—exclamó don Cristóbal.

Salieron de la corralada. A la zaga de ellos, y pastoreado por Xuan y Leuterio, comenzó a desfilar el rebaño de vacas; berrendas, corpulentas, pausadas, de exigua cornamenta y amplia ubre las más, traídas de la propia Suiza a Cantabria por el amo; vivas, menudas, rojas, de cuernos en hechura de lira y ubre breve, pero jugosa, las otras, nacidas en el país. Los recentales retozaban y mugían rudimentariamente, topando a veces en el flanco de la madre, y sus grandes pupilas, orbiculares y cristalinas, se llenaban de clara luz de luna. La manada iba envuelta en un vaho caliente, de gravedad y sonoridad rústicas. Fueron detrás los cerdos, estúpidos y recelosos, mostrando su contrariedad en gruñidos entrecortados y alaridos inoportunos. Luego los canes atraillados. Detrás los tres carros: uno para el bagaje y *capaces*, o jaulas de los gallos de pelea; el segundo para las mozas de la servidumbre; el tercero para Ignacín, Anastasia y el cura, si quisiera reposarse.

Formóse el orden en la calleja. La noche andaba por filo. Don Cristóbal, caballero en el *Gazul* y la carabina a la bandolera, recorría al trote las huestes, por ver si estaba todo

ya en su punto. Los aldeanos se mezclaban con los emigrantes, a despedirlos; eran padres, hermanos, amantes, amigos. Algunos no-  
raban sin rebozo.

Don Eutiquio detuvo un instante el caballo del señor.

—¿Y si nos quedáramos? Falta poco para concluir el verano. Las puigas... acabaránse—murmuró, en voz trémula y susurrante, por temor de que los demás le oyesen y con esto enojar al caballero.

En aquel punto un afilado alarido atravesó la noche. Era Ignacín, el unigénito. Oíanse, acompañando la voz infantil, quejumbres seniles de Anastasia. Hombres y bestias guardaron silencio, transidos de zozobra. Y en aquel intervalo mudo, sonaba, diáfana y melosamente, el canto de los sapos, profusos entre las soledades agrestes.

Don Cristóbal acudió al galope hasta el carro en donde se guardaba su hijo. Asomó el busto por la toldilla.

—Dios nos ampare, señor. ¿Qué hacemos? Un *accidente* (1). ¡Ay, mío rapacín del alma! Son avisos del cielo—dijo Anastasia.

Al mismo tiempo, el cura, que había venido también, bisbiseaba:

—¿Y si nos quedáramos?

---

(1) . Ataque de nervios.

Don Cristóbal callaba, iracundo. Sentía deseos de hacer trizas entre sus puños aquel engendro suyo, débil y lastimoso.

—¡Que yo no te oiga, cura! ¡Que no te oiga, Anastasia! ¡Que no os oiga!—masculló, sacudido por funesto impulso.

El niño se recobraba poco a poco, volvía a los sentidos. Su agitación se remansaba en un silanto silencioso. Una dulce ternura invadió al caballero.

—¿Qué le ocurre ahora?—interrogó.

—Llora, llora como un angelín—respondió la vieja.

—Dámelo acá.

—Señor...

—Dámelo acá, he dicho.

Don Cristóbal dejó las riendas abandonadas sobre el cuello de *Gazul* y tomó a su hijo en brazos. Le besaba y decía frases de requiebro:

—¡Ignacio, bobón, más que bobón, cobarrote!... ¿No sabes que tu padre te quiere? ¿Tienes miedo estando con tu padre?

El niño se adhería al pecho del caballero y parecía recibir transfundido el esfuerzo de su genitor.

—¡Ajajá! Así. ¿Qué te parece?—Lo colocó a rebalgas, delante del arzón delantero, y pasando sus brazos por los sobacos de Ignacio,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

empuñó de nuevo las riendas.—¿Quieres que corramos?

—Sí, sí—repuso el niño; pero su cuerpo temblaba.

—Luego; ahora dormirás un rato, sin miedo. Yo voy al lado tuyo, junto al carro.

El vozarrón del de Peñamellera llegó desde la corralada:

—¡Son las doce menos cuarto!!!...

El niño elevó la cabeza, derribándola hacia atrás, de suerte que la frente rasaba con la barba de don Cristóbal, y dijo muy suavemente:

—¿Es verdad que haces arder la casa? ¿Y los retratos de mamá?

—Miren el mocoso...

Las entrañas del caballero se henchían de orgullo. Inclínose y besó la frente del hijo.

—Descuida, hijo mío, que todo lo importante va con nosotros.

—¿Y las tórtolas?

—Pues es verdad. ¡Pepón!—rugió—. ¡Traigan las jaulas de las tórtolaaas!... Ahora acuéstate en el carro y duerme. Ordenaré que vayan las tórtolas contigo.

—¿Y las palomas? ¿Se van a quemar?

—Tontas serían. Cuando les llegue el fuego cerca, ya volarán—y con paternal medida colocó al hijo dentro del carro.

Retirábase, cuando un golpe de aldeanos

hizo cerco a su caballo. Con circunloquios humildes preguntaban qué iba a ser de los conejos y aves de corral que permaneciesen en el caserón incendiado. ¿Y las otras cosas de señorío que habían de ser alimento de las llamas: ropas, muebles, comida y bebida? ¿Por qué no hacía el señorín de Dios caridad a los pobres, consintiéndoles tomar aquello que pudieran?

—¡Pues que lo tomen!—cortó malhumorado, rompiendo con el mendicante corro a pechugones de *Gazul*—. Vuestra es la casa hasta las doce. Haced botín y estrago si os parece. Pero no se os olvide que a las doce en punto ha de arder, y el que se descuide, perecerá.

Con esto, los labriegos fueron a desparrarmarse, jubilosos y concupiscentes, por el interior de la casona.

Don Cristóbal revisó sus gentes por última vez. La noche era translúcida, clara, parpadeante. Algún gallo emitía su quiquiriquí, a la sordina, desde su capaz.

Retumbó de nuevo la voz de Pepón:

—¡Media nocheeee... mi amo!

—Pues fuego en ella, y ¡bendito sea Dios!

Hubo una pausa de infinita angustia, como si el mismo cielo participase de la emoción del acto. Temblaban las constelaciones a un lado y otro del polvoroso camino de Santiago, como luces de aldea en las lindes de las vere-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

das blancas; temblaban misteriosamente los seres de naturaleza y temblaban los hombres, con rumbo al mañana ignorado. Pero estaban claros, fríos y serenos la luna, la voz de los sapos y el corazón del caballero, el cual conminó a los suyos:

—¡En marcha!

Y la nómada pandilla comenzó a moverse. Oíase, en la cabeza, a *Patón*, bronco y rebelde, relinchando, y a Celesto saciando en él su cólera:

—¡Mal rayo te parta, cabrón!

El de Peñamellera llegó a poco y cabalgó un caballo que le estaba apercebido. Después galopando, alcanzó la vanguardia. Conocía la comarca, y don Cristóbal le había encomendado guiar la caravana por la ruta más fácil. Don Eutiquio, jinete sobre otro caballo, de mansas inclinaciones, marchaba al lado del señor. Después de una hora de camino, pidió consentimiento para retirarse al carro en donde iban Ignacio y Anastasia, no sin antes preguntar:

—¿Me quiere decir, don Cristóbal, qué eran aquellas Sodomas de que hablaba usted esta tarde con Pepón?

—Latas de petróleo, *(Pepón)*

—Ahora lo comprendo.

Acompañóle el amo hasta el vehículo.

—¡Anastasia!

## RAMON PEREZ DE AYALA

—Mande, señor.

—Veo que no duermes.

—¡Quién durmiera, señor!

—¿Ignacio?

—Como un santín.

—Ahí entra el señor cura. Confío en vuestra formalidad.

Y partió hacia las avanzadas.

Al cuarto de hora de camino tropezaron con un bosque de robles, que evitaron, bordeándolo, de manera que perdieron de vista la casona, la cual, aparentemente, no ardía aún. De la densidad lóbrega del bosque emanaba un olor húmedo y acre. Entre los matorrales al pie de los troncos, brillaban las luciérnagas.

Atravesaron la aldea de Pumariegos, en donde el caserío se amontona en la falda de un monte. Dormía la aldea, a la sazón, en un reposo de eternidad. Habló el caballero:

—¡Qué armonioso silencio! Hace pensar en la ligereza y estupidez de la vida.

Los gozques labriegos, bajo los hórreos, comenzaron a ladrar desesperadamente; pero callaron a seguida que la jauría de don Cristóbal contestó unánime y agresiva. Abriéronse algunos ventanucos y se cerraron de golpe, no sin que voces asustadas murmurasen: “¡Joasús! ¡La santa compañía!”

A la espalda de Pumariegos se inicia el

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

arranque de un serrijón, que llaman Puerto de Dueñas.

—Hasta que lleguemos a la cumbre de las Dueñas—advirtió Peñamellera—, a eso de la matinada, no' vemos la casona, porque los montes tápanla. Allí descansaremos, paezme a mí.

Xuan, el de las vacas, cantó:

¡Válgame el señor San Pedro  
y la Virgen Soberana!

—¡Ijujú!—clamorearon, así que hubo concluido, todos los mozos nómadas. Luego, desde su puesto cada cual, compusieron un coro:

La portillera, María;  
si vas al prado,  
cierra bien la portillera.  
Torito bravo  
quiere entrarse en tu pradera.

—¿Oyes, oyes, Pepón? Y no querían venir. Los ojos del caballero resplandecían acuosamente, a la luz de la luna. Volvió la cabeza.

—Parece que es madrugada.

—No, que es el incendio, que sube por detrás de los montes.

El terreno estaba frondoso de pinos, y la noche fragante. Levantóse una ventolina, tímida e impalpable, que hacía estremecerse a los árboles.

—Parece que nos llaman desde la sombra.

—Son buhos y lechuzas. Mire pallá.

Eran dos puntos de estática fosforescencia. Don Cristóbal requirió la carabina; disparó. Se apagaron los encendidos puntos y una sombra pasó rozándole el rostro. Caballos, vacas, cerdos y perros expresaron su sobresalto, cada cual a su modo.

La aurora alentaba ya, apenas sensible, por detrás de las cimas del puerto. Las estrellas se amortiguaban, alejándose.

—¿Estamos cerca de la cumbre?

—Media hora, don Cristóbal.

A la media hora de jornada ganaban una meseta que se hace en el lomo del serrijón. Don Cristóbal, en pie sobre los estribos, miró hacia su casa solariega. Ardía plenamente, entre el verdor sereno de los valles. Por el aire llegaban ráfagas de resinas tostadas. *Gazul*, engrifando el cuello nervioso, dilataba las ventanillas del hocico y piafaba. Sobre la frente del caballero había un reflejo de luz roja.

En un pradal, circuido de setos, hizo don Cristóbal que se distribuyese la caravana. Pepón y Celesto acomodaron, con palitroques y lona, una tienda, en donde el señor había de descansar.

Ignacio, Anastasia, el cura y las mozas no daban señales de vida. Mas los gallos, belicosos, saludaban el día desde sus prisiones.

—Traed el gallo colorado vivo y el giro patinegro.

Don Cristóbal había descendido del caballo. En viendo las dos jaulas, añadió:

—Vamos a verlos pelear.

Los criados hicieron rueda. Salieron los dos gallos; uno, el colorado, se llamaba *Jaquē*; *Córdoba*, el otro. Miráronse de soslayo; picotearon el suelo con afectado descuido, como si no se hubieran visto; cacarearon sordamente, avanzaron al sesgo, y, cuando estuvieron a distancia conveniente, partieron a un tiempo, revolando, a chocar de pecho, con el pico entreabierto y los espolones adelantados.

Amo y servidores permanecían embebecidos en la lucha, ajenos al gorjeo matinal de las aves de cumbre y al gemido persistente de las tórtolas.

La claridad crecía, moviendo rumores.

El *Córdoba* apuñaló muy presto a su adversario. “¡Quiquiriquí!”, cantó, empinándose sobre el adversario muerto.

Una gran palpitación de alas hizo levantar la cabeza a don Cristóbal y los suyos. Eran

las palomas de Llaviedo, blancas todas

y en bandada, que fueron a po-

sarse sobre el carro en

donde dormía Ig-<sup>top</sup>

nacio.

1910.





ON CRISTOBAL Y SU PADRE  
E HIJO  
—  
*Tragicomedia.*  
leal servidor Pepón de Peñamellera estaban sentados par a par en el jardín de la casona: un jardín masculino, en el imperio de su fuerza espontánea, sin veredas ni senderos de arena

ebúrnea, ni bojes geométricos, praderas rapadas, afectados macizos de flores, artificiosa garrulería de fuentes, ni nada, en suma, de cuanto la feminidad versallesca o el puritanismo inglés han pretendido imponer a la Naturaleza por que se domestique, se socialice y adquiera buenas maneras. No era el jardín sin fruto, monstruoso como mujer estéril. Había manzanos enfrutecidos, castaños, hierba tupida e impetuosa por dondequiera, y, junto a los galantes rosales, flores y plantas rústicas de activa virtud saludable: manzanilla, ruda, borraja, luisa, menta. Un grupo de cipreses, con su mole negruzca, perfilada por una línea ojival casi estática, proporcionaba, por contraste, al jardín cierto valor expresivo y pensativo. A través de la ramazón, poblada de trémula fronda, se columbraba, a retazos, uno de los muros de la vivienda, conocida en la comarca como la casona de Balmaseda. Un rosal trepador tapizaba el muro.



—Balmaseda, Balmaseda...—murmuró don Cristóbal, como si diluyese el vocablo en el paladar—. ¡Balmaseda! Pepón: di en voz alta Balmaseda, y repítelo, sin pensar en lo que significa, sin pensar en nada; repítelo muchas veces.

Pepón, el viejo criado, antiguo cazador de osos, y, como un oso en persona, gigantesco, pausado, velludo y bonancible, obedeciendo a su señor, se aplicó a decir en voz alta, una y otra vez, sin aparente propósito de terminar nunca, la palabra Balmaseda.

—Basta, hombre; basta—gritó don Cristóbal—. ¿En qué pensabas?

—En nada; como el señor me ordenó...

—Bueno, pero sin pensar en nada; esto es, pretendiendo no pensar en nada, ¿no se te viene a la mollera alguna idea o alguna otra palabra a pesar tuyo?

—Tal como el amo lo dice. Tanti cuanti que pronunciaba Balmaseda, Balmaseda, pusose-me *aquí* y aluego andaba ello dale que le darás por montarse a rebalgar en sobre la lengua otro nombre: Balsaín. El demontre sabe por qué.

El *aquí* de Pepón era entre ceja y ceja, o sea el punto de donde la nariz arrancaba, desplomándose desde una nutrida banda de braveza capilar, porque las cejas de Pepón se fundían la una en la otra, como dos regueros

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

de tinta. A tiempo que hablaba, sus ojos se distraían maquinalmente, repasando la múltiple fructificación de un manzano vecino: un pomar de Balsaín, con pomas de piel opaca y morena, como la corteza del pan aldeano y la encarnadura de las mujeres de la comarca.

—Sí, Pepón; Balsaín es la otra palabra que también a mí, repitiendo Balmaseda, se me vino a las mientes sin pensarlo. ¿Sabes por qué? Porque así como no hay sobre la tierra nada más dulce ni más bueno que las manzanas de Balsaín, como no sea la sidra que con ellas se hace, esta casona de Balmaseda, en donde nací y en donde he de estirar la pata; en donde tú naciste y en donde, por tu parte, en llegándote la hora has de estirar las cuatro patas, dígotte, amado Pepón de Peñamellera, que esta casona tan abierta y tan... amiga (¿no está bien dicho así?), nos hace sentir un gusto dulce, como de manzanas de Balsaín, cuando pronunciamos su nombre. ¿Entiéndesme? ¡Balmaseda, Balmaseda!... Mientras yo te tenga y tú me tengas, ¿qué importa que el lobezno de mi hijo y toda la ralea de los de su casta, que no es la mía, excelente Pepón, me tengan atado por obra de una ley inicua, sin poder disponer de lo mío, como loco o niño, y no soy lo uno ni lo otro? ¿Qué importa, en último término, querido Pepón de Peñamellera?

Don Cristóbal hablaba y mordisqueaba a la vez un cigarro negruzco y recio, de manera que su voz parecía un mugido latente.

—Sí, mi amo. ¡Lobezno, lobezno!... ¡Mal rayo!

Y por la pelambre aborascada de aquel oso despeluznado corría un escalofrío de cólera y de ternura.

DON Cristóbal había sido declarado pródigo e incapaz. Estaba separado de la administración de sus bienes y atenido tan sólo al magro estipendio o pensión que tenía a bien pasarle el consejo de familia, compuesto exclusivamente por parientes de su difunta mujer. Don Cristóbal era del más añejo abolengo; los manantiales de su hidalguía brotaban nada menos que entre el oscuro bosque genealógico de la nobleza goda. Dícese del estado llano de las Asturias que descende del último botón de la bragueta de Pelayo; a lo cual don Cristóbal solía decir que “él venía por línea directa del primero de los botones de aquella épica bragueta”. No usaba ningún título nobiliario, si bien en sus ejecutorias se le acreditaba el derecho de ostentar su buena docena, entre ducados, marquesados, condados y hasta una

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

canonjia honoraria. Acostumbraba desdeñar tales zarandajas, vociferando, según se daba de puñadas en el titánico pecho:

—No hay grandeza comparable a la grandeza de mi propio nombre, mondo y lirondo, rapado de todo lo que no es mío, sino podre y reliquia de los muertos. Cristóbal y con el don por delante, eso, sí. Juro que el padre que me engendró y la madre que me parió atinaron llamándome Cristóbal.

Aludía al desaforado tamaño del santo de su nombre, según lo representan en leyenda y efigies.

Don Cristóbal era enorme: enorme en todo. Enorme, su valor; su osadía, enorme; enorme, su bondad; su amor y odio, enormes; enorme su risa, y no menor su acento; su prodigalidad, enorme también. Amaba el campo y la vida de señor feudal. Allá desde su mocedad, villas y ciudades, cuando por acaso acudía a visitar algún deudo de su alcurnia, le producían tedio, y muy pronto le hacían estallar en cólera. Pero en una ocasión, de paso por Pílares, la capital, hubo de enamorarse de la hija de un magistrado, con la cual casó a poco. Celia, que así se llamaba la esposa de don Cristóbal, era tan tenue y remilgada en todo como su marido era desmesurado e impulsivo. La mujer fué al matrimonio inducida por la

vanidad y obligada de la necesidad: sin amor. Don Cristóbal era un buen partido, y en la familia de Celia se mantenía el decoro social, inherente a la magistratura del jefe, gracias a privaciones domésticas y a bochornosas trampas. Cuando el aristócrata aldeano la solicitó por mujer, Celia estaba encaprichada y se entendía con un petimetre de Pilares, gran bailarín, derrochador de chistes y gracias, y muy admirado por su libertinaje. Celia reputaba a don Cristóbal por un bárbaro; su belleza atlética y rubia, de raza dominadora, le parecía traza soez y repulsiva. Los padres y toda la parentela obligaron a Celia a casarse, y, en casándose, cayeron parasitariamente sobre don Cristóbal, disputándose el zumo succulento de sus pingües rentas, de las cuales el hidalgo no se curaba gran cosa. Celia traicionó la fe jurada a su marido. Como era taimada y simuladora, y el marido leal y confiado, pasaron los años sin que don Cristóbal sospechase haber sido engañado. Celia había muerto de sobreparto, a los dos años de la boda. La criatura resultó un ser harto enclenque e inepto para la vida; logróse porque la Providencia, viniendo en socorro del atribulado hidalgo, le deparó una nodriza de extraordinario vigor lácteo, una especie de cabra Amalthea o loba latina digna de haber amamantado dioses y semidioses. Muerta Celia, los consan-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

guíneos de la finada se precipitaron como epidemia sobre el viudo, y, a pretexto de proporcionarle consuelos y mitigaciones, que él no necesitaba ni pedía, se instalaron a vivir a su costa, holgadamente, y le acosaron de tal suerte que a la postre hubo de arrojarlos casi a puntapiés de sus dominios y dar por rotos aquellos lazos de parentesco político que así le embarazaban los movimientos y le oprimían las costillas.

El vástago, Ignacio de nombre, iba creciendo y entrándose por la vida con pie temeroso, vacilante: el espíritu, más vacilante y temeroso aún. Era una criatura delicada, enfermiza. Desde los primeros claros de la vida consciente, su cráneo comenzó a poblarse de sombras supersticiosas, de terrores, de caprichos frenéticos y de malignidades. Lo más conspicuo de su temperamento era la vanidad, característicamente mujeril y, además, cruel. Complaciase en someter a los criados a servidumbres aflictivas, y si por acaso no se le doblegaban a su antojo, le arrebataba un ataque de iracundia, seguido de accidentes, que solían poner en riesgo su vida. Don Cristóbal rezongaba de continuo: "No parece hijo mío", sin pensar que no lo fuese, y atribuyendo la desemejanza a alguna ley misteriosa de la Naturaleza: algún salto atrás.



Entre tanto, los parientes de Celia alimentaban vindicativo rencor contra don Cristóbal, y acechaban la ocasión de las represalias. En toda la comarca era tema de la crónica pintoresca el rumbo y desenfado con que don Cristóbal daba aire al dinero. Contábanse sus extravagancias e hiperbólicos despilfarros, y era opinión comúnmente aceptada que no tardaría en arruinarse. De aquí nació entre los parientes la idea de declararlo pródigo, idea de éxito muy inseguro, porque don Cristóbal era primo hermano del cacique de la provincia, de cuyos dedos pendía, como tinglado de fantoches, la organización burocrática y la administración de justicia. Pero la enemiga de los parientes estaba tan enconada que no cesaron en su propósito, sino que, a cencerros tapados, maquinaron un plan, y todo se les iba en cabildeos e intrigas, a tal punto, que a oídos del hidalgo llegó noticia de la conspiración. Entonces don Cristóbal, que gustaba de urdir colosales facécias y bromazos, fingió solicitar la paz, y escribió a todos los parientes de su mujer, invitándoles a la casona de Llaviedo, residencia a la sazón del hidalgo, en donde se había de celebrar un convite de reconciliación. Todos acudieron muy alampados, imaginando que se les abría un nuevo ciclo parasitario. Los manjares de honor en el



banquete fueron una *callada*; esto es, un guiso de entrañas de res, y luego una novilla, que no había sido madre aún, la cual fué asada entera, y se sirvió de una pieza, en el centro de los convidados, como en los festines homéricos. Don Cristóbal hizo el elogio de los manjares con voz tonitronante y adecuada elocuencia, si bien luego se abstuvo de participar de ellos, excusándose por mor del estómago, que en aquellos días no andaba muy bien, y en atención a lo muy especiado del condimento de los callos, que picaba que rabiaba. Semejantes callos, dicha sea la verdad, no eran tales entrañas, sino unos *zajones* viejos de cuero que Pepón de Peñamellera, por orden del señor, había desmenuzado en pequeños trozos y puesto a remojar, con sinapismos de la botica, hasta que esponjaron convenientemente.

El banquete no había terminado, cuando ya la turba de los parientes sospecharon que habían sido víctimas de una burla formidable y despiadada, y, a juzgar por la expresión de espanto que les asomó al rostro, en un principio creyéronse envenenados. En concluyendo de engullir la novilla, don Cristóbal, que se arrebujaba en haldudo capote de monte, sacó de entre los pliegues de la vestidura, y los arrojó sobre la mesa, los cuatro cascós, el rabo y la melancólica cabeza de un borrico. Bramó, sin dejar de reír a carcajadas:

—He ahí las extremidades de la ternera que habéis devorado tan golosamente, antropófagos. Habéis engullido a un semejante.

Y en esto, la jauría de don Cristóbal, compuesta de cuarenta perros de caza (alanos, lebreles, bracos, perdigueros y pachones), precipitóse en el salón del banquete, acaudillada por Pepón, que azuzaba a los canes, instigándolos a acometer a los comensales. No había peligro que los perros mordieran; pero el clamor que levantaban con sus ladridos era capaz de meter espanto en el pecho más valeroso. Los comensales se arrancaron a huir, medio enloquecidos de terror. El susto hizoles caer enfermos a muchos de ellos, y a los demás, las no muy buenas cualidades digestivas de la callada y la ternera. Durante mucho tiempo la turba de los parientes creyó sentir en el amostazado estómago la pesadumbre del cuero picante y de la carne borriquil, y en los oídos el rabioso ladrar de los perros, mezclado con las carcajadas estentóreas del hidalgo. Con esto don Cristóbal pensó haberlos escarmentado cabalmente, y, sin cuidarse más de ellos, continuó en sus feudos cazando todo linaje de alimañas y engendrando innumerables bastardos.

(En toda la provincia eran renombrados y envidiados, por lo multitudinoso y clandestini-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

no de la prole, junto con don Cristóbal, otro hidalgo, de gótica oriundez: don Rodrigo Castañeda, del valle de Congosto, y don Olegario Pandoro, alias *el Padre Eterno*, cura párroco en la villa de Reicastro. Pero don Cristóbal sacaba ventaja a los otros dos patriarcas en impetu y eficacia genesíacos.) (1).

LA noticia cundió al instante por toda la comarca. Don Cristóbal—que así, a secas, se le nombraba en veinte leguas a la redonda—había puesto fuego a la casona de Llaviedo, reduciendo a cenizas riquezas sin cuento. La cosa había acontecido una noche e inesperadamente. Don Cristóbal había dado orden a los criados de sacar al campo vacas, caballos, cerdos y perros de caza, amén de los gallos de pelea: éstos en sus jaulas o capaces; había rociado de petróleo y puesto fuego al palacio, tres veces centenario, y había emprendido, con la caravana de sus siervos y sus ganados, un éxodo desde Llaviedo a Balmaseda, otro caserón solariego de sus antepasados. ¿Por qué había anulado don Cristóbal, en un mo-

---

(1) Véase *El ombligo del mundo*, novelas de R. Pérez de Ayala.

mento, tanta riqueza venerable? A eso el hidalgo respondía:

—Por matar las pulgas: era el único medio. En la casona de Llaviedo había tal plaga de pulgas, que no se podía vivir; no encontré otro expediente para terminar con ellas.

La turba de los parientes dió por bien abrazado el palacio de Llaviedo. Reunidos en consejo de familia, con todas las de la ley, don Cristóbal fué declarado pródigo e incapaz de administrar sus bienes. El hidalgo rugió, despotricó y quiso deshacer entre las manos a sus enemigos; pero, mitigando el primer ímpetu de la cólera, hubo de resignarse y recluirse en el caserón de Balmaseda, con Pepón, los perros y los gallos de pelea. Su esperanza era Ignacio, el único hijo legítimo. Confiaba que, en llegando a la mayor edad, el hijo había de deshacer lo hecho por el consejo de familia y restituir al padre la libre disposición de los bienes. Pero, a medida que el niño se hacía hombre, las ilusiones del padre se iban derri-  
tiendo, evaporando.

EL día que Ignacio entró en la mayor edad, su padre tuvo con él una conferencia. Era, el hijo, más bien bajo que alto, de fofa gordura,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

semejante al eunuco; los ojos, ridiculamente insolentes, como los de las gallináceas; la piel de las mejillas, de un rojo subido, casi azulenco, indicio patológico. Usaba bigotejo y una mosca irrisoria debajo del labio inferior. Pretendía producirse con altivez, a pesar de serle refractaria la menguada estatura y obesa estructura; el hablar, afectado y redicho, hasta un extremo cómico. Las cualidades dominantes de su carácter eran la avaricia y la vanidad. Además, alardeaba de muy religioso, mogigato ya. Comulgaba casi a diario; se acompañaba de sacerdotes falderos e intriganes, y premeditaba casarse con una infeliz doncella, raquítica y deforme, hija de un prestamista multimillonario.

Don Cristóbal, por este tiempo, a consecuencia de la añosa e inveterada indulgencia en todo linaje de sensualidad, señaladamente ahora en los placeres de la mesa, estaba gordinflón y apoplético: la hinchada cabeza de color berenjena, nuncio de una congestión cerebral más que verosímil.

Delante del hijo, don Cristóbal tembló aquel día de la mayoría de edad; apenas atinaba a casar las palabras. Terminada la conferencia, don Cristóbal descendió al jardín, en donde le aguardaba Pepón de Peñamellera; su rostro estaba amoratado, y sus dedos, agarrotados.

—¿Querrás creerlo, Pepón?—sollozó, a lo

sordo, con agua en los ojos, aquel Rey Lear astur—. No solamente no me devuelve lo mío, sino que dice que el consejo me pasaba excesiva mesada, y que hay que mermarla no sé en cuánto. Dice que mis perros son un lujo inútil, y que he de separarme de ellos en seguida, so pena que él los haga morir de hambre o los eche al campo. ¿Lo has oído, Pepón; excelente Pepón? ¿Qué dices? ¿No es hijo de una loba? ¿No es hijo de una loba y de un guarro? ¿Hijo mío? No, no, no. ¡Puaf! ¿Tú creías, acaso, excelente Pepón, que ese lobezno era mi hijo?

Don Cristóbal profería estas exclamaciones retóricas sin prestarles un sentido literal y por desfogar el dolor; pero el de Peñamellera, que no entendía de matices ni de retóricas, lo tomó tal como le sonaba, y con rostro realmente compungido, respondió:

—Yo harto sabía, y harto tiempo ha, y no hay quien no lo sepa, que Ignacio no era hijo del señor; pero yo créime que el señor estaba inocente.

Don Cristóbal livideció. De sus labios no brotó una sola palabra. Así se mantuvo, en absoluto silencio, muchos días. Luego, habló secretamente con Pepón. Luego, maduró su venganza.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

**D**URANTE los años que don Cristóbal estuvo incapacitado, su fortuna se reconstituyó y multiplicó considerablemente. Al entrar en la mayoría de edad, Ignacio era uno de los mayorazgos más acomodados de la provincia. Aunque avaricioso hasta un término increíble, como no era menor su vanidad de abolengo y nobleza que su avaricia, lo primero que hizo fué remozar la capilla de la casa de Balmaseda, en donde yacían los restos de muchos antepasados nobles de don Cristóbal; entre otros, los de don Nicolás Antonio, primer duque del Imperial Descargo, que en la ría de Villaclara había transportado a hombros al emperador Alfonso desde el galeón a tierra. Ignacio pretendía convertir aquella capilla en mausoleo magnífico. Era su obsesión.

Ignacio parecía sentir hacia su padre ciega hostilidad. No gustando de encontrarse con el viejo, le recluyó en un ala apartada del edificio, en donde pudiera vivir a solas con Pepón. Un día el hijo habló al padre de esta suerte:

—Esos perros vuelven loco a cualquiera con sus ladridos.

—Hambre. Hace tres días que no comen, porque tú no consientes que se les dé de comer.

—Además, el sitio en donde está la perrera



## RAMON PEREZ DE AYALA

se necesita para la capilla, que la voy a prolongar de aquella parte.

—Pues ¿qué quieres que haga con ellos?

—Dejarlos libres, a campo abierto.

—No se irán, que son más leales que las personas. De casta cierta, al fin y al cabo.

—Matarlos.

—Antes me matáis a mí.

—Bueno; lo dicho, dicho.

COMO a cosa de la media noche, infernal estrépito sacudió el caserón de Balmaseda. Era la algarabía frenética de una muchedumbre de perros ladrones, y al propio tiempo un fragor como de truenos, que rodase dentro de la casa. Ignacio requirió la ayuda de algunos criados, y, trémulo de pavor, encaminóse hacia el ala del edificio ocupado por el viejo, porque de allí venían los temerosos ruidos. Y llegaron a una gran sala...

Don Cristóbal y Pepón sustentaban, la mano en alto, sendos candiles de aceite. Cuarenta perros esqueléticos y enfurecidos latían, ladraban, se ensañaban en roer, haciéndolos bailar de un lado a otro sobre los tablones de castaño, fémures, húmeros, vértebras, cráneos,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

omoplatos; un hacinamiento, en suma, de huesos humanos, revestidos a trechos de costra terrosa y de musgo. Los ojos de Ignacio desvariaban. Don Cristóbal aulló, con sarcasmo:

—Ya ves: no tenía qué darles de comer, y hubimos de acudir a los huesos de *tus* antepasados. ¿*Tus* antepasados? No eres hijo mío, botarate. Sangre espuria, corrompida e hipocrita es la tuya; engendro de danzante y ramera. Probártelo he, y te saciarás de oprobio. Mendigando te veré por las encrucijadas; me tenderás la mano, y yo te rechazaré, por ingrato; que aunque hijo no fueras, como hijo te crié y te amé.

Ignacio se arrojó sobre el viejo. Don Cristóbal, de un manotón, le despidió dando vueltas entre los huesos venerables y los canes famélicos; pero en aquel instante cayó él mismo desplomado, espumante la boca y los ojos en blanco, herido por la apoplejía.

Al día siguiente se supo que don Cristóbal había muerto de muerte repentina. Había dejado testamento. En él desheredaba a Ignacio, aportando pruebas de su ilegitimidad, y reconocía como hijos suyos a más de cien bastardos.

1911.





IGA, MADRE, ¿ES ANTICRISTO o Antecristo?

EL ANTI-  
CRISTO

—preguntó Sor Resignación, levantando de pronto los ojos, y con los ojos la cabeza, del bastidor, en donde, con dedos primorosos, bordada en fina

Ejemplo

batista dos iniciales enlazadas, R. T.

La Madre Superiora cerró el libro en que leía, apartó las gafas, con aros de cuerno, de los ojos, hacia la frente, y permaneció unos momentos con la mirada derretida en el espacio. Parecía meditar. Otras cuatro monjitas, que bordaban también, haciendo corro entre todas, interrumpieron la labor. Con pupila curiosa y humilde escudriñaban tan pronto a Sor Resignación como a la Superiora.

—¿Cómo le ha venido a la cabeza, Hermana, la pregunta?

—Yo qué sé, Madre... Se me ocurrió de pronto, porque se me figura haber oído decir unas veces Anticristo y otras Antecristo. Y yo quisiera saber cómo se dice.

Sor Resignación era concisa y vehemente en sus requerimientos. Los ojos, negros, ardientes e imperiosos, exigían, más que los labios, respuesta inmediata a su curiosidad; ojos infantiles, llenos de anhelo, expresión sensi-

ble de un alma sedienta y caprichosa. Era, al propio tiempo, manso su corazón como el de una tórtola. El nombre de profesa, Sor Resignación, de primer intento se dijera que no cuadraba con su carácter; mas precisamente del contraste del nombre y profesión con el temperamento de la monjita se engendraba la simpatía o encanto atrayente que sobre todos ejercía. Bien que apasionada en la expresión espontánea de sus opiniones y deseos, no era difícil hacerle allanarse a la voluntad ajena. Lo único bello en su rostro eran los ojos y los dientes. Los labios carecían de línea y dibujo, eran demasiado homogéneos y algo rugosos; la nariz, pequeñuela y un tanto arremangada; la piel, de un moreno verdoso; la raíz del pelo avanzaba por las sienes largo trecho, hasta cerca de las cejas. Su figura era gentil y de buen aire, a pesar de lo haldudo del hábito, lo desgarrado de la esclavina y lo sórdido de la negra toca escarolada.

—Yo quisiera saber... Yo quisiera saber...— repitió la Superiora, opacamente, como si las palabras de la monjita hubieran producido en ella más bien un eco mecánico que una reflexión intelectual—. He aquí la exclamación de Eva en el Paraíso: yo quisiera saber. La curiosidad es la madre de todos los pecados, porque ella, y sólo ella, concluye con la inocencia.

Sor Resignación miraba de hito en hito a la

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Superiora, aguardando con no disimulada ansiedad el fin de aquellas disquisiciones morales.

Por caso, la Madre concentró la pupila, que andaba diluida por los ámbitos más sombríos de la estancia, y la enfocó hacia el rostro de Sor Resignación. Añadió en tono de reproche:

—Luego..., mira usted de una manera..., Hermana.

Se caló nuevamente las gafas y se aplicó a leer. No cabía duda que eludía la respuesta.

Sor Resignación, aunque de mala gana, continuó bordando. La curiosidad se había contagiado a las otras monjitas. Una de ellas, que devanaba en un argadillo una gran madeja de estambre color rosa, rompió a hablar, afirmando con fingida convicción, por ver si alguna otra le contradecía:

—Yo siempre he oído decir Anticristo.

Se llamaba Sor Clavo, peregrino nombre que aludía, evidentemente, a uno de los tres (o cuatro; grave problema teológico) con que los sayones suspendieron a nuestro Salvador en la cruz. En el momento de hacer los votos y tomar la advocación de Sor Clavo, la Madre Superiora y las otras hermanas habían objetado que el nombre pudiera tomarse a chascota por alguna persona poco cristiana; pero la novicia estaba tan encariñada con él y mos-

traba tan singular y devoto amor por aquel instrumento penetrativo, incisopunzante, que no hubo sino ceder y dejarle salirse con la suya. Entre las personas consagradas a la vida religiosa se encuentran almas de absoluta simplicidad y blandura, inocentes de todo lo que sea sentido o temor del ridículo: el ridículo, ese síntoma de vejez y caducidad del alma. Se las pudiera llamar almas moluscos. Los espíritus superficiales y vanamente positivistas las desprecian o se burlan de ellas. Para un espíritu profundo e inquisitivo, tales almas ofrecen deliciosas primicias en el vasto festín de la realidad; algo así como las ostras frescas y vivas para un gastrónomo. Sor Clavo era menuda y rechoncha. Las manos, bastante crecidas y amorcilladas. Su cara trasparecía venturosa y apacible limitación de inteligencia.

—Pues yo juraría haber oído siempre Antecristo—repuso Sor Tránsito.

La Madre, según estaba con la cabeza inclinada sobre el libro, elevó los párpados, y, entre las gafas y las cejas, enfiló una ojeada a Sor Tránsito, a tiempo que decía:

—No jure, Hermana, no jure.

—Puede que me equivoque, Madre; pero yo juraría...

—No se trata de equivocarse o no equivocarse. Se trata de no jurar en vano.



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Sor Tránsito, que no hacía aún cinco meses estaba de doncella de labor con los marqueses de la Tazana, quedó bastante perpleja, sin enterarse cabalmente de lo que significaba jurar en vano. Se ruborizó. Era cetrina, como Sor Resignación, y nada guapa.

—La Madre Llavera, que es tan leída, podía sacarnos de estas dudas—insinuó Sor Providencia, una monjita con cuerpo de gorrión y avispada, que, como sus compañeras, tenía poco que agradecer a Natura en punto a belleza física. La insinuación se debió a que en aquel punto aparecía en una puerta la Madre Llavera, llamada así porque la mayordomía de la casa corría de su cuenta. Era la segunda en jerarquía, y, en ausencias de la Superiora, asumía sus funciones.

—O si no, el Padre Capellán, don Jeronimito, que debe estar para venir de un momento a otro—dijo Sor Oliveta.

Sor Oliveta era también cetrina. Por rara coincidencia, en la comunidad todas eran cetrinoverdosas y de cuero lustroso, exudante, a excepción de la Llavera, que tenía la piel túrgida y de un blanco-cirio, y Sor Clavo, que entre sus hermanas resplandecía con flamígera rubicundez. Otra particularidad es que todas tenían las cejas espesas y muy lóbregas. Esto les daba cierto aire de familia.

—Sí, sí, lo que es el Padre Capellán...—re-

zongó Sor Resignación, con cierto mohín de desdén. Daba a entender que el capellán era ciego de todas letras, así divinas como humanas.

—Veamos de qué se trata—solicitó la Llavera, acomodándose en el corro de monjas.

Le explicaron el punto de controversia. Entonces la Llavera extrajo de la faltriquera una caja de rapé y con mucha parsimonia tomó un polvo. Sus ojos lagrimeaban. Aborrecía el rapé. Como cosa de siete años llevaba esforzándose en habituarse a él; sin embargo, cada día le ocasionaba mayores torturas. Lo tomaba porque había visto tomarlo a algunas monjas ancianas, a todos los canónigos que ella había conocido y a varios Padres Jesuitas. El rapé se le representaba como un atributo de la gravedad eclesiástica. A su entender, una religiosa anciana que no tomase rapé carecía de autoridad. Autoridad era para ella sinónimo de solemnidad. La Superiora no tomaba rapé. La Llavera disculpaba esta omisión porque la Madre no había llegado aún a los cincuenta. El rapé le servía además para contraer méritos para la otra vida, a modo de penitencia. Cada vez que lo tomaba decía mentalmente: “Dios me lleve en cuenta este polvo por mis muchos pecados.” Y después de los obligatorios estornudos, haciendo un cóm-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

puto imaginario, pensaba: “Este polvo bien me valdrá por un añito de purgatorio.”

—Anticristo o Antecristo...—murmuró la Llavera, con acento doctoral—. Veamos; según mi cortó saber: *anti* quiere decir contrario, enemigo, y *ante* quiere decir anterior en el tiempo. Por lo tanto, Anticristo es el enemigo de Cristo, y Antecristo es el que ha de venir antes de Cristo. Luego, si no estoy equivocada, de las dos maneras se puede decir, si bien yo me atrevo a creer que Anticristo es la más acertada, porque San Juan, el águila divina de Patmos, dice en su libro de la Apocalipsi, o sea, revelación... ¿No es San Juan, Madre Superiora, quien dice...?

—Lo que yo quiero averiguar—habló la Superiora, cejijunta y agriada—es cómo se les ha ocurrido levantar estas cuestiones tan fuera de lugar. Dígame, Sor Resignación.

—¿Tan fuera de lugar?...—interrogó sorprendida Sor Resignación.

—Sí, tan fuera de lugar.

—Como oigo tan a menudo llamar Anticristo a ese señor Toral...

—Que no suene otra vez tal nombre en esta santa casa. Anticristo es ese infame hombre por todas las trazas, y no dudo que la destrucción del mundo y el juicio final están como quien dice sobre nuestras cabezas. Continúe.

—Bien, pues unas veces oigo decir Anticristo y otras Antecristo. Esto es todo, y yo quisiera saber. Esto es todo. Y como quiera que tanto la Madre Llavera, como el Capellán, como vuestra Maternidad, hablan a cada paso del señor..., bien, del Anticristo, y que tanto tiempo como viva ese hombre no habrá paz en la Iglesia de Cristo, ni las personas religiosas podrán estar seguras en España...

—Bien; más humildad, Sor Resignación; y silencio ahora, que no por ser sobrina de quien es tiene voz ni voto en la casa de Dios.

Esta alusión a la familia de Sor Resignación entrañaba nada menos que la historia del convento, si convento se puede llamar aquel piso segundo, en donde se congregaban hasta ocho doncellas, de varia edad, dedicadas, después de místicos desposorios, al servicio del Señor.

El nombre de Sor Resignación, en el siglo, había sido Tiburcia Mercadal. Era hija de labradores, fruto primogénito entre numerosa copia de hermanos; de manera que los padres hubieron de criarlos con harto trabajo y fatiga; y en habiendo crecido, la mayor parte siendo hembras, no hubo en la casa con qué mantener a todos. Por fortuna, un hermano del padre había ido de mozo a la ciudad, en donde la fortuna le había favorecido en medida casi fabulosa; el cual, así que vino en

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

conocimiento de la estrechez del labrador, le escribió pidiendo le enviase uno de los hijos, y que como hijo le consideraría y educaría él. En el campo los varones son brazos de labranza; las hembras, sobre todo cuando no hay esperanza de casarlas, son carga e impedimenta. Así, pues, el labrador envió a la ciudad a la hija mayor, Tiburcia. Tenía a la sazón la muchacha diez y nueve años.

La familia Mercadal de la ciudad se componía del matrimonio y un hijo varón de veintiséis años, como hijo único y rico, educado con corrosiva laxitud; su nombre, como el del padre, Ceferino. La madre, doña Angustias Tarazona de Mercadal, era una dama con ciertas presunciones de linaje, bastante orgullosa, y tan preocupada de mantener su puesto en esta vida como en la otra. Había distribuido su tiempo equitativamente entre la sociedad y la iglesia. Oía misa a diario, cuando no dos en un día; asistía a triduos, novenas y sermones; presidía o formaba parte de asociaciones benéficas; visitaba conventos y casas de religión, y a la vez era parte obligada en todas las comidas, reuniones y bailes aristocráticos, así como en los turnos de moda de los teatros.

Cuando los Mercadal de la ciudad tuvieron noticia de que los Mercadal del campo les endosaban, en lugar de un varón, una hembra, y

que, para colmo, se llamaba Tiburcia, hubieron de apretar el ceño de malísimo humor.

Llegó Tiburcia a la casa de sus acaudalados tios, y tan pronto como la vió doña Angustias, a poco pierde el sentido. ¿Qué iba a hacer ella con semejante criatura, toda rusticidad, que aun para criada de una buena casa era demasiado selvática?

Por entonces, Tiburcia era muy apretada de carnes, casi informe o asexual. Su cuerpo tanto pudiera pasar por el de un mancebo como de una doncella; un cuerpo de esos que el vulgo llama de lagartija, caracterizado por libre elasticidad y natural gentileza de movimientos. Su piel era de un dorado sombrío, translúcido, el mismo color que tiene el buen café. Sus ojos miraban con la impertinencia arisca e inocente de las alimañas del desierto. En conjunto, era un tipo de mujer extraño y sugestivo. Doña Angustias pretendió aliñarla, desbastarla. La vistió a lo señor; pero con los arreos elegantes la muchacha estaba peor. Particularmente, el sombrero no había modo de encajárselo que no figurase aparato de befa y ludibrio. En consecuencia, doña Angustias renunció al sombrero y hubo de optar por la mantilla. Cuando venía alguna visita, doña Angustias obligaba a la chica a que se escondiese. No la sacaba consigo si no era para ir a la iglesia, a manera de sirviente de

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

compañía, y procuraba aficionarla a los ejercicios piadosos e inculcarle la vocación religiosa, que era el único expediente hábil para desembarazarse de ella. A las horas de comer, Tiburcia ocupaba un puesto en la mesa de los señores. No levantaba los ojos del plato. Se sentía humillada cada vez que la tía le adoc-trinaba en las reglas de la buena crianza. Con el rabillo del ojo había descubierto en más de una ocasión al mozo de comedor riéndose de ella. Las horas que tenía libres las consa-graba a la lectura. Devoraba cuantos periódicos y libros hallaba a mano. A hurtadillas entraba en las habitaciones de su primo en busca de algo que leer, y allí hallaba novelas, casi siempre sandias y puercas. Su traza y maneras permanecían, sobre poco más o menos, como cuando había venido de la aldea; pero su espíritu se desarrollaba por vías desusadas y turbulentas.

Lo que más que otra cosa contribuía a hacerle odiosa la vida en casa de sus tíos era el primo Ceferino. Estragado por años prematuros de libertinaje y el comercio habitual con sacerdotisas de Venus, Ceferino se había sentido impelido hacia la muchacha, desde el primer momento, por una pasión empecatada e irresistible. La perseguía sin cesar y con soez violencia. Ella conservaba aún el ideal estético del campesino, que considera sinónimos be-



lleza y robustez, y denomina hermosos los ejemplares más fuertes de cada especie. El desmedrado y decadente Ceferino comenzó inspirándole compasión, más tarde desdén, luego aversión, que con el tiempo se hubo de trocar en repugnancia y hasta en odio. Ceferino, de su parte, había pensado lograr la muchacha por veredas extralegales. Renunció a la postre; pero su ofuscación era tanta, que con tal de hacerla suya se acordó del matrimonio como único medio, y así se lo dijo a la espetada doña Angustias. La madre puso el grito en el cielo, y juró que antes que consintiese semejante boda la verían muerta. Ceferino, que estaba avezado a hacer siempre su santísima voluntad, respondió que con o sin permiso paterno o materno se casaría, porque al fin y al cabo ya sabía andar solo por el mundo y era mayor de edad. A todo esto, imaginando doña Angustias que la determinada resolución de su hijo obedecía a socaliñas de la Tiburcia, no se le había ocurrido preguntar a la muchacha si Ceferino procedía de acuerdo con ella. Cuál no sería su sorpresa cuando un día, como por puro acaso Tiburcia se informase del conflicto, encarándose con doña Angustias, afirmó secamente que nunca, ni arrastrada, la casarían con Ceferino, y que primero quería hacerse monja. La tía que tal oyó...

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Muchas de las visitas de doña Angustias eran gente de iglesia. Entre éstas se particularizaba, por su obstinada asiduidad, una pareja de monjitas mendicantes: Sor Juana y Sor Circuncisión, pertenecientes a un convento de religiosas Teresianas. La imaginación es a la manera de un estimulante anárquico para el espíritu. La ambición absurda es concebida con espasmos imaginativos. De aquí que la imaginación sea enemiga de la disciplina. Este fenómeno se observa en las razas latinas, y señaladamente entre aquellas personas que viven consagradas al ejercicio de la imaginación.

Los cómicos, por ejemplo, no se resignan a ser segundos actores, sino que todos ellos quieren ser directores de compañía. Otro tanto acontece con las personas que han profesado un estado religioso; sobre todo entre las mujeres. No hay monja que no haya soñado con fundar una Orden nueva o reformar una ya existente, o cuando menos con ser priora o abadesa de un convento. Esta es la causa del sinnúmero de Ordenes, Asociaciones e Institutos religiosos femeninos existentes, la mayor parte de los cuales no se diferencian entre sí, a no ser por la forma y color de los hábitos. Sor Juana era una reformadora. De temperamento místico exaltado, aseguraba haber gozado revelaciones y visiones. Pretendió reformar la Asociación de religiosas Teresianas, o más bien am-

pliarla con un retoño o vástago que ella había de antemano bautizado con la denominación de "Hermanas de Santa Teresa". Entre sus compañeras no halló prosélitos; es decir, sólo halló una que le siguiera: Sor Circuncisión, monja muy dada a leer y estudiar, a su modo, y, por lo tanto, poco imaginativa. Sor Juana y Sor Circuncisión, aunque muy por lo pequeño y precario, reproducían la eterna historia del progreso humano. La intuición mística, el sentimiento creador, por delante y a la cabeza. A su zaga y servicio, la facultad reflexiva, la ciencia. La intuición calza botas de siete leguas; la ciencia anda con pies de plomo, apisonando el camino abierto por la intuición. Sor Juana era la intuición; Sor Circuncisión, la ciencia doctoral y canónica. Sor Circuncisión acogió con fervor la idea de Sor Juana y se aplicó al punto a esbozar unas regulaciones para la Orden futura. A cada nuevo anhelo o propósito de Sor Juana, Sor Circuncisión le infundía robustez, asentándolo en firme fundamento teológico, entendiéndolo, por supuesto, que la teología de Sor Circuncisión era bastante caprichosa. La Historia nos demuestra que intuición y ciencia son estériles como no venga a comadrearlas un tercer elemento: la casualidad o Providencia, que de las dos maneras se suele llamar, según el punto de vista de cada cual. Sor Juana y Sor Circuncisión

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

habían ido a ver al Prelado de la Diócesis, solicitando la aprobación del nuevo Instituto, y el Prelado las había amonestado severamente y despedido con cajas destempladas, en términos que Sor Juana se sintió tentada a desacatar la autoridad jerárquica. En todo místico hay un rebelde y un hereje latentes. Pero vino en ayuda de las dos monjitas la Providencia, en forma de doña Angustias Tarazona de Mercadal. Esta piadosa señora recabó la aprobación del Prelado, y favoreció el reciente Instituto con dinero bastante para fundar la primera casa. Las monjitas se instalaron en un piso segundo; acomodaron la sala para capilla; tiraron tabiques; hicieron y deshicieron hasta lograr que la habitación tuviera trazas de convento. Sor Juana fué declarada Madre Superiora, y Sor Circuncisión, Madre Llavera. La Orden engrosó en pocos meses, hasta comprender la Comunidad ocho profesas. Una de las primeras fué Sor Resignación. *→ como le pasaba mucho*

El enrevesado y rico crecimiento de las Ordenes religiosas atestigua, al decir de los doctores canónicos, que la verdadera Iglesia de Cristo es la romana y no la griega ni la luterana. Son, en efecto, las Ordenes religiosas como la ramazón y tupida hojarasca del tronco de la Iglesia, signo patente de su vitalidad e inmarcesible juventud, y a la manera de rústicos laúdes, salterios o arpas que, mansamen-

te agitados por un viento celestial, cantan sin respiro y en vasto concierto un himno infatigable al Criador. De todas estas poéticas expresiones y algunas más solía servirse la leida Madre Llavera, por donde el ardiente espíritu de la Madre Superiora se inflamó con más altas ambiciones. Su fundación parecíale mezquina, frágil rama con sólo ocho hojas pequeñas y caedizas. Ella hubiera querido ser la rama-guía, cuajada de infinitas varas florecientes, cubriendo gran parte del mundo a modo de toldo o cernedor, entre Dios y los hombres, que tamizase el fuego divino e increado, harto vivo para ser contemplado cara a cara, en benigno y saludable resplandor. Hubiera querido cristianizar comarcas lejanas e infieles, tierras de herejes, judíos e idólatras. Muchas veces soñaba con la doble palma de la virginidad y del martirio, y de esta santa quimera hizo su confidente a la Madre Llavera. La cual hubo de responder:

—Al paso que vamos, Madre, me parece lo más probable obtener la palma del martirio sin salir de España. Las furias de Satanás se han desencadenado sobre este pobre país. Vea que apenas pasa día sin que apedreen un convento, que con dificultad podemos salir a la calle y que si nos acogemos a un tranvía hemos de oír torpes palabras y horribles blasfe-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

nias. Dios nos tenga de su mano, porque yo no sé lo que va a pasar aquí.

—Sí; pero en España no puede una ser mártir.

—Sí que lo puede ser, y piense vuestra Maternidad los muchos que ha habido. Pero lo cierto es que la Iglesia no los considera cano-  
nizables ni los eleva a los altares. Y por más que me esfuerzo, no atino a comprender la diferencia entre que le mate a una un hotentote en la misma Hotentocía o que le mate a una un hotentote en España.

—¡Y pensar que todo ello (hablo de las persecuciones que sufrimos) es obra de un solo hombre! Dicen que fascina a las muchedumbres.

—Es, a no dudar, el Anticristo. Sí; enhechiza a las muchedumbres y les infunde una vehemencia infernal contra la Iglesia. Es evidente que ha celebrado pacto con Lucifer. Es el Anticristo, es el Anticristo.

—Es el Anticristo—concluía la Madre Superiora.

En aquel conventico, a pesar de la mansedumbre de sus moradoras, se odiaba al Anticristo. Sor Resignación, como más apasionada que sus hermanas, le odiaba con mayor perseverancia y ahinco, de tal suerte que su forma peculiar de amor a Dios se confundía con el sentimiento de aversión a Satanás, encarnado

en el Anticristo. A pesar suyo, y sin saber cómo, en ocasiones lo imaginaba corporalmente. Antojábasele que había de tener cierta semejanza en la traza exterior con el primo Ceferino, singularmente en lo desmedrado y en lo bilioso del rostro, porque para ella, una persona de buena salud, no era posible que tuviese malos sentimientos.







A PEQUEÑA COMUNIDAD regida por Sor Juana vivía casi exclusivamente a expensas de doña Angustias Tarazona. La pobre Madre Superiora había llegado a descorazonarse. Sus altaneras y místicas am-

biciones de fundadora se frustraban día por día, destilándole, al disiparse, un gran amargor en el alma, como si hubieran sido señuelos del enemigo malo con que inducirla a inflamada soberbia. Dicen los libros santos que las uniones matrimoniales malditas de Dios son estériles. La esterilidad es signo de desfavor divino. Las sectas, las herejías, las falsas religiones son estériles dogmáticamente y carecen del don de proselitismo. La Orden o Asociación creada por Sor Juana era estéril. La Superiora y la Llavera, con la ayuda de doña Angustias, habían acarreado de primera intención al devoto y flamante redil seis ovejuelas, todas ellas, a excepción de Sor Resignación, pertenecientes al ramo de criadas de servicio, doncellas de labor y cocineras catecúmenas. En este punto la virtud expansiva del naciente Instituto piadoso se petrificó.

—Madre Superiora—solía decir la doctrinal Madre Llavera—, sospecho que Dios no nos

ve con buenos ojos. Aunque de buena fe, es posible que hayamos errado al reformar la Orden antigua. Los tiempos son de lucha y tormenta para la Iglesia; los enemigos nos combaten por todos los costados; pero esto no es razón para que los ejércitos santos se dividan en pequeños y débiles grupos, sino más bien considero que se deben unir en un haz y defender la entrada principal, el reducto más importante. Cuando la viña no fructifica, Madre, no es viña del Señor; y nuestra viña no fructifica.

Pero la Madre Superiora no se daba a partido, ni quería admitir que se hubiera equivocado:

—Dios prueba siempre a sus elegidos con todo género de adversidades—solía responder con cierto aplomo reservado, que hacía presumir la existencia de motivos secretos y sobrenaturales por donde ella había llegado a convencerse de ser una elegida.

—Así lo acredita la historia sagrada—concluía la docta Llavera, confiando en futuras mercedes del Señor.

La Superiora había dispuesto en las regulaciones de la Fundación que las profesas se dedicasen a la asistencia y visita de enfermos, particularmente de enfermos de males contagiosos y nauseabundos. Había solicitado la asistencia en el Hospital de San Juan de Dios,

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

consagrado a la curación del triste morbo que, al decir del doctor Pangloss, nos trajo de América Colón, junto con la cochinilla; pero el Director, que era un médico materialista y un tanto soez, partidario tozudo del laicismo clínico, respondió que no las necesitaba para nada. Entonces la Superiora intentó establecer un servicio regular para las casas particulares. Inútilmente; o en aquella ciudad no había enfermos o, si los había, no tenían a bien confiarse a los cuidados de las Hermanas de Santa Teresa. No les quedó otro recurso que coser y bordar para afuera. Entre las Hermanas las había de mucho primor para la aguja. El trabajo no escaseaba, casi todo él proporcionado por camiserías y tiendas de ropa blanca para señoras. La labor fué aceptada muy a regañadientes de la Superiora y la Llavera, porque, como esta última decía, "hay algunas prendas que no me cabe duda que tienen un propósito obscuro y pecaminoso, y, cuando menos, muchas de ellas son francamente sugestivas". Una de las obras que tuvieron entre manos fué un ajuar masculino que a todas las mantuvo preocupadas y suspensas mucho tiempo, sin saber qué pensar, porque las camisas, más que tales camisas, parecían sobrepellices y ornamentos eclesiásticos, por lo perifolladas, rizadas con tenacillas y llenas de diminutos encajes a mano.

En las prendas hubieron de bordar *Caderita* con todas sus letras.

—Esto es un apodo de mujer—exclamó un día la rechoncha y rubicunda Sor Clavo, al concluir de ponerle un rabo muy retorcido a la última *a* de *Caderita*.

—O de torero—agregó Sor Tránsito, que, entre las sombras de su vida anterior al advenimiento de la gracia, albergaba el remordimiento de haber coqueteado, estando al servicio de los marqueses de la Tazana, con un maleta cuyo alias era *el Repollo*, no se sabe si como alusiva alusión a la succulenta hortaliza o como reduplicativo de la majeza que implica el calificativo de *Pollo*.

—¡Jesús!—comentaron, todas a una, el corro de monjitas, santiguándose.

Sí, sí; Sor Tránsito había acertado. *El Caderita* era un torero. Lo supieron por casualidad al entregar en la camisaría aquellas prendas, epícenos de feminidad muelle y magnificencia eclesiástica. La Superiora y la Llavera deliberaron a solas. La Superiora no acertaba a coordinar sus pensamientos.

—¡Qué escándalo!—repetía automáticamente.

—¡Y pensar—murmuraba a su vez la Llavera—que quizás hayan salido de esta santa casa prendas para el impúdico cuerpo de una meretriz! Porque todo es posible, Madre Su-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

periora. Es un oficio infame: me refiero al de trabajar en ropa blanca. O por lo menos, si no es infame, no es el más a propósito para las manos virginales de las esposas de Cristo.

—Conformes de toda conformidad. En concluyendo este lote R. T. en que ahora trabajan las Hermanas, se acabó el bordar para afuera, y si nos morimos de hambre, todo sea por Dios, que El nos lo premiará.

¿Cuál no sería la dolorosa sorpresa de las monjitas cuando, a pocos días de esto, la señora de Mercadal se presentó en el convento, y después de muchos aspavientos, declaró que, por raras coincidencias, se había informado de que aquel lote R. T. era para Rosendo Toral, el Anticristo en persona?

El Anticristo era la pesadilla de aquellas almas sumidas en vegetativa religiosidad. No pasaba día sin que, por fas o por nefas, no se hablase del Anticristo.

Vivía aquella pequeña comunidad en una ciudad populosa, en donde abundaban las clases trabajadoras, las cuales, sin excepción, pertenecían al partido capitaneado por el Anticristo. Frecuentemente, y sin causa ocasional que lo justificase o explicase, los conventos de la ciudad eran apedreados. El obispo de la diócesis, de acuerdo con el gobernador, había suprimido las manifestaciones externas del culto, pues era de rigor que en saliendo una

procesión a la calle se complicaba a la vuelta de la esquina en un conflicto de orden público. Las personas ataviadas con hábito religioso apenas se aventuraban a salir de casa. Las Hermanas de Santa Teresa no habían sufrido hasta entonces los rigores del odio popular por dos circunstancias, que nacían de su propia insignificancia y pobreza: la primera, que no era fácil que les apedreasen la vivienda, porque nadie presumía que en aquel piso de vecindad se disimulase un conventico vergonzante; y la segunda, que el hábito que vestían estaba tan próximo a lo seglar que les consentía salir inmunemente sin que las echasen de ver. Con todo, sus inquietudes eran constantes y temerosas. Al decir de las gentes de orden, el horizonte anunciaba mayores huracanes, y de un momento a otro se aguardaba el estallido de una magna revolución cruenta. Todo por obra del Anticristo, el cual maldito si se mordía la lengua asegurando la inminencia de la dicha revolución, y hostigando a sus secuaces a que rompieran de una vez, a sangre y fuego, con todo lo establecido. Señaladamente, su odio a las casas de religión, como graneros que son de la cosecha divina y del pan de la gracia, era el tema predilecto de las arengas con que emborrachaba a sus enardecidos partidarios en las asambleas públicas. Y los periódicos, como si tal cosa, re-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

producían íntegros sus discursos, abriendo así nuevos ámbitos a las inflamadas ideas. Una de sus atrocidades, repetida con la insistencia de una obsesión en sus oraciones tribunicias, era que había que acabar con todas las monjas, elevándolas, por la violencia, a la categoría de Madres. Cuando por primera vez se tuvo noticia de este exabrupto en la casa de las Hermanas de Santa Teresa, la Llavera, que, a pesar de toda su ciencia, era inocente como un pez, supuso que el Anticristo pretendía inmiscuirse en el régimen interior de los conventos, y aplicando en ellos sus absurdas ideas igualitarias, convertir a las novicias y Hermanas profesas en Madres, con lo cual toda autoridad quedaba mecánicamente suprimida. De acuerdo con esta interpretación, comentó sencillamente:

—Cuando se está dejado de la mano de Dios no se piensan más que disparates. ¡Ahí es nada! Que todas las monjas fuesen Madres...

¿Y la disciplina eclesiástica?

Y la Llavera, majestuosa y albariza como un cirio, sonreía, pensando haber encontrado en la disciplina eclesiástica una objeción contundente.

Pero Sor Resignación había entendido, y, sin poderse contener, exclamó con fuego:

—¡Qué bárbaro!

La Madre Superiora la amonestó, aconse-



jándole caridad con los enemigos. Sor Resignación, como si no lo hubiera oído, añadió:

—¡Qué asco!

Sus ojuelos selváticos, redondos y negros como abalorios de rosario, trasparecían el desasosiego interior. Se acordaba de su primo Ceferino y de sus ímpetus torpemente amorosos. Desde hacía algún tiempo, Sor Resignación padecía la tortura de una idea fija, y la angustia de temer que la persistencia de la idea obedeciese a propia delectación. Pensaba de continuo en el Anticristo, y de continuo le asaltaba el escrúpulo de no haberse esforzado en rechazar el pensamiento. Se irritaba consigo misma, y por desahogar del enojo se entretenía en imaginar al Anticristo con los colores y particularidades más odiosos. A pesar suyo, la mayor parte de las veces fundía en un mismo esquema fantástico las personas del Anticristo y de su primo Ceferino. Estaba cierta de que el Anticristo era, como Ceferino, un hombre escuálido, amarillento, emponzoñado y consumido por el abuso de todos los vicios. Pero otras veces se decía: "Sin embargo, Torral es grande. Grande para el mal, pero grande al fin y al cabo. No se consigue lo que él ha conseguido siendo un hombre cualquiera." Y en estos momentos, su espíritu campesino, saturado de imágenes sensibles, representaba al Anticristo como un cíclope, cercenando de un

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

solo hachazo todo un bosque secular. Hubiera querido ser hombre y estar al frente del gobierno para decapitar sin compasión al Anticristo. “¡Oh, Señor, dulce Jesús!”, suspiraba; “¡librame de estos malos pensamientos!” Luego, sin tregua ni reposo, urdía complicados acontecimientos, de los cuales el Anticristo y ella eran los protagonistas, y ella, a manera de dilectísimo instrumento del Padre amoroso y providente, infundía la gracia en el descarriado perseguidor de Cristo y le convertía en un santo varón, en un nuevo padre de la Iglesia, o, de un tajo, le cortaba la calamocho, como Judit a Holofernes.

Una mañana, las monjitas oyeron gran griterío. Se asomaron al balcón y vieron gentes corriendo, aullando y tirando tiros.

—Otro matín—dijo la Madre Superiora.

—Sí, es la fruta del tiempo—añadió la Llave.

Aquel día ninguna monjita salió de casa. La frecuencia de las algaradas callejeras de corto aliento hizo presumir a las Hermanas de Santa Teresa que aquélla sería una de tantas. Al oscurecer, los vidrios de los balcones se tiñeron de rojo.

—Estos crepúsculos de comienzos de verano qué rojos son siempre...—glosó distraidamente Sor Oliveta.

Sor Resignación se levantó, se encaminó hacia la ventana y pegó la frente al cristal:

—Ya, ya—dijo—; buen crepúsculo nos dé Dios... Un incendio...; digo, varios incendios.

Su voz no mostraba sobresalto ni sorpresa. Tampoco era una voz normal. Parecía entrañar un gozo latente, de naturaleza extraña, sutilísima.

El mismo muelle psicológico de alarma puso en pie repentinamente a todas las monjas y las empujó, sin ningún miramiento ni compostura, a los balcones.

—¡Jesús, María y José!—exclamaron a coro. La túrgida Llavera deprecó:

—¡Dios nos coja confesadas!

—¿Acaso supone usted, Madre, que esto es la...?—preguntó la Superiora, sin atreverse a remachar la sentencia con la vitanda palabra *revolución*.

—Sí, Madre, la revolución—respondió la Llavera.

—¡La revolución!—repitió el coro de monjas.

—Y si no—prosiguió la Llavera—miren de dónde nacen los fuegos. Este más cercano, hacia la derecha...

—En el monasterio de las Paulas—se apresuró a decir Sor Clavo.

—No cabe duda; se ven las llamas lamiendo la torre de la Capilla—corroboró la Llavera.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

—Y las Oblatas están ardiendo también—suspiró Sor Providencia, haciendo pucheros.

—Y el convento de los Capuchinos—agregó Sor Circuncisión.

—¡Cuántos mártires!—exclamó con vehemencia la Superiora, elevando las manos al cielo—. Y lo peor es que son mártires anónimos, y que nunca los elevarán a los altares, a pesar de ser mártires con toda la barba.

Parecía dar a entender que ella no estaba por esa especie de martirio clandestino. Añadió:

—Retirémonos, que a nada conduce estar haciendo exclamaciones.

Retiráronse. Todas estaban aterradas, a excepción de Sor Resignación, que sonreía con una sonrisa profunda, como si se destilase de un alma repleta de emociones. Se encaminaron a una habitación interior y se acomodaron, sentándose a la redonda, en sillas de enea, la cabeza humillada y las manos cruzadas sobre el pecho. Sor Tránsito, no pudiendo sufrir el silencio, tomó la mano a hablar:

—¿Cómo no se habrán metido con nosotras?

—Nuestra humildad y pobreza nos han salvado hasta ahora—replicó la Llavera.

En esto se oyeron anhelantes y azarientos golpes en la puerta. Las monjas se miraron unas a otras, sin desplegar los labios. Los golpes se sucedían con cierta insistencia que te-

nía caracteres de ferocidad. Nadie se movía. Entonces Sor Resignación se puso en pie, y serenamente se encaminó a la puerta.

—¿Qué hace, hermana?—balbució la Superiora, que en su fuero interno estaba rezando oraciones *in extremis*, apercibiéndose para el martirio clandestino.

—Voy a abrir la puerta—respondió con naturalidad Sor Resignación, y salió de la estancia.

Volvió a poco, acompañada de un hombre. Era un criado de los señores de Mercadal, que traía una carta para la Superiora. Decía la carta:

“Querida Madre Juana: Como no se pongan en salvo cuanto antes, se exponen a que las maten; y no es esto lo peor, sino a que las ultrajen. Toda la parte Norte de la ciudad está en manos de los revolucionarios. Han destruído las líneas férreas de la frontera y de San Félix de Grijales. Por fortuna, la del Mediodía la defienden aún nuestras tropas. Le incluyo dinero para los billetes, y como quiera que esto amenaza extenderse por toda España, una carta para la Compañía de Vapores de San Francisco, por si quieren salir de la Península. En la Compañía tiene acciones mi esposo y también los Jesuitas. Les facilitarán billete gratis. De casa a la estación no creo que

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

corran riesgo, dado el aspecto del hábito, sobre todo si salen de noche.

"Adiós, y que el Sagrado Corazón de Jesús las defienda.

ANGUSTIAS TARAZONA."

—Está bien; puede usted retirarse, y le da las gracias a la señora de nuestra parte—dijo la Superiora en concluyendo de leer.

Así que el criado se retiró, la Superiora prosiguió:

—Hijas mías, en esto veo la mano de la Providencia. Vamos a las Indias, a convertir infieles. Vamos de misioneras, y si nos matan aquellos caribes, al menos será un martirio decente.

A seguida les explicó el contenido de la carta que acababa de recibir y el plan que de sopetón se le había ocurrido, que no parecía sino que era revelado por el Espíritu Santo.

Aquella misma noche, después de arreglar un pequeño hatillo para cada una, emprendieron el éxodo. Las calles estaban desiertas y calladas. De trecho en trecho se veía un cadáver. Encontraron una patrulla de caballería que las protegió hasta la estación, y allí, en el salón de espera, pasaron el resto de la noche hasta el primer tren, que salía a las seis de la mañana.

Llegadas a Cádiz, se alojaron en un conven-

to de Teresianas. Allí no sabían nada de la revolución, ni la temían. La Priora del convento instó a las fugitivas a que se quedasen en aquella ciudad, célebre por lo saludable del clima, el humor benigno de sus habitantes y la abundancia de mariscos. Pero las monjas de la Orden reformada se habían encariñado ya con la aventura trasatlántica, y hubieron de rechazar con blandura la fraterna hospitalidad.

Por suerte, uno de aquellos días zarpaba un vapor para Nueva York, Habana y Veracruz. La Madre Superiora solicitó billetes para Veracruz, porque se figuraba que en Méjico había aún salvajes con plumas, como en tiempo de Hernán Cortés. En el muelle del puerto, pocos momentos antes de embarcar, supieron que la revolución había sido sofocada y que el Anticristo había huído, sin que hubieran podido dar con él. De todo esto se enteraban a medias, por frases entrecortadas que oían de los otros emigrantes, apelmazados en el mallecón, en espera del remolcador que había de conducirlos al gran navío. En este tránsito, yendo ya en el remolcador, Sor Resignación pudo escuchar a un hombre que, con acento catalán, hablaba a dos jovenzuelas muy enpolvadas, vestidas de luto, que eran dos cupletistas. Decía el hombre:

—Viene con nosotros.

Las jovenzuelas añadieron algo que Sor Re-



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

signación no entendió. El hombre volvió a hablar:

—Sí, sí, el mismo Rosendo Toral. Miren hacia la popa.

—¡Qué tío!—exclamó en voz más alta una de las jovenzuelas. Su acento era atalán también.

Sor Resignación comenzó a temblar, y no de miedo, sino de emoción. Con todo disimulo bisbiseó al oído de Sor Clavo, su vecina:

—El Anticristo viene con nosotras.

—¡Jesús! ¿En dónde?

—Hacia la popa.

—¿Qué es la popa?

—No sé. Así lo dice esta gente.

Las monjas estaban sentadas en ringlera, en uno de los costados del remolcador. Sor Clavo, con todo disimulo, murmuró al oído de Sor Oliveta, su vecina:

—El Anticristo viene con nosotras.

—¡Jesús! ¿En dónde?

—Hacia la popa.

—¿Qué es la popa?

—No sé. Así lo dice Sor Resignación.

Sor Oliveta bisbiseó al oído de Sor Circuncisión, su vecina, la misma nueva, y Sor Circuncisión manifestó el mismo asombro y neciencia acerca del léxico náutico. Y así, de una en otra, la pequeña comunidad supo que navegaba en compañía del Anticristo,

Sor Resignación se aventuró a solicitar más detallada información:

—Usted perdone — murmuró, volviéndose al hombre de acento catalán—. ¿Me quiere usted decir qué entiende usted por la popa?

—La popa... Reconcho, yo entiendo por la popa lo que todo el mundo entiende. ¿Vostet no sabe lo que es la popa?

—Supongo que es una parte del barco—respondió Sor Resignación, ruborizándose hasta las uñas.

—Claro que sí: es la parte de atrás.

Sor Resignación comenzó a escudriñar con cautela hacia la popa del remolcador. Sus pesquisas hallaron satisfacción al punto. En pie, adoptando una posición que a la monja le pareció estúpida e impertinente, estaba un hombrecillo tenebroso y enjuto. Su expresión era sobremanera cerrada; aspecto "criminal", pensó Sor Resignación. Llevaba una gorrilla, de visera de charol y copa de piqué blanco, y una corbata morada. Al lado de él, también en pie, destacaba un hombre casi gigantesco, fornido, encendido de color y ojos ardorosos, el cual, con gestos joviales hablaba al hombrecillo tenebroso, y éste daba señales de escucharle con desagrado.

Sor Resignación cuchicheó al oído de Sor Clavo:

—El de la corbata morada es Toral.

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

Sor Clavo cuchicheó al oído de Sor Oliveta:

—El de la corbata morada y la gorra blanca y la cara de sayón, es Toral.

Sor Tránsito cuchicheó al oído de Sor Providencia:

—El de la corbata morada, la gorra blanca, la cara de sayón y los ojos de incendiario, es Toral.

Cuando la noticia llegó a la última, que era la Superiora, el nombre de Toral iba heraldizado por una larga enumeración, a la manera homérica.

Al llegar a la escalerilla del trasatlántico, ocurrió que las monjas, en el aturdimiento del momento, envolvieron al hombre de la corbata morada y al hombre casi gigantesco. El hombre de la corbata morada rompió por entre ellas, y de un salto se encaramó en la escalerilla. El hombre fornido, con mucha pleitesía y rendimiento, fué ayudando, una por una, a las monjas a que pasasen a bordo.

Zarpó el buque. Era un día calmo, sereno, riente. Las monjitas, llenas de temblores, miraban con arrobo el mar, el cielo, la tierra, que, al alejarse, se sonrosaba. No sabiendo cómo valerse en aquella urbe flotante, se habían sentado en la toldilla, con las maletas al pie. Un oficial de a bordo se les acercó, y pidió el pasaje. Luego las acomodó en dos camarotes de primera, de cuatro literas cada uno, y

les enteró de que tenían misa en el comedor todas las mañanas a las siete y rosario todas las tardes a la misma hora. En llegando la hora fijada, se dirigieron al rosario. Así que concluyó, la persona que, de rodillas y a la cabecera de los circunstantes, lo dirigía, se levantó y volvió de frente, de manera que las monjas pudieron ver que era el hombrecillo de la corbata morada.

—¡Jesús, María y José!—exclamaron todas a un tiempo.

—¿Qué ocurre?—inquirió el médico de a bordo, que se encontraba al lado de las monjas.

—¿Quién es el que ha dirigido el rosario?—preguntó la Llavera.

—¿Quién ha de ser? El capellán de a bordo—respondió el médico.

Las monjitas permanecieron en el comedor, aguardando a que se desalojase.

Tan pronto como estuvieron a solas, la Superiora habló:

—¡Qué pecado hemos cometido! ¡Qué nefando juicio temerario! Es preciso que nos confesemos todas hoy mismo.

A la noche las monjitas se confesaron con  
aquel hombrecillo, que ni tenía cara  
de sayón ni ojos de incendiario,  
o si los tenía, con todo  
era un bendito.



URANTE LA PRIME-  
ra singladura hubo  
mar de bonanza. Las  
aguas, inertes, absor-  
bían el cielo a través  
de la estática superfi-  
cie, lla n a, bruñida,  
azulina y verdiclara,  
Asomándose sobre la  
batayola, la mirada

podía penetrar en los senos profundos de las  
aguas y alcanzar a ver, fulgiendo un momen-  
to, huideros, misteriosos y raudos peces de co-  
lor de oro, a la manera de reminiscencias y  
vislumbres en los ámbitos de una conciencia  
sosegada. Luego, girando en torno los ojos,  
el horizonte marino parecía recortarse a muy  
corta distancia, como si todo el Océano visible  
fuese un pavimento circular, pulimentado en  
un enorme bloque de mármol precioso; y en  
la misma orilla de él descansaba el cóncavo  
hemisferio del firmamento, de color perlino,  
entre mate y translúcido, como de porcelana,  
emitiendo una luz tierna y difusa, que se dije-  
ra llegar, ya rebajada y cernida, filtrándose  
por el cielo material de los ojos, desde el re-  
cinto y manadero arcano de la luz increada.  
Y en medio de aquel pavimento marmóreo del  
mar, y bajo aquella sólida concavidad del  
cielo, zumbaba, arrastrándose, el *Pío IX*, que

tal era el nombre del barco, como un escarabajo dentro de un fanal.

Los pasajeros, la mayor parte novatos en los lances azarientos de la navegación, daban señales de goce inequívoco y paseaban sobre cubierta, sonriendo con aplomo heroico. Ninguno se había mareado en la primera singladura, ni aun los más pusilánimes y flojos.

— Verdaderamente — había exclamado la Llavera entre sus hermanas de religión — no sé cómo hablan tanto del mar, que si todos se marean la primera vez y otros horrores por el estilo. ¡Oh, mundo! ¡Pícaro mundo! ¡Lenguas ociosas, que no os alimentáis sino de juicios ligeros! Porque esto es una calumnia que le han levantado al mar... ¿Habrà nada más suave y satisfactorio que viajar por mar, juzgando, claro está, de lo que falta por lo que hasta ahora hemos visto? Si es mucho mejor que el tren...

—Allá veremos, Madre Llavera, que aún nos falta mucho que andar. Ya sabe usted que los gitanos no quieren hijos de buenos principios—replicó Sor Resignación, con un toque de hostilidad en la voz, que a todas les pareció inexplicable e inoportuno.

—Los gitanos...—contestó la Llavera—. Hija mía, me deja usted un tanto turulata. Cualquiera diría que había invocado usted la autoridad de los Santos Padres. No sé lo que quie-

ren o dejan de querer los gitanos; allá ellos. Gente al fin y al cabo que viven en las tinieblas de la gentilidad y de la barraganía.

La Llavera cerró el párrafo como lo cerró, porque la última palabra le sonaba muy bien, e inmediatamente se puso muy colorada, temiendo que alguna de las monjitas, que solían ser muy chinchorreras, preguntara lo que significaba, de lo cual la Llavera estaba en ayunas. Y así fué; la rubicunda Sor Clavo se apresuró a interrogar:

—¿Qué es barraganía, Madre Llavera?

La Llavera tomó un polvo de rapé, cancelatorio de diez años de iglesia purgante, porque en esta ocasión le supo peor que nunca, y respondió con mucha dignidad:

—Barraganía, la misma palabra lo da a entender, se dice de aquellos que no creen en la transubstanciación.

Sor Clavo se quedó como estaba, pero ya no se atrevió a preguntarle más.

—Procure reprimirse, Sor Resignación—intervino la Superiora—. Reprimirse en sus preguntas y en todo, particularmente en sus miradas, que anda usted mirando a todo el mundo con un descaro, éste es el calificativo, como si se fuera usted a comer a la gente con los ojos.

La reprimenda no impresionó gran cosa a



## RAMON PEREZ DE AYALA

Sor Resignación. La arisca monja murmuró con tono decidido:

—Si miro es porque estoy interesada: porque quiero saber, como todas; sólo que yo no lo disimulo. Hay tantas cosas aquí alrededor nuestro, que nos tienen con el alma en un hilo... Un gran barco como éste, no es un conventico como el nuestro.

En los ojos de la Superiora reverberó la lumbrarada iracunda del anatema. Sus labios palidecieron. La Llavera, aunque íntimamente escandalizada, como era muy cuidadosa del buen parecer, temiendo que las personas que por allí cerca andaban pudieran echar de ver tan nauseabunda lacra en un instituto religioso, como son las rencillas intestinas, atajó, antes de que la Superiora hablase, con la esperanza de hacer abortar el cisma:

—Sor Resignación, aun cuando con formas quizás excesivamente escuetas, o, si se quiere, rudas, ha acertado a expresar lo que en el fondo todas sentimos; esto es, una gran curiosidad por este mundo extraño que nos rodea, un gran deseo de saber. Sería pueril negarlo.

—Sor Resignación—dijo la Superiora secamente—, reclúyase en su celda, quiero decir, en el camarote, y rece sin interrupción media docena de rosarios, de rodillas, por supuesto.

Todas las monjitas, sin saber por qué, advinaron en aquel momento que Sor Resigna-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ción no iba a obedecer. Temblaban. En efecto, Sor Resignación no se movió del asiento. La Llavera tuvo una idea salvadora para dejar incólume momentáneamente la disciplina canónica:

—Madre Superiora—rogó—, remita para más tarde, cuando estemos en tierra firme, por ejemplo, la ejecución del castigo.

—Madre... —rogaron también las demás monjas.

La Superiora se dió cuenta de que no iba a ser obedecida, y en consecuencia se pondría en ridículo.

—Sea—dijo con voz agria y convulsa—como ustedes lo piden.

Permanecieron todas en silencio, azoradas y temblorosas.

“¿Qué le ocurre a Sor Resignación?”, se preguntaban mentalmente. “¿Qué me ocurre? ¿Qué espíritu rebelde y diabólico se ha entrado dentro de mí?”, se preguntaba también la interesada.

Desde el punto mismo en que la revolución había estallado delante de sus propios ojos, no se dijera sino que otra revolución melliza, o eco de la cruenta y exterior, se había apoderado de su alma. No acertaba a pensar claramente en nada, como si su corazón estuviera devastado por un bárbaro incendio y negras humaradas subieran a alojarse en la intelligen-

cia, entenebreciéndola. Durante todo el viaje por tierra se mantuvo en absoluta taciturnez, que inquietó no poco a las otras monjas. Pero al poner el pie en el barco, dijérase que por arbitrio sobrenatural se sintió renovada, como si otro ser imperativo se albergase en su espíritu. Miraba al mar, que se le aparecía a modo de un círculo de innumerables caminos cristalinos conduciendo a todas partes, y las entrañas se le subían a la garganta, haciéndole suspirar hondo. A uno de los suspiros abismáticos, Sor Oliveta, que se hallaba a la vera de Sor Resignación, le puso este comentario:

—El mar hace pensar en Dios, ¿verdad, Hermana?

—¿En Dios?...—interrogó Sor Resignación, saliendo, con ojos casi ciegos, de entre la niebla de sus turbias emociones.

“¿En qué pensaba yo?”, continuó preguntándose entre sí. Y hubo de responder, siempre para sí: “En nada. Pero mi alma estaba alejada de Dios y deseaba alejarse más y más de él. Quiero vivir. No, no; vivir, querer vivir no es alejarse de Dios. ¿Será que habré perdido la gracia?”

Después del incidente con la Superiora, dióse otra vez a cavilar. A poco de la desobediencia, estaba ya arrepentida. Había causado un dolor a la Superiora y a sus compañeras, y esto la colmaba de remordimiento, de ternu-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

ra, de ansias de llorar e impaciencia por pedir perdón de rodillas. Pero así como imaginaba el momento de hinojarse ante la Superiora, de humillarse, pensaba ella, se le encendía la sangre. "No he nacido para esta vida", cavilaba. "No tengo vocación." En formulando esta conclusión y darse cuenta de ella, se sintió aterrorizada, con el corazón parado en seco. "¡Dios mío! ¡Dulce Jesús!", murmuró entre dientes. Dirigió sus ojos hacia el firmamento y dilató la mirada, dejándola resbalar por la celeste concavidad, rasa y perlina, límite de todo humano anhelo. "¡Quién fuese un avel", pensó, acordándose vagamente de la iglesia de su pueblo, coronada de cigüeñas. "Dicen que las cigüeñas atraviesan el mar...", continuó, figurándose una bandada de cigüeñas volando la derrota de Africa. Y al concretar sus pensamientos en imágenes sensibles, sintió como si el corazón se le aliviase y adormeciese.

Una señora que estaba sentada en una silla de lona, leyendo un libro, había ido acercándose paulatinamente al grupo de monjas, y ya que se situó a conveniente distancia, con un pretexto fútil entabló conversación con las religiosas. ¡Qué más quisieron ellas!... ¡Quizás la señora les informase de curiosas particularidades! Era una señora de sentimientos piadosos, muy afecta a la gente de iglesia; joven y hermosa; estaba casada, pero no tenía hijos.

Todo esto lo supieron las monjas a las pocas palabras de palique. A continuación comenzaron a hablar del buque.

—Verdaderamente—habló la Llavera—todo lo que he oído pregonar de la magnificencia de estos navíos que llaman trasatlánticos se queda corto. Este *Pío IX* no es un navío, es un palacio flotante. Habrá observado usted que las escaleras que bajan al comedor tienen linoleum y que los camareros sirven a la mesa con guantes blancos.

En esto se acercó el marido de la señora, el cual comenzó a echar pestes contra el buque:

—Es una indecencia. Y la Compañía una ladronera; y la mayor parte del pasaje, gentuza. Si yo sé esto, maldito si me embarco en esta Compañía, siendo, como es, el mismo precio en las Compañías inglesas, alemanas e italianas.

—¿Quiere usted decir—preguntó la Llavera—que éste es un mal buque?

—Una indecencia, señora. Es una chocolatera del año de la nanita. Es un barco coetáneo de las carabelas de Colón, ¿qué digo? coetáneo del arca de Noé, sólo que le han puesto una chimenea. Eso, como no sea la misma arca, a juzgar por la cantidad de chinches, cucarachas y toda clase de bichos que aun se conservan dentro de él.

—Pues lo que son las cosas—agregó la Lla-

vera—, como nosotras estamos hechas a vivir con tanta estrechez y humildad, nos parecía un palacio. Habrá observado usted que las escaleras que bajan al comedor tienen linoleum y los camareros sirven a la mesa con guantes blancos.

—Con todo eso, señora, el barco es una porquería.

—Narciso, no seas exagerado—interpuso la dama benévola—mente—. Como tú ya has hecho una travesía en el *Mauritania*.

—No hay exageración, Trina. Quiera Dios que no tengamos una tormenta, porque no lo contaremos.

—¿Se moverá entonces el barco?—preguntó Sor Providencia.

—Poco tiempo, Hermana—aseguró don Narciso—, porque nos iríamos a pique en un santiamén.

—No me extrañaría nada—opinó la Superiora, pensando que era muy probable que el Sagrado Corazón hundiera adredemente el barco para ahogar al Anticristo.

A media tarde, el mar de bonanza se convirtió en mar rizada. El buque comenzó a cabecear un poco; gentil aire de danza o andadura de caballo andaluz, que a los pasajeros se les antojó movimiento vertiginoso, y como no se mareasen todavía, porque no había manera de marearse, se afirmaron en la ilusión

de disfrutar un aparato digestivo de ballena, más fuerte que las más fuertes y procelosas borrascas. Todos estaban muy contentos, con ese linaje de contentamiento que nace de la afirmación de la propia personalidad. A la hora de comer, el rebullicio de los comensales crepitaba sonoramente de mesa en mesa. También las monjitas hablaban más y más alto que de costumbre, en lo cual no sólo el bienestar del ánimo tenía parte, sino también el vino, aunque en prudente medida, a que no estaban avezadas.

Después de la comida se celebró el rosario, y en terminándose este piadoso ejercicio, los pasajeros, por acuerdo tácito, se congregaron en el llamado salón de música, que era un corredor o tribuna alta, con escaños, corriendo en torno del comedor; una librería en uno de los topes y un piano en el otro. Al lado de las monjas se había sentado doña Trina, la señora joven y comunicativa. Se improvisó un concierto. Primero, un joven cetrino, con cara de tagalo, ejecutó, en el sentido penal del verbo, la patética de Beethoven. A continuación, un viajante catalán cantó el epílogo de *Mephistophele*. Luego, este mismo viajante y una soprano dramática, que iba contratada para la Habana, interpretaron un dúo de *Aida*. Ambos eran gordos. El tenor se congestionaba al atacar las notas altas. La tiple



## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

tenía ojos de vaca, cargados de melancolía y sentimentalismo. Cantaba con voz sedena y emotiva que enternecía a todos los presentes. Oíase el sordo remugir del mar, cada vez más recio y profundo, a manera de fondo de negro terciopelo opaco, sobre el cual destacaban, como bordados sutiles de sedas gayas, las melodías de Verdi.

Sor Resignación estaba toda conmovida interiormente. El alma se le dilataba, se le expandía dentro del pecho; casi la ahogaba.

—¡Qué ansiedad!—balbuceó con voz jadeante.

—Yo también siento una ansiedad horrible—respondió Sor Oliveta—. Se me figura que es mareo. Mire usted que el barco se mueve..., se mueve atrozmente.

Sí, el barco comenzaba a balancearse de modo alarmante. Continuó Sor Resignación:

—El barco se mueve mucho; pero yo no estoy mareada, ni creo que he de marearme. Es otra cosa más misteriosa la que siento. Si es mareo es del alma, producido no por el mar, sino por la música.

Permaneció con los ojos bajos, recibiendo anhelosamente aquel arroyuelo melodioso que la llenaba de ebriedad, avivándole, al propio tiempo, el anhelo de sentirse como inundada en éxtasis y en olvido de sí propia. Levantó por ventura los ojos, y fueron a dar con otros,

inquisitivos y tenaces, que la estaban mirando de hito en hito. Era aquel hombre corpulento y jovial, como un héroe de poemas labriegos, que ella había visto por primera vez en el remolcador, hablando con el capellán, y luego le había ayudado a subir al trasatlántico. La emoción musical se disipó súbitamente. Bajó otra vez los ojos, quiso concentrarse y orar, pero no pudo. La imagen de aquel hombre, una especie de permanente imagen fotográfica, la llevaba, ya desde el principio, impresionada en la superficie sensible del alma, y cerrando los ojos tanto más se le revelaba en la oscuridad del espíritu.

Después salió a cantar una tiple cómica, que también iba contratada para la Habana. En lugar de colocarse junto al piano se dirigió a un pequeño espacio abierto, o plataforma, que delante de la biblioteca se hacía. Su repertorio se componía de canciones imbéciles e inmundas, que ella modulaba en tono redicho e insinuante, sin establecer gradación entre lo malicioso y lo no malicioso, acompañando el cuplé con movimientos incongruentes, pretendidamente sensuales, pero que hacían presumir que la artista se hallaba acerbamente afligida de una dolencia intestinal. Y así fué: en la mitad de una de las canciones hubo de parar en seco y salir de estampía, tambaleándose y cubierta de palidez, den-

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

sa y sudorosa. Los circunstantes, que a duras penas habían contenido hasta entonces el mareo, salieron en pos, a la desbandada, y rodaron más que bajaron por las escaleras, a refugiarse en los respectivos camarotes, con grandes lamentos guturales y agónica quejumbre, dando por sentado que de aquélla se morían. Lamentos y quejumbre resonaron dentro del buque durante toda la noche. Las monjitas, a excepción de Sor Resignación, se dejaron caer en la litera, vestidas como estaban. Sor Resignación no se había mareado, pero no logró conciliar el sueño.

El mar había desplegado todas las gradaciones en que es tan fértil su seno versátil; marejadilla, marejada, mar picada, mar gruesa, mar arbolada y temporal deshecho. Se oían restallar los golpes de mar contra la prora obstinada del buque, el cual crujía y rechinaba en todos sus gonces como si fuera a desarticularse la osamenta innumerable de su caparazón. La hélice estaba la mitad del tiempo fuera del agua, revoloteando como abejorro funesto, y haciendo correr un temblor a través del cuerpo entero del navío.

Amaneció el siguiente día con el mismo temporal. Cuando Sor Resignación subió a la toldilla, no había ningún pasajero por allí. La monja se encaminó al entrepuente y se asomó a contemplar el raro espectáculo que se le

ofrecía. Era como un torbellino caótico. Las relaciones universales y el equilibrio cósmico parecían haberse quebrantado. Las sensaciones de lugar: arriba, abajo, a un lado y a otro; la permanencia de las líneas, de las formas, de los colores; todo había dejado de existir. El mundo atravesaba un instante, un instante paradójicamente perdurable, de transformación. No se podía decir si el cielo era morado o ceniciento; o si el mar era negro como tinta china, o azul sombrío, o verde esmeralda; ni si el mar sustentaba al cielo o el cielo yacía bajo la pesadumbre del mar; lo era todo y lo dejaba de ser al punto. Como engendros del mar o quizás del cielo, o quizás del mar y del cielo, en desaforado acoplamiento, surgían repentinamente montañas ingentes, pobladas de anfractuosidades y nevadas florecencias, y repentinamente desaparecían.

Sor Resignación sintió como un martillazo en la frente, que a medias le hizo perder el sentido. Cuando se recobró yacía en tierra, empapada en agua amarga. En aquel instante angustioso se había asido como desesperada a la batayola. Acudió, por fortuna, un marinero, quien tomó a la monja en brazos, y echando tacos y juramentos, fué a llevarla a la puerta de la cámara.

—¿Pero está usted loca, señora? Dé gracias

## BAJO EL SIGNO DE ARTEMISA

al diablo que no está usted a estas horas con los peces del mar.—Y cerró con violencia la puerta.

Sor Resignación echó de ver que le faltaba la toca y la esclavina; las había llevado el mar. Descendió las escaleras, y fué a sentarse en un diván del comedor. Permaneció meditando.

—¿Quién es usted?—preguntó el capellán, que estaba tumbado allí cerca.

—¿Que quién soy?

Después de una pausa la monja respondió:

—Sor Resignación.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el capellán, santiguándose—. Con esa facha.

La monja refirió el lance ocurrido. El capellán glosó:

—Vaya, estuvo usted a punto de ahogarse. En último término, Hermana, nos vamos a ahogar todos. Conque un poco más tarde o más temprano, ¿qué importa?

—¿Que nos vamos a ahogar?... ¡Yo no quiero ahogarme! ¡Yo no quiero morir!—gritó la monja, poniéndose en pie y sacudiendo con aire salvaje la suelta cabellera. Y en aquel trance su rostro era bello.

—Resignación, Hermana. La única esperanza que teníamos era el telégrafo sin hilos, y se ha inutilizado anoche. Pero. ¡está usted he-

cha una sopa, Hermana! Retírese y múdese. Es decir, ¿para qué?

El temporal duró aún todo el día y gran parte de la noche, causando serias averías al barco. Cuando el temporal iba amansando, se declaró un incendio en una carbonera. Como las maniobras eran muy difíciles, a causa del estado casi ruinoso de la obra muerta, el incendio no pudo ser sofocado. A mediodía del siguiente día, el capitán determinó abandonar el barco. El mar había encalmado.

Así que las llamaradas reventaron fuera de la cubierta del buque, el pánico se propagó entre los pasajeros. Precipitáronse al asalto de los botes, luchando entre sí con rabia homicida. Las monjitas consiguieron ganar uno de los botes, gracias a los auxilios de aquel hombre corpulento y desconocido que ya al subir a bordo las había ayudado a ganar la escalerilla. Este hombre permaneció, revólver en mano, al lado del bote de salvamento, protegiéndolas y confortándolas. En estando acomodadas, una avalancha de pasajeros de tercera, enloquecidos, se descargó sobre el mismo bote.

—¡Que hay sitio para todos! Serenidad, serenidad... ¡Que si entran demasiados en este bote se va a hundir!... ¡Que no hay peligro!— vociferaban los oficiales—. Arriar este bote de

prisa, que ya lleva demasiada gente... Uno más y se va a pique.

A tiempo que los marineros arriaban el bote, un árabe saltó a él, alcanzando a agarrarse al timón, con el jaique carmesí flotando al aire. El hombre corpulento disparó su revólver. El árabe cayó al mar. El rojo del jaique, al sumirse en el agua, se oscureció, y en torno comenzó a dilatarse un rojo de sangre, tiñendo las olas.

En el último bote se embarcaron seis marineros y el hombre corpulento que había matado al árabe.

Anocheceía. Los botes bogaban lentamente. En el silencio y en la sombra, los remos caían sobre las dormidas aguas. El *Pío IX* iba quedando atrás, flotando como una boya fantástica de hierro enrojecido.

Oyéronse voces, alaridos, imprecaciones. El bote en donde iban las monjas se había hundido. Los demás se habían distanciado, excepto uno.

Apercibíase Sor Resignación a encomendar su alma a Dios, cuando sintió que unas manos recias hacían presa en su cintura y la sacaban a flote. Poco después, sin saber cómo, se hallaba en un bote, con seis marineros y el hombre corpulento y desconocido, el cual estaba ahora en mangas de camisa. Sobre su rostro y pecho se proyectaba el incendio del



*Pío IX.* Y Sor Resignación pudo ver sobre aquel pecho enorme unas iniciales (R. T.) que ella misma había bordado. Era el Anticristo.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el Anticristo después de largo silencio.

Sor Resignación no respondió.

—Usted es una de las monjas...

—Sí, señor.

—¿Ha hecho usted ya los votos?

—Nuestros votos no son votos perpetuos.

Los renovamos cada cinco años. Ahora me tocaba a mí renovarlos...

—¿Y los va usted a renovar?

—Ya... es imposible. ¡Bendito sea Dios!

—¿No era usted feliz?

—No.

—¿Desea usted ser feliz?

—Sí.

—Quizás seremos felices. Desde que subí a bordo, no hice sino observar a usted. Estoy convencido que puede ser feliz y hacer feliz a un hombre.

A espaldas del bote, el *Pío IX* elevaba a la manera de unos brazos ígneos y suplicantes hasta el firmamento. A la proa del bote comenzó a definirse la silueta de una de las islas Azores, y un faro en lo más avanzado de ella.

1912.

# ÍNDICE



	<u>Páginas</u>
Noticia del autor.....	5
El otro Padre Francisco (cuento drolático)..	9 1902
Cruzado de amor (novela romántica).....	23 1902
Artemisa (novela dramática).....	107 1900
Exodo (novela pastoral).....	167 1910
Padre e hijo (tragicomedia).....	217 1911
El Anticristo (Ejemplo.).....	235 1912

863.59 P438B



a39001



008163423b









